



SOY

Rose Black

ANA BALLABRIGA
DAVID ZAPLANA

Lectulandia

Rose Black tiene todo lo que cree que podría desear: un trabajo estable y bien remunerado como abogada en un bufete de Ibiza, un novio italiano estupendo que la adora, y tres amigas incondicionales y divertidas. Sin embargo, en la fiesta de su 40 cumpleaños, se da cuenta que, a pesar de todo, su vida parece haber tocado techo.

Al día siguiente, una adinerada clienta que sospecha que su marido la engaña acude a su bufete. Rose, que había fantaseado con la idea de ser investigadora desde que, a los 20 años, su novio Alex desapareció misteriosamente, decide iniciar sus propias pesquisas, sin saber que el caso se va a poner mucho más peligroso de lo que podría parecer. Suerte que contará con la ayuda de un divertido murciano buscavidas, más acostumbrado que ella a los trapicheos y a la calle.

Entretanto, conocerá al nuevo policía encargado de la investigación de la desaparición de Alex: Marc Lobo. Un hombre que la incomoda y la atrae a partes iguales.

Soy Rose Black es una historia de mujeres que sueñan y que buscan su lugar en el mundo. Un fabuloso cóctel de amor, sexo, misterio y comedia.

Lectulandia

Ana Ballabriga y David Zaplana

Soy Rose Black

ePub r1.0

Titivillus 20.02.2019

Título original: *Soy Rose Black*
Ana Ballabriga y David Zaplana, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A May, Inma y María, hermanas, aunque no de sangre,
esperando que Rose Black sea su entrada a nuestro universo
literario.

1

Soy Rose Black y hoy cumpla cuarenta años. Me encuentro ante un montón de amigos y conocidos que me han preparado una fiesta sorpresa que yo esperaba para el fin de semana. Como consecuencia, el glamuroso vestido malva que me compré hace unos días, descansa en paz en el vestidor de mi apartamento. A cambio, luzco unos vaqueros desgastados y una camiseta dos tallas más grande de la que necesito, decorada además con el logotipo de Transportes Gutiérrez y el eslogan: «Nos cabe toda su mercancía», a la altura del bajo vientre. Muy apropiado.

Un entusiasmado grito de: «¡Felicidades!» me recibe con calidez en el pequeño rincón del mundo donde nos encontramos.

Nací en Ibiza y siempre he vivido aquí, salvo unos meses que pasé de pequeña en Irlanda, de donde es mi padre, y cinco años en Barcelona, donde estudié Derecho. Mi madre era española, así que mi nombre completo es Rose Black Alcázar. Ah, y soy hija única. Te lo comento porque dicen que marca el carácter de las personas, para que te vayas haciendo ya una idea de cómo soy.

—¿Por qué no me has avisado? —Me vuelvo hacia Ámbar, que muestra unos sensuales labios rojos y luce un vestido *nude* vaporoso.

—Porque no habría sido una sorpresa.

—Una incómoda sorpresa con estas pintas.

—Pero no te preocupes, querida —continúa como si nada—, tú siempre estás estupenda. Y a lo mejor alguien se da por aludido con ese cartel y te pone su mercancía entre las piernas.

Me guiña un ojo y yo me sonrojo hasta la punta del pelo. Busco a Pedro, pero no lo veo por ningún sitio.

Buf, estoy empezando a enfadarme. ¡Es la fiesta de mi cuarenta cumpleaños! ¡Tendré que esperar una década para poder resarcirme!

—Estaba en casa, haciendo limpieza de cajones —intento disculpar mi atuendo.

Ámbar se encoge de hombros quitándole hierro al asunto. Ella es incapaz de entenderme, no necesita remangarse para ordenar su casa porque su renta

anual excede en un par de ceros a la mía. Puede tirar la ropa a la basura después de estrenarla si le da la gana.

La fiesta está concurrida, al menos parece que hay más de dos o tres personas a las que les importo. Siempre y cuando no hayan venido para reírse de mi aspecto, claro.

El lugar, además, es increíble. La casa de Stella me fascina. Vive en una zona apartada de la isla, con vistas al Mediterráneo y un amplio jardín con piscina. Todavía pienso en lo que sucedió hace ya veinte años con Alex, mi amado Alex. Si las circunstancias no hubieran dado un giro inesperado, seguramente ahora Stella sería mi suegra y nos veríamos aún con más frecuencia. En fin, Alex pertenece a mi doloroso pasado y ahora no quiero ponerme melancólica. ¡Es mi fiesta de cumpleaños!

Stella ha decorado la casa con un gusto exquisito, con muebles traídos de los viajes a países exóticos que habitualmente hace con su segundo marido, Nicholas. Entre Stella y yo siempre ha habido una relación muy estrecha, quizás le permití ocupar en mi corazón el lugar de una madre que se fue demasiado pronto, cuando yo contaba tan solo con dieciséis primaveras.

Como si hubiera conjurado su aparición, Stella se acerca a mí. Luce su habitual melena corta y rubia, su perfecto maquillaje y un conjunto blanco de pantalón y chaqueta. Me abraza sin hacer mención a mi ridículo aspecto, ella siempre es exquisita en sus modales.

—Oh, mi pequeña Rose. Ya entras en la madurez y estás preciosa. Hace más de veinte años que te conozco y te quiero como a la hija que no tuve. — Su tono suena casi como si interpretara un papel en una telenovela.

—Gracias, Stella.

Se separa de mí y me indica con el brazo que avance a través del jardín.

Está atardeciendo y las puestas de sol en Ibiza son más bonitas que en cualquier otra parte del mundo. Se oye el sonido de las olas y de las aves que regresan a sus nidos. Huele a mar. Conforme avanzo, percibo más nítidamente la música de Mecano con su tema «Me colé en una fiesta».

—¡Felicidades, Rose! —Una compañera del instituto cuyo nombre no recuerdo se acerca con una copa de cava y me da un abrazo, afortunadamente, sin que se derrame una sola gota. Me ofrece la copa y la acepto sin dudar—. Acabo de aterrizar. Vengo de Nueva York —empieza a parlotear— y, por suerte, he podido llegar a la fiesta. No paro de viajar por trabajo, es una locura de vida, pero me pagan muy bien.

Sonrío como si me interesara su gran triunfo laboral. Tras varias humillaciones más, y escoltada por Ámbar, consigo alcanzar al fin la zona de

sofás donde unas velas esperan ofrecer un ambiente más íntimo cuando desaparezca el sol. Hay mucha gente, pero el lugar es tan amplio que hasta se puede encontrar algún rincón con cierta intimidad.

Tras los saludos de rigor, cada cual se une a su grupo más afín y se dedica a comer y a beber. Agradezco el respiro, así yo también me puedo dar al alcohol y a comprobar si mi barriga hace justicia al eslogan de Transportes Gutiérrez. A falta de otra cosa mejor, tendré que llenarla de comida, porque sigo sin ver a Pedro por ningún sitio.

Acerco mi copa a la boca y Ámbar me la quita de un zarpazo, un gesto que poco tiene que ver con la imagen sofisticada que proyecta habitualmente.

—Giselle, dale algo decente para beber.

Giselle es pelirroja y de aspecto dulce, todo lo contrario a Ámbar que, a pesar de su belleza, resulta un poco agresiva. Giselle me pasa un mojito y agradezco el cambio, la verdad. Entonces se acerca Xesca, mi mejor amiga desde el colegio, y me abraza. Su verdadero nombre es Francesca, pero será mejor que no se entere de que te lo he contado porque odia que la llamen así. Nos sentamos las cuatro en el sofá blanco, rodeadas de velas. El ambiente es muy agradable. Los últimos rayos de sol están a punto de desaparecer y la luz rojiza proyectada en el cielo nos envuelve con un manto suave y cálido, casi mágico.

—¿Por qué habéis invitado a esa chica del instituto? —pregunto en voz baja—. No sé ni cómo se llama.

—¡Te lo dije! —Xesca salta como una leona desde el otro lado del sofá—. Esa no era amiga de Rose.

—¿Y qué más da? —Ámbar no se amedrenta—. Yo no conocía a Rose en aquella época. Esta chica aparecía en la orla y tenía cara de conejillo asustado, así que pensé que daría un toque exótico a la fiesta. Además, la pregunta no es por qué la he invitado yo, sino por qué ella ha decidido venir.

—Bueno —intervengo—, creo que ha sido para decirme que tiene un trabajo fantástico en una multinacional, que no para de viajar y que acaba de regresar de Nueva York.

—Por lo que dices, habrá venido a vengarse por las veces que no le pasarías los apuntes de Química —se ríe Giselle.

—Olvidalo —prosigue Ámbar—. Nueva York ha perdido mucho en los últimos años. Ahora está plagado de taxistas blancos que votaron a Trump y que esconden una automática bajo el asiento de un coche que huele a perro muerto; o de turistas que viajan por doscientos euros, se alojan en casas

particulares y se hinchan a perritos calientes. ¿Te has fijado si aún olía a ketchup?

—¿Por qué llevas esa ropa? —La cara de Xesca lo dice todo.

—Pues porque Giselle ha venido a buscarme y me ha dicho que era una urgencia muy urgente.

—Es que estaba el taxi esperando en la puerta. —Giselle parece avergonzada, está casi tan roja como su melena.

—¡Yo habría pagado el taxi! —respondo exaltada.

—¡No! Es tu fiesta de cumpleaños, tenía que ser todo perfecto.

Suspiro. La pobre malvive en una isla carísima con un mini sueldo que gana en una empresa de organización de eventos. Y eso que tiene un par de másteres y habla cuatro idiomas. Doy un trago al mojito.

—También podríamos haber pedido otro o incluso venir con mi coche.

—Vale, estaba nerviosa y no lo he pensado. Lo siento.

—No pasa nada —miento con resignación—. Estaba limpiando armarios.

—¿Sí? —Xesca abre mucho los ojos como si hubiera hallado la respuesta a la eterna juventud—. ¡Eso significa que necesitas un cambio en tu vida!

—Eso significa que aún tengo los abrigo al lado de los bikinis.

—Un cambio, es cierto —Giselle le compra la idea—. Limpia tu casa y limpiarás tu alma. Ordena tu hogar y tu mente se abrirá.

—¿Eso lo dijo Buda? —Ámbar no pierde oportunidad—. Lo que deberías de abrir es otra cosa.

—No seas borde —prosigue Xesca—. Es normal que te plantees ciertas cosas a estas alturas de la vida.

—Eh, eh —Ámbar me mira alarmada—, ¿no estarás pensando en dejar tu monótono trabajo para dedicarte al fantástico y creativo arte de diseñar bisutería?

—¿Queréis dejar de darle vueltas a algo que yo ni siquiera he insinuado? —Me siento un poco desconcertada aún—. Y no quiero diseñar bisutería.

—Menos mal —continúa Ámbar mientras mueve enérgicamente su melena negra—. Conozco a una que lo dejó todo para montar un puesto en el mercadillo *hippie* y vender las joyas que diseñaba después de tomarse dos *whiskies* o una hoja de aloe vera. Joyas orgánicas, decía que creaba. Las confeccionaba con vísceras secas de animales. ¿Os lo podéis imaginar? —Todas ponemos cara de asco—. Yo le compré alguna, por pena. Al final tuvo que cerrar y se arruinó.

—¿Y aún tienes las joyas? —Giselle abre mucho los ojos.

—Se las di a la cocinera para que hiciera un estofado.

—¿En serio?

—Pues claro que no, tonta.

—Pobres animales —afirma Giselle apesadumbrada—. Eso debería de estar penado. En fin, Rose, no sé lo que te pasa, pero yo te envidio. Tienes un buen trabajo en uno de los mejores bufetes de abogados de la isla y cobras un sueldo decente.

—A veces no todo es trabajo y dinero —comenta Xesca.

Xesca se casó con treinta años con un arquitecto que viaja por todo el mundo. Ella es diseñadora gráfica y ha instalado su despacho en su propia casa para poder atender a sus dos hijos.

—Bueno —Ámbar mira alrededor—, esto no está tan mal, la casa es lujosa, el mojito aceptable... y yo he elegido al DJ personalmente.

—Oh, venga, ¿has contratado al DJ porque estaba bueno? —Giselle parece indignada.

—Pasó con nota la entrevista —Ámbar suelta una risa picarona—. ¡Y es experto en música de los noventa!

Todas gritamos exaltadas. Los noventa, nuestra época de juventud. Entonces yo solo conocía a Xesca. Sin embargo, las cuatro compartimos nuestro gusto por las Spice Girls, Madonna y Mariah Carey. Eso es más importante que años de convivencia.

—Entonces, ¿te lo has tirado o no? —insiste Giselle.

—Pues claro —Ámbar sonrío mientras mira fijamente su mojito, como si estuviera recordando el momento.

—Oh, venga —exclamo—, no pierdes ocasión.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Pues porque el sexo no lo es todo.

—Buen sexo —matiza.

—Es importante, no se puede negar. —Xesca recalca sus palabras levantando su mojito.

—¿Y lo dices tú que llevas, cuántos, diez años usando el mismo pene? —ataca Ámbar—. Vamos, ¿no has oído hablar de la obsolescencia programada?

—Eso será para los consoladores, no para los maridos.

—Si tú lo dices...

—No sé —vuelvo a la carga—, creo que el sexo está sobrevalorado, el compromiso es lo más importante. Saber que vas a encontrar a alguien en casa esperándote al volver del trabajo y que esa persona no te va a fallar, que te ha elegido a ti para pasar el resto de su vida. Sí, el compromiso es lo más importante —concluyo.

—Ya. Por cierto, no veo a Pedro por ninguna parte. —Cuando quiere, Ámbar es terriblemente incisiva.

Reviso el móvil y nada.

—¿Lo habíais avisado? —pregunto casi con temor.

—¡Por supuesto! —exclama Xesca—. Él fue al primero al que informamos de la fiesta.

—Llámallo. —Giselle parece preocupada—. Le habrá surgido algo.

—Otro compromiso más importante. —Ámbar parece satisfecha. A veces la odio.

Pedro y yo llevamos juntos casi un año. Es amable, educado, elegante, tremendamente atractivo y cariñoso. Su único defecto es que es italiano. Bueno, ese y que tiene exmujer, una de las de la categoría «bruja».

Suspiro.

Me siento ridícula.

Estoy en la fiesta más importante de mi década, no voy vestida para la ocasión y mi novio no se ha presentado.

—Eh, cariño —Xesca se acerca a mí—, no te pongas triste, ya verás como todo tiene un porqué.

—Proponle tener un hijo. —Ámbar lo ha dicho como si hablara del tiempo.

—¿Qué? —Xesca la mira sin entender.

—No hay mayor compromiso que un hijo. Ahí verás si él está por ti de verdad.

—¿Cómo le voy a decir eso? Yo no quiero tener hijos. —Al menos, eso creo. Algo se remueve en mi interior con esa negación.

—¿Y qué más da? —insiste Ámbar—, tú díselo. A ver cómo reacciona.

—La acaba de dejar plantada el día de su cuarenta cumpleaños. —Giselle parece escandalizada.

Y yo siento vértigo al escuchar que acabo de cumplir los cuarenta.

—¡Eh, ya sabes que a partir de ahora ya no se dice la edad! —le recrimina Ámbar.

—No me ha plantado, no sabemos qué le ha ocurrido.

—No te preocupes ahora por eso, preciosa. —Xesca me abraza—. Me tengo que ir.

—¿Ya? —saltamos las tres a la vez.

—Huye de la maternidad como de la peste —sentencia Xesca— y podrás tomarte mojitos todas las noches con tus amigas. Ten dos hijos y solo tomarás paracetamol para el dolor de cabeza.

—Pero es muy temprano —insisto.

—Mi suegra me ha mandado un WhatsApp. Roberto está con fiebre y ha empezado a vomitar. Alberto se ha hinchado a patatas fritas y a kilos de azúcar y no para de pegar saltos por los sofás con los zapatos puestos. En fin, la mujer está ya mayor y no se apaña bien con ellos.

—¡Qué monos! —Giselle parece encantada con la imagen.

Y, de repente, yo me sorprendo sonriendo también. Me imagino un hogar bullicioso al que regresar, unos niños que dependen de ti, a los que tienes que cuidar y educar, y ya no me desagrada tanto la idea.

—¡Tenemos que hacer el *playback*! La coreografía está preparada. —Ámbar coge a Xesca del brazo—. Tuve que pagarle un extra al DJ por el *playback*.

—Oh, vamos, Ámbar, a ti te sobra la pasta —interviene Giselle.

—Creo que no se refiere a dinero, Giselle —aclaro yo con una sonrisa.

—¡Oh! —es todo lo que acierta a decir, mientras se retira un mechón pelirrojo de la cara.

—Lo siento, chicas, pero no puede ser —continúa Xesca—. Mi marido está en China de viaje y tengo ya cinco llamadas perdidas de mi suegra. Así que me toca. Lo siento, preciosa. —Me mira con esa expresión tan dulce que proyectan sus ojos castaños.

Nos abrazamos con cariño y se aleja. Avanza con seguridad por el jardín, con el elegante mono negro ciñéndose a sus curvas y su melena de mechuras rubias derramándose en cascada sobre la espalda. Llega a la altura de Stella y se despide con afecto. Finalmente, se pierde entre la gente.

Creo que me está dando un bajón.

—Ella al menos tiene una vida a la que regresar —sin darme cuenta expreso en voz alta mis pensamientos melancólicos—, yo solo tengo cajones que ordenar.

—Eh, no, no quiero verte triste —afirma Ámbar y me abraza. Giselle también lo hace y permanecemos así un rato mientras se escucha de fondo *Wannabe* de las Spice Girls.

Nos pedimos el segundo mojito. Seis más tarde y después de una velada agradable, me monto en un taxi cargada de regalos y tambaleándome. El eslogan de la camiseta tiene más sentido que nunca.

2

Día de resaca y día de trabajo; me toca currar, qué remedio. Llevo muchos años ejerciendo como abogada. No es una profesión que me entusiasme, la verdad, no creo que a nadie le pueda entusiasmar, pero no está mal pagada. Supongo que eso fue lo que me impulsó a estudiar Derecho. Entonces era joven y ambiciosa. Aunque si hubiera sabido todo lo que sé hoy, creo que habría tomado otra decisión. Pero en fin, como diría Giselle, si no puedes cambiarlo, acéptalo e intenta disfrutarlo. Y yo siempre disfruto, me gusta ser feliz.

Mi oficina está en la avenida de España, cerca ya de Vara de Rey. Es un bufete de abogados con bastante prestigio en la isla. A mí me contrataron al poco de terminar la carrera y, desde entonces, el bufete no ha dejado de crecer, sobre todo gracias a las empresas extranjeras que se han asentado en la isla. Ahora somos doce personas, sin contar a los tres socios, no está mal. Yo me dedico fundamentalmente a temas de familia: testamentos, adopciones, divorcios, custodias de menores... Dentro de lo malo, me gusta, me parece una de las ramas más humanas de la abogacía. A lo que nunca hubiera querido dedicarme es a penal. No soporto los delitos de sangre y pensar en tener que relacionarme e incluso defender a un asesino, me pone los pelos de puta... de punta, quiero decir. Todavía estoy dormida esta mañana. Y los mojitos no se metabolizan igual a los veinte que a los cuarenta. Uf, no consigo acostumbrarme a esa cifra.

Mis jefes empezaron en un ático y, con el paso de los años, han comprado toda la última planta del edificio: la sexta. Enfrente tenemos una finca de solo tres pisos, así que nos permite disfrutar de unas vistas magníficas de Dalt Vila, el casco viejo de la ciudad.

Llego a la oficina con mi café en la mano. Es una costumbre que adquirí en la universidad y nunca la he abandonado. Me daba tanta pereza madrugar, que casi todos los días iba a clase sin desayunar. Fue después de que muriera mi madre, y la verdad es que estaba pasando una mala racha. Además, mi padre había vuelto a Irlanda y estaba bastante enfadado conmigo porque no

había querido irme con él. El caso es que un día, hablando por teléfono con mi padre, se me escapó que no había desayunado. Se puso hecho una furia y me colgó el teléfono. Seis horas después aparecía en la puerta del piso que yo tenía alquilado. Había comprado un vaso térmico en un Starbucks y había viajado a Barcelona solo para entregármelo. Me dijo que si no era capaz de organizarme para sacar tiempo para el desayuno, que al menos me lo tomara por el camino. Y tenía razón. Aunque no por ello dejé de enfadarme con él.

Desde entonces, salgo de casa más tranquila y voy al trabajo dando un paseo, mientras miro los escaparates. Me gusta.

Tras dejar las cosas en mi despacho, me dirijo a la sala de reuniones. Hoy tenemos «la lunática». Es una reunión donde todos los compañeros ponemos en común el trabajo realizado la semana anterior. Informamos a los socios, pedimos ayuda si la necesitamos y nos asignan nuevos casos. No sabemos muy bien si se llama lunática porque es la reunión de los lunes por la mañana o porque la dirige la loca de mi jefa.

Después comienza el trabajo de verdad, ya tengo a la primera clienta esperando.

—¿Margarita Fortuny? —Ella asiente—. Soy Rose Black, su abogada.

Le pido por favor que me acompañe. Parece un poco mayor que yo, luce un vestido ligero de Desigual y unas enormes gafas de sol. Mi indumentaria, por el contrario, es muy formal. Chaqueta azul marino, a juego con la minifalda, y blusa celeste, muy al estilo de Ally McBeal. ¿Te acuerdas de esa serie? Era una de mis favoritas.

Entramos en mi despacho y tomamos asiento.

—¿En qué puedo ayudarla, Margarita? —Es la pregunta que siempre utilizo para romper el hielo. Yo estoy aquí para ayudar, no para ganar dinero, aunque mis jefes no piensan lo mismo.

La mujer duda, abre la boca para decir algo, la vuelve a cerrar. Al poco se echa a llorar.

—Yo... Verá, no sé cómo explicárselo.

Me levanto de mi sillón, cojo una caja de clínex y me siento en la otra silla de confidente, a su lado. Es importante romper la barrera de la mesa y crear un lazo de confianza y cercanía.

—Verá usted, no sé cómo explicárselo... es... es muy duro para mí.

—No se preocupe, tómese el tiempo que necesite. —Me muestro conciliadora—. ¿Quiere un café o una infusión?

—¡Mi marido me pone los cuernos! —pega un grito que me deja de piedra y que agrava mi dolor de cabeza. Después respira profundamente,

aliviada—. Ya lo he dicho.

—Vaya, lo siento. —No se me ocurre nada mejor que decir. Observo mi pararrayos emocional, una maceta de cinta que descansa sobre mi mesa. ¿No sabes cómo es una cinta? Es una planta de hojas largas y verdes. Siempre debes tener una en tu casa o tu lugar de trabajo. Sus hojas terminadas en punta recogen las energías negativas y las desvían hacia la tierra. En un trabajo como el mío, es imprescindible. La acerco a nosotras como un escudo protector.

—Bonita planta —continúa ella un poco más serena—. Verá, en realidad, no estoy segura de que me engañe, pero si lo hace... ¡Quiero el divorcio ahora mismo!

Vuelve a gritar y yo acerco la planta un poco más. Estoy empezando a asustarme. Toma uno de los pañuelos y se suena ruidosamente.

—Bueno, tendrá que explicarme qué quiere de nosotros —tanteo.

—Mi marido es un importante empresario hostelero de las islas. Tiene varios hoteles y negocios. Beyoncé se alojó en uno de nuestros hoteles hace unos meses. Vivimos en un ático de doscientos metros cuadrados con unas vistas preciosas y el verano pasado lo pasamos en Santorini. Pero no siempre ha sido así. Lo conozco desde los dieciséis años. Y nos casamos a los dieciocho. Él siempre ha sido muy inquieto, pero, por aquel entonces, no teníamos ni dónde caernos muertos. Los principios fueron duros: yo contestaba las llamadas desde casa (una mierda de piso, pequeño, oscuro y húmedo), y me apunté a un curso de informática para poder prepararle los presupuestos. Me levantaba a las seis de la mañana para plancharle la camisa y el traje (solo tenía uno), para que asistiera impecable a sus reuniones. Preparaba cenas en casa para los posibles socios y sus mujeres. Y todo ello mientras criaba a nuestros tres hijos.

Yo asiento, es como si mi clienta se hubiera vaciado.

—Lo he dado todo por él. Los mejores años de mi vida los dediqué a que su sueño se hiciera realidad: convertirse en un empresario con mucha pasta. Es verdad que yo he sacado provecho de ello, pero ahora no quiero perder lo que tengo.

—Si estamos hablando de un divorcio, habría que ver si están en ganancias o si...

—No estoy hablando de dinero. No solo de dinero —me corta—. Usted no puede entenderme porque tiene estudios y un buen trabajo. Pero yo solo lo tengo a él.

—Como le decía, tendríamos que ver cómo está constituida...

—Aún no sé si quiero el divorcio —vuelve a cortarme y esta vez me acerco la cinta hacia mí, soy yo quien la necesita para contenerme—. Primero tengo que estar segura de que me está engañando. —Hace una pausa y al poco continúa—. He cumplido cuarenta y tres años. Casi todas mis amigas aguantan unos cuernos tremendos y son felices. Pero yo no quiero eso. Quiero dinero y quiero seguridad. Quiero que Manolo esté solo conmigo. Y si no es así, sí, quiero el divorcio.

—Bien, pues seamos prácticas. ¿Por qué cree que su marido le es infiel? ¿Ha encontrado alguna factura que le haga sospechar?

—No.

—¿Sale a horas no habituales de su casa?

—No... No lo sé. Por su trabajo pasa mucho tiempo fuera.

—¿Ha cambiado su aspecto, se ha apuntado al gimnasio, se ducha en cuanto llega a casa?

—No, no, no.

—¿Algún cambio en sus rutinas sexuales? Disculpe esta pregunta tan íntima.

—Follamos con la frecuencia habitual y yo siempre estoy dispuesta cuando él tiene ganas, jamás le he dicho que no.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al escucharla.

—Pues usted dirá —me rindo.

—Manolo y yo llevamos juntos más de veinte años. Los hombres, a determinada edad, se cansan de sus mujeres (esas que nos chupamos la época mala y que les ayudamos a triunfar). Ellos necesitan sentirse jóvenes y, cuando nos miran a nosotras, ven lo mayores que se están haciendo, y se acojonan. Entonces buscan chicas guapas y enérgicas con las que recuperar la juventud.

—Pero ¿ha notado algo en su comportamiento que le haya hecho pensar en una infidelidad? —insisto.

—Verá —se enjuga las lágrimas—, mi marido trabaja mucho, pasa horas y horas fuera de casa. Ayer salimos a comer los dos juntos. A la vuelta nos echamos una buena siesta, aunque no para dormir. Después de eso se duchó y estuvo trabajando un poco en el ordenador. A mí me apetecía ir al cine o al teatro, se lo dije, pero me contestó que tenía que ir a la oficina a cerrar un asunto importante. Así que se marchó. Y allí me quedé yo con un palmo de narices, un domingo por la tarde, sola en casa y sin planes. Yo no me quejé, nunca lo hago. Pero decidí que no me quedaría en casa. Fui al ordenador para ver la cartelera cuando descubrí que mi marido se había dejado abierto el

WhatsApp Web. ¿Sabe lo que es? —Yo asiento: es una funcionalidad de WhatsApp que te permite leer los mensajes en tu ordenador a través de tu navegador de internet, pero debes de haber aceptado antes un código con tu teléfono móvil. ¿Tú también lo sabías?—. Pues ahí tenía todos sus mensajes de WhatsApp, y resulta que la última conversación que había mantenido era con una mujer y que acababa de quedar con ella en un restaurante. ¿Qué le parece?

—Sospechoso, sí, pero también podría ser una reunión de trabajo — intento ser conciliadora.

—¿Un domingo por la noche?

—Un poco raro, en eso tiene razón. —Pienso un momento—. ¿Y en esa conversación no había más información?

—No. Mi marido le decía que quería verla y concretaban el sitio y la hora. Nada más.

—Vaya. —No me atrevo a decirle nada a ella, pero me parece raro que le haga el amor a su mujer antes de quedar con la querida, a no ser, que sea todo un portento sexual. También podría ser que folle con su mujer y quede con la querida solo para hablar. Intento disimular la sonrisa que me provocan mis pensamientos.

—Quiero que lo investigue.

—¿Cómo? —Me sorprende esta petición. Creía que venía convencida de tramitar el divorcio.

—Quiero estar segura antes de iniciar trámites legales. Quiero que le ponga un detective privado.

—De acuerdo. En el bufete trabajamos con una agencia.

—El dinero no es problema. —Saca un talonario de su bolso—. Diga una cifra para el anticipo.

Pienso en Pepe Figueroa, el detective con el que solemos trabajar. Pienso en sus tarifas: unos cuatrocientos euros al día por hacer un seguimiento, que es básicamente en lo que consistirá el trabajo. Pongamos que dure una semana y que cobre aproximadamente el cincuenta por ciento de anticipo.

—Mil quinientos euros —digo al fin.

Firma el cheque y me lo entrega.

—Espero resultados lo antes posible —sentencia—. Quiero saber si a estas alturas de mi vida tengo que replanteármelo todo y empezar de cero.

Le pido los datos de su marido: nombre, alguna foto, dirección personal y de trabajo, teléfono, coche y el teléfono de la supuesta amante, que ha dicho

que lo tiene gracias al WhatsApp Web. Me aclara que su marido es cliente del bufete y que, por supuesto, no puede saber nada de su visita.

Mientras se marcha observo la pequeña cinta sobre la mesa. Parece un poco más gris y más pocha de lo habitual. Le echo un poco de agua y le pongo las manos encima. Noto cómo se unen nuestras energías y su color verde brilla de nuevo. ¡Gracias, pequeño pararrayos!

3

Tras una mañana intensa de trabajo, estoy terminando de comer en la pequeña sala de mi apartamento cuando el móvil empieza a sonar.

—¿Sí?

—¿Rose? Soy el inspector Emilio Martín.

—¡Emilio!

El corazón me salta en el pecho. Hace casi veinte años que lo conozco y, cada vez que lo escucho, siento una gran esperanza que, hasta ahora, siempre se ha transformado en desilusión.

—¿Alguna noticia? —pregunto casi con miedo.

—Me gustaría verte, no sé cómo te viene...

—¿Hoy? —no le dejo terminar la frase—. Claro que sí. ¿En media hora en el café de siempre?

—Sí, claro. En media hora. Pero puede esperar a mañana si no te viene bien.

—Me viene perfecto.

Cuelgo. Me doy una ducha, me arreglo un poco el pelo y me rocío con Good Girl de Carolina Herrera (regalo de un invitado a mi fiesta de cumpleaños). Cojo mi bolso y quince minutos más tarde me encuentro sentada tomándome un té en la terraza de un bar junto al Mercado Viejo. Al poco, aparece Emilio, me levanto y nos saludamos. Podría ser mi padre.

—No dispongo de mucho tiempo —comienza a hablar una vez que se ha sentado—, pero no quería dejar de comunicártelo yo mismo.

Mi corazón salta en la caja torácica como un caballo desbocado. Llega el camarero y Emilio pide una cerveza sin alcohol.

—Me tienes en ascuas.

—Lo lamento si te he creado falsas esperanzas. En realidad, no hay nada nuevo de la investigación. Lo que quería contarte es que yo me jubilo.

—¿Qué?

—Tengo ya la edad y estoy cansado. No me siento con fuerzas para seguir con estos trotes y creo que será mejor dejar paso a sangre nueva, con ánimos e

ideas más actuales. Lo único que siento es no haber podido resolver algunos de los casos que he investigado a lo largo de mi carrera. Y el de Alex es uno de los que más me duele, ya lo sabes.

—Lo sé —asiento con resignación y tristeza. Durante estos veinte años hemos ido quedando regularmente para que me informara de cómo iba la investigación. Al principio, cada semana; después, cada mes; al final, ya cada año. Nunca había nada nuevo, Alex desapareció sin dejar rastro y nunca más se supo. Pero yo jamás había perdido la esperanza de que en algún momento...

—No sé cuántos años de vida me quedarán —continúa él—, pero ya no pueden ser muchos, Rose. Ahora quiero dedicarle a mi familia el tiempo que le he robado mientras estaba en activo. Voy a ser abuelo por primera vez y quiero disfrutar de mi nieto.

Me siento abatida. No soy capaz de pronunciar palabra. Noto cómo se abre un profundo abismo bajo mis pies.

—Es terrible —acuerdo a decir—. Eres el único policía con el que he conseguido llevarme bien —bromeo con amargura.

—Tú también eres la única abogada que soporto —sonríe.

Digamos que los abogados y los policías no solemos ser amigos. Normalmente nuestros intereses profesionales chocan; al fin y al cabo, los abogados tratamos de dejar en libertad a los delincuentes que los policías han puesto entre rejas, o eso es lo que creen ellos.

El camarero deja la cerveza sobre la mesa, junto a la cuenta y espera. Yo saco mi monedero para pagar.

—No, por favor —exclama Emilio—, es mi despedida, déjame que te invite.

Acepto.

Una vez se ha ido el camarero, el policía prosigue.

—De todas formas, ya sabes cómo están las cosas. No hemos avanzado nada en estos veinte años. Es un caso complicado y ha pasado demasiado tiempo. Las posibilidades de aclarar algo a estas alturas son muy escasas.

—Pero si te vas tú, las escasas posibilidades se reducen a ninguna. —Tengo ganas de llorar.

—Mira, Rose, te conocí siendo una niña y ya eres toda una mujer. Creo que ha llegado la hora de que dejes marchar a Alex.

Me enjugo una lágrima antes de que se desplome por mi mejilla. Es como si, de repente, me viera obligada a dar carpetazo a la etapa más dolorosa de mi vida, sin haber podido curar la herida. Temo que si lo hago pueda enquistarse

y pasarme factura. No soy capaz de olvidar lo que sucedió sin más. Necesito una explicación.

—No puedo, Emilio. Eso no.

Cabecea con tristeza.

—No creo que te esté haciendo ningún bien, Rose. Pero si quieres que el caso siga abierto, cuando yo me vaya, se lo asignarán a otro inspector.

—Nunca será como tú.

—¡Joder, espero que no! —exclama socarrón—. Él es mejor, puedes estar tranquila. Un tipo curtido en la calle, que sabe lo que se mueve en la isla. El caso lleva dormido demasiado tiempo y quizás hasta sea bueno que unos ojos nuevos lo revisen. Si hay algo que aún se pueda hacer, él lo encontrará, te lo aseguro.

—¿Y podría conocerlo?

—Supongo que sí —duda—. Es muy buen policía, pero también es, digamos, un poco arisco.

—¿Arisco? —repito con cierto desconcierto.

—Se podría decir que yo soy más simpático. —Vuelve a reír.

Las arrugas de sus ojos se han acentuado, muestra un ligero temblor en las manos y su pelo se ha cubierto por completo de un manto de nieve. Supongo que su vida ha entrado ya en el frío invierno y ha llegado la hora de recogerse y descansar. Es el momento de dejar paso a los jóvenes, a los que aún viven la primavera y el verano con ilusión y empuje.

—Marc Lobo.

—¿Qué? —Sus palabras me sacan de mi ensoñación.

—El nuevo inspector se llama Marc Lobo.

Y me entrega una tarjeta.

4

Mi vestidor está hecho un asco. Ayer llegué tarde de la fiesta, aunque más que la falta de tiempo, el problema era la intoxicación alcohólica que sufría. Y hoy por la mañana no podía faltar a mi trabajo. Así que aquí estoy, a las siete de la tarde tras la decepcionante conversación con Emilio, rodeada de ropa, zapatos y bolsos y sin saber por dónde empezar. ¿Quién me mandaría leer ese maldito libro de *La magia del orden*? ¿Lo has leído? La tal Marie Kondo propone la maravillosa idea de sacar todas las cosas de su sitio, dejarlas sobre el suelo de la habitación (acompañadas de las pelusillas que recorren el parqué) y seleccionar con mucho cuidado qué es lo que realmente vas a usar. Después, lo devuelves a su sitio perfectamente ordenado, habiendo ganado, en teoría, el doble de espacio. Total, que la japonesa de cara estirada no avisó de que hay que tomarse una semana de vacaciones para poder llevar a cabo la misión.

Resignada, miro la ropa que me rodea. Hay una chaqueta azul marino con botones dorados que utilicé en mi primera cita. No puedo tirarla, sería como perder una parte de mi pasado. La devuelvo al armario, del que no había salido en veinticinco años. Encuentro un montón de pañuelos para el cuello, los compré en el mercadillo, son cortos y con estampados llamativos. No sé qué hacer, si los tiro seguro que volverán a ponerse de moda y tendré que comprar otros. Los guardo.

Suena el teléfono. Me levanto aliviada por darme un respiro tras diez minutos de concentración y debate interior. Es mi padre.

—¿Papá?

—Hola, Rose. Felicidades con retraso.

—Gracias, papá.

—No pude viajar a Ibiza, tu amiga Xesca me llamó para decirme lo de la fiesta, pero estoy en plena promoción y mi agente me ha prohibido cancelar ni una sola presentación.

Mi padre es escritor de novela negra, de esos que hacen que aparezcan muertos por todas partes. Siempre hay un asesino muy inteligente al que

persigue un investigador aún más listo y audaz, aunque con graves problemas psicológicos y enganchado a la bebida. Siempre me he preguntado de qué serían capaces estos investigadores si se volvieran abstemios y asistieran a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Podrían descifrar los grandes misterios de la vida, ¿no crees?

Y el caso es que no le va nada mal. En Irlanda, donde vive, es uno de los escritores más importantes y en España empieza a ser bastante conocido.

—No te preocupes, papá, todo fue bien.

—Genial. Te he enviado un paquete que espero que te llegue pronto. Creo que te gustará.

—Seguro, papá.

Tiemblo al pensar con qué excentricidad me sorprenderá esta vez. Un año me regaló una caja de uno de los *bourbons* más caros del mundo. Y yo odio el *bourbon*. Ámbar me hizo el favor de celebrar una fiesta en su casa, a la que invitó a un montón de moteros a los que no les importó apurar todas las botellas. Estaban encantados y no paraban de hablar del privilegio que suponía deleitarse con el maravilloso sabor de aquel líquido que se vendía por más de doscientos euros la botella.

Tras una breve conversación, nos despedimos y vuelvo a mis quehaceres.

Nuevo dilema: dos pantalones de campana. Son de Dolce & Gabbana y me costaron una pasta hace quince años. Conclusión: tampoco los voy a tirar.

Suena el timbre de la puerta. Cojo el telefonillo y la voz de Pedro me pide que le abra. Dudo, con el ceño fruncido. ¿Debería dejarle pasar? Estoy muy enfadada con él, ayer no apareció y no ha dado señales de vida. Hasta ahora. Vale, voy a abrir. Dejo la puerta entornada y regreso al vestidor.

Conocí a Pedro en una fiesta que organizaba uno de los clientes más importantes del bufete donde trabajo. No me apetecía ir, pero mi jefa insistió en que tenía que asistir toda la plantilla. Se celebró en una villa ibicenca típica, con paredes blancas e irregulares y un jardín plagado de olivos. Me presenté allí resignada, pero mi estado de ánimo dio un vuelco cuando me lo presentaron. Pedro era socio de nuestro cliente en algún negocio pero, a diferencia de este (un chulo pagado de sí mismo), Pedro tenía un aire reservado y seguro. Y para rematar, era tremendamente guapo. Vestía una camisa blanca bajo una chaqueta azul, que hacía juego con sus ojos. Enseguida nos apartamos, con un cóctel en la mano, para charlar con cierta intimidad y nos acomodamos en una de las camas balinesas que se repartían por todo el jardín.

Desde entonces estamos juntos. Fue un flechazo en toda regla. Pero ahora mismo cogería el arco de cupido y se lo estamparía en la cabeza.

—¿Qué es todo esto? ¿Han entrado a robar? —Pedro muestra verdadera preocupación al descubrir el estado de mi vestidor.

—¡No! Estoy haciendo limpieza.

—¿Y usas la ropa para abrillantar el suelo?

—Anda, vamos a la sala.

Mi apartamento poco tiene que ver con las casas blancas y modernas que mucha gente tiene en la isla. Creo que mi parte irlandesa tiene algo que decir al respecto. El parqué del suelo es oscuro y me encantan los muebles de estilo años cincuenta y sesenta. Eso sí, no puedo permitirme nada lujoso y mi casa apenas ocupa cincuenta metros cuadrados, los precios de los alquileres en Ibiza son escandalosos. Nos sentamos en los sillones, uno frente al otro. Si las miradas mataran, creo que ya me habría quedado sin novio.

—Lo siento —dice Pedro.

—Vaya, hoy todo el mundo se disculpa conmigo. ¿Cuál es la excusa esta vez?

—Mary Kate.

—Ah.

Eso lo aclara todo. En parte. Mary Kate es la bruja de su ex. Lo único bueno que tiene son dos hijas preciosas, Angela e Isabella.

—Tuve que ir con Angela a un cumpleaños.

—¿Y por qué no fue tu ex?

—Porque Isabella tenía otro. Podría haber avisado a la niñera pero...

—Ya, se enteró de que era mi cumpleaños y quiso hacerme un regalo.

—No, Rose, seguro que fue un malentendido.

—Vale, déjalo estar. Pero podrías haberme llamado.

—No quería fastidiarte la sorpresa y quería haberme pasado más tarde, pero ya sabes cómo son las niñas. Después del cumpleaños, Angela estaba acelerada y no quería que la dejara, tuve que leerle un cuento y se hicieron las tantas de la noche.

—Entiendo —acepto con resignación. Solo son excusas, pero no quiero discutir.

—Además —continúa él—, prefería darte hoy una sorpresa.

—Ya, pero el mal rato que pasé ayer no me lo quita nadie.

—Espero compensarlo.

Su tono se vuelve sugerente. Pedro es muy atractivo y él lo sabe. Además, resulta encantador porque utiliza su embrujo sin alardear demasiado y

muestra una seguridad apabullante en todo lo que hace. Según Ámbar es el típico macho alfa, siempre dispuesto a proveer de caza y recursos a la hembra y a la prole. «Pero yo no tengo prole», pienso con cierta decepción, y me sorprendo de estos pensamientos. ¿Qué me está pasando?

—Vístete —me ordena con su ligero acento italiano. Aún lo mantiene después de más de veinte años en Ibiza, forma parte de su embrujo, y estoy segura de que es intencionado. Se pone en pie y me extiende la mano—. Tenemos que irnos.

—Pues... es que... —Mi armario es un campo de batalla—. Está bien —me resigno.

No me ha durado demasiado el mosqueo. No soy capaz de enfadarme con él. Me mira con esos ojos azules y me desarma.

Escarbo en la montaña de ropa y consigo sacar mi vestido malva, que aún conserva la etiqueta, y que, por suerte, no se ha arrugado. Entro al baño mientras Pedro se sirve una copa. Me doy una ducha rápida, peino mi melena, castaña como la de mi madre, y me maquillo. Por suerte, aún conservo una piel lisa y tersa pero me asusta pensar que ayer cumplí cuarenta y que empieza el camino de la decadencia. Marco los ojos con *eye liner* y máscara de pestañas y me pongo un brillo rosado en los labios. Salgo al salón.

—*Bellezza*.

Sabe que me pone cuando me habla en italiano. Enarco una ceja y muestro una sonrisa pícaro.

—Ahora no —me responde suavemente mientras deja la copa sobre la mesa.

—Por supuesto —lo ataco airado—, aún no te he perdonado lo de ayer. Así que no te hagas ilusiones.

—¿Vamos? —Me ofrece la mano, y yo acepto sin muchas ganas.

Salimos de mi apartamento y subimos a su coche, un Audi Q7, con las sillitas de sus hijas en los asientos traseros. Nunca las quita si no es imprescindible.

Me acomodo a su lado y atravesamos las calles hasta que abandonamos la ciudad y llegamos a su urbanización en la zona de Jesús.

—Pensaba que íbamos a cenar fuera —apunto algo confusa.

—¿Es que no te gusta mi casa?

«Como para no gustarme», pienso. Dejamos el coche en el jardín y entramos. Me siento impresionada, no consigo acostumbrarme. Se trata de un chalet de dos plantas, con suelos claros y ventanales amplios con vistas al

mar. Además, dispone de una terraza donde cenamos muchos días de verano. Entramos y huele a especias.

—¿Has cocinado?

—Por supuesto que no. ¡Quiero que vivas mucho más de cuarenta años y un día!

Me río y entramos en el salón con cocina americana. Tras la barra, un hombre de uniforme blanco y delantal está terminando de decorar un plato. ¡Oh, dios! Es Mario Muñoz, el chef de moda de la isla. ¡Y está en casa de Pedro, cocinando para nosotros!

—Mario —Pedro reclama su atención—, esta es Rose. Tienes que hacer una cena muy especial para una mujer muy especial.

Le estrecho la mano, y al verlo de cerca me parece demasiado joven como para tener dos estrellas Michelin.

—Un placer —exclama, y vuelve a concentrarse en lo suyo. Se nota que disfruta con su trabajo.

Pedro y yo nos sentamos en la mesa, que ya está preparada. Dos salvamanteles negros, platos de barro y grandes copas para el vino. En el centro, titila una vela blanca. Sabe que me encantan las velas blancas, atraen la energía positiva, ¿lo sabías?

—Pero —cuchicheo acercándome a Pedro todo lo que puedo—, ¿cómo es que no está en su restaurante? Debe de ser un cocinero muy ocupado.

—Claro, pero su restaurante tiene un acuerdo muy ventajoso con mis empresas, así que hoy ha hecho una gran excepción.

Miro otra vez al cocinero que se afana con sumo cuidado en terminar la presentación del plato.

—La cena está lista —comenta, levantando la cabeza.

Pedro se acerca y admira lo que ha preparado. Yo lo sigo.

—¡Qué buena pinta tiene todo! —No me relamo porque es de mala educación.

El cocinero comienza a describir su obra con entusiasmo, como si hubiera creado al primer ser humano sobre la Tierra.

—Untuosidades vegetales, sabores del mar, brocheta perfume de Asia, y de postre, sueños violetas.

A veces pienso que los grandes chefs pasan más tiempo decidiendo el nombre del plato que cocinándolo.

—Estupendo, Mario, tu cocina nunca defrauda.

—Espera a probarla —se ríe el chef—. Bueno, yo me tengo que ir ya.

—Gracias —atino a decir mientras sigo cautivada por los platos blancos sobre los que se han depositado texturas y colores que parecen pequeñas esculturas.

Pedro acompaña a Mario a la puerta y yo me quedo bloqueada. No sé aún si hay que llevar todos estos platos a la mesa ni cuál es el orden. No quiero poner el postre de entrante.

—Da pena comérselo —bromeo con Pedro cuando vuelve a mi lado.

—Para nada, los placeres están para disfrutarlos al máximo. No nos vamos a conformar con la vista cuando también podemos estimular el gusto. —Y me dirige una mirada que me hace dudar sobre si pasaremos directamente al postre.

Pero no. Pedro coge dos platos y los deja sobre la mesa del salón. Se dirige a su pequeña pero completa bodega, que esconde bajo la barra de la cocina.

—Me ha aconsejado algunos vinos para acompañar la cena. ¿Ekam Magnum? —Me muestra una botella de vino blanco.

—Sabes que los vinos no son mi especialidad, así que tú decides.

—Este, entonces.

Vuelve a la mesa y, tras abrir la botella, lo sirve. Finalmente, se sienta ante mí. Alza su copa.

—*Congratulazioni.*

Brindamos y bebemos un sorbo. El vino no está nada mal.

—Creo que esto eran las untuosidades del mar —afirma él.

—Untuosidades vegetales, eso ha dicho.

—Vaya, ya ha salido la abogada.

—¿Y esto qué tiene que ver con la abogacía?

—Pues que tenéis una memoria excelente, ¿cómo os podríais aprender toda esa retahíla de leyes y códigos, si no? Señoría —pone voz aflautada— según el caso de Spencer contra Ortega del año 82, en el que se afirmaba...

—Has visto demasiadas películas americanas.

—Si tú lo dices... Se llame como se llame, esto está de vicio.

—Desde luego.

La comida es deliciosa, de eso no cabe duda. Me levanto para traer los otros platos a la mesa.

—Así ya no tendremos que levantarnos.

—Le he dicho al chef que viniera temprano y preparara platos fríos. Quería cenar bien, pero también tener intimidad —me coge la mano y sonreímos—. ¿Qué tal fue ayer la fiesta?

—Bien, estuvieron mis amigas y un montón de gente más. Me regalaron un collar, unas cuantas novelas y un perfume. Ah, y una alfombrilla con forma de piano para poner a los pies del váter.

—Me tomas el pelo.

—No, el piano toca de verdad. Es entretenido.

—Es asqueroso.

—Sí, eso también.

—¿Y quién te lo ha regalado?

—Una compañera del instituto a la que hacía tiempo que no veía.

—¿Y hoy has podido ir al trabajo? —sonríe, interesándose por mi resaca.

—Me ha costado levantarme, pero sí. Además ha sido un día duro. La clienta de mi primer caso despedía unas vibraciones terribles. He tenido que refugiarme en la cinta más de lo habitual.

—Cuenta. —Pedro deja un segundo el tenedor junto al plato y toma su copa de Ekam.

—Es una mujer que sospecha que su marido le pone los cuernos y quiere contratar a un detective privado.

—Vaya, si las dudas aparecen... lo mejor es que lo hable con él.

—No creo que sea la solución. Por alguna razón, ella ya no confía en su marido.

—Cuando la desconfianza se interpone en la pareja... mala cosa. Aunque hay quien está dispuesto a mantener una relación abierta, todo es cuestión de ponerse de acuerdo. Conocí a unos amigos que se acostaban con quien querían. La única condición era que todas las noches las tenían que pasar en casa y dormir juntos. —Pedro se ríe—. Podían ser infieles de ocho de la mañana a ocho de la tarde.

—Interesante —afirmo con picardía—. ¿Es una sugerencia?

—No —ahora se pone serio—, no es lo que yo quiero para mí. El sexo es lo único que solo comparto con mi pareja.

—Conmigo, espero.

—Por supuesto. A mí ya me hicieron mucho daño.

—¿A qué te refieres? —Ahora soy yo la que deja el tenedor.

—Bueno, supongo que nunca te he explicado por qué Mary Kate y yo lo dejamos.

—Supuse que ya no aguantabas los mordiscos de esa víbora.

Con lo de víbora me he quedado corta, te lo puedo asegurar.

—En realidad, yo estaba muy enamorado de ella —ese comentario me duele— y por eso me costó tanto dar el paso.

—¿Te fue infiel?

—Suenas duro. —Su mirada se entristece—. La verdad es que no suelo hablar de esto, creo que aún me afecta. Sí, me fue infiel, muy infiel.

—No hay grados de infidelidad. Sucede o no sucede.

—Digamos que sucedió más de una vez y con varios hombres distintos.

—¡Vaya! —exclamo con cierto malestar.

—*Questa è la vita.*

—Yo no he sido nunca infiel a una pareja. —Me pongo mi medalla.

Pedro sonríe y levanta la copa.

—¡Por la fidelidad!

—¡Y el compromiso! —añado yo.

Terminamos la cena y Pedro se levanta para tomarme de la mano.

—Ahora viene mi regalo de cumpleaños.

—¿Otro?

—Esto ha sido una simple cena.

Avanzo con  el por el pasillo hasta llegar a mi estancia favorita de la casa. Se trata de una habitación amplia de tonos claros y un mirador al mar. En el centro hay un enorme *jacuzzi*. La iluminación proviene del exterior (los últimos reflejos del sol en el cielo) y de las velas que recorren todo el perímetro y el borde del *jacuzzi*. Sobre el agua flotan pétalos de rosa y, junto a los grifos, una botella de Mo t & Chandon acompaña a unas copas.

Pedro se sitúa a mi espalda y me susurra junto al cuello.

—Es precioso tu vestido, pero llevo toda la cena imagin ndote sin  el.

Me desliza un tirante, y después el otro, y el vestido malva de gasa cae al suelo acariciando mis piernas. Queda a la vista un sujetador sin tirantes a juego con el *culotte*. A pesar del tiempo que llevamos juntos, aún me siento incómoda cuando me desnuda y no tengo una sábana para taparme. Y más ahora, que acabo de cumplir los cuarenta. S  que aún puedo resultar atractiva, pero el tiempo no pasa en balde y en el mundo en el que se mueve Pedro sobran las mujeres jóvenes y guapas.

 el se muestra ajeno a mis pensamientos, con los ojos nublados por la excitación y el deseo. Comienza a besarme el cuello y se aprieta contra mí. Yo le dejo hacer. Noto su pene erecto contra mi culo. Baja sus manos y acaricia mis pechos por encima del sujetador. Después sigue descendiendo hasta mi pubis y se pierde debajo de la suave tela de encaje. No puedo evitar un jadeo. Entonces aparta su mano y me gira. Nos besamos. Su boca es suave y firme. Su perfume inunda mi nariz y contribuye a excitarme. Noto cómo me humedezco. Su barba de días me raspa deliciosamente la cara. Sus ojos azules

me miran fijamente. Ahora soy yo la que baja la mano y desabrocha su pantalón. Libero su miembro y comienzo a acariciarlo mientras seguimos besándonos. Sin separarse de mí, se desabrocha la camisa y la lanza a un lado. Admiro sus pectorales y el ligero vello que cubre su pecho. Beso sus pezones y bajo un poco más, hasta el vientre firme. Acaricio el ombligo con la lengua y me detengo ante su pene, admirando su poderío. Comienzo a besarlo con delicadeza, sabiendo que él desearía algo más contundente, pero yo prefiero jugar un poco. Lo acaricio con la lengua mientras él no puede apartar la mirada de mi boca. Finalmente, desesperado, me obliga a levantarme y le beso. Me quita el sujetador y él se desprende de los pantalones.

—Quítate las bragas.

—Es un *culotte* —le digo pícaro.

—Quiero ver cómo lo haces.

Y, despacio, comienzo a bajarlo hasta que cae a mis pies. Entonces él me toma de la mano y me acompaña hasta el *jacuzzi*. Yo voy detrás y observo su culo, duro y marcado. La temperatura del agua es perfecta. Pedro descorcha el champán y sirve una copa. Bebe, y con la boca llena de la cara bebida, comienza a besarme de nuevo. Jugamos con nuestras lenguas y me pierdo entre sus labios. El sol ha desaparecido ya del todo y las luces de algún barco se difuminan a lo lejos, en el mar. El deseo me apremia y me coloco sobre él. Sujeto su miembro bajo el agua y lo introduzco en mi interior. Pedro gime y yo también. Comienzo a moverme despacio, no hay prisa. Las velas nos iluminan tímidamente, proyectando sobre nuestros cuerpos suaves sombras. Los pétalos de rosa acarician mi piel acompañando mis movimientos. Nos besamos de nuevo. Él me empuja, me obliga a girarme y se pone detrás de mí. Me embiste cada vez más rápido. Yo comienzo a acariciarme. Cada vez estamos más excitados. Pedro se mueve con fuerza y ambos nos deshacemos entre gemidos, a punto de explotar de placer. Finalmente alcanzamos el orgasmo a la vez. Nos sentimos extasiados, felices. Él me da la vuelta.

—Te quiero, Rose.

—Y yo a ti.

Volvemos a besarnos y nos tumbamos en el *jacuzzi* con las piernas enlazadas. Al rato, salimos del agua y nos acostamos desnudos en la enorme cama que preside su dormitorio.

—Ahora viene mi regalo de cumpleaños.

—¿Otro?

—Oh, esto era un simple... —Y sonrío—. Este es el de verdad.

Y me entrega un cartón con letras doradas donde aparece la información de un viaje a Turquía.

—No hay fecha aún —prosigue—, tendremos que cuadrar nuestras agendas, pero me gustaría viajar a Turquía contigo. Es un país encantador.

En mi mente se dibujan las imágenes de las casas de masajes, del bazar de las especias, de Santa Sofía, de las karabansarai, de las bailarinas turcas... Todo muy sugerente, pero no puedo aceptarlo.

Hoy he tenido una gran fiesta privada de cumpleaños. Sin embargo, con respecto al viaje... Creo que voy a tener que hablar con Pedro sobre las profecías de Nostradamus.

5

He llamado a Pepe Figueroa varias veces, pero no me ha cogido el teléfono. Me temo que voy a tener que contratar a un detective privado para que encuentre al detective privado con el que suelo trabajar. ¿Qué crees que debo hacer? Esto no es serio. ¿Paso de él?

Sentada en mi despacho, tomo el teléfono y vuelvo a marcar su número. Suenan varios tonos, sé que va a saltar el contestador y ya le he dejado varios mensajes. Estoy a punto de colgar cuando de repente suena su voz.

—¡Hola, Rose!, ¿cómo estás?

—Pepe, llevo más de un día intentando localizarte. ¿Dónde estás?

—Estoy de vacaciones, Rose, ya te lo dije. —Su voz suena alegre, parece que va un poco bebido—. Quince días tirado a la bartola en las Bahamas.

—¿En las Bahamas? —Es verdad que me lo había dicho, pero creo que no le presté demasiada atención. Tampoco es que usemos tan a menudo sus servicios—. Pepe, tengo un caso urgente. Necesito que vuelvas lo antes posible.

—Rose, creo que no me has entendido. Estoy de vacaciones, sin prisas, sin agobios, todo el día comiendo, bebiendo y tomando el sol. Esto es vida, Rose. Deberías probarlo de vez en cuando.

—Pero... —Me indigna sobremanera que no me dé ninguna solución—. Pepe, ¿y qué le digo yo a mi clienta?

—Pues que espere, dentro de dos semanas vuelvo al lío. Mientras tanto, si te apetece un daiquiri, te invito. Vente para acá, Rose, nos lo pasaremos en grande. —Y se ríe a carcajada suelta.

Me imagino a Pepe con su prominente barriga asomando por encima del bañador y un cóctel apoyado en ella. Suspiro y cuelgo el teléfono enfadada.

Realmente no es culpa suya, es cierto que me lo dijo, pero yo ahora tengo un problema y no tengo a nadie que me lo solucione. En fin, tendré que hablar con mi clienta, es posible que no le importe esperar quince días. Ja. La verdad es que lo dudo.

Marco su número y contesta a los pocos tonos.

—¿Sí? —Su voz suena débil, amortiguada por un ruido de fondo, parece que se encuentra en un centro comercial. ¿La habré pillado de compras?

—Señora Fortuny, soy la abogada Rose Black. Ha surgido un imprevisto.

—¿De qué se trata? —Se pone muy seria. Se nota que esta mujer no está acostumbrada a que le den malas noticias o a lidiar con contratiempos.

—Verá, el detective privado con el que solemos trabajar está de vacaciones y no volverá hasta dentro de quince días. Si no es inconveniente...

—¡Sí, sí lo es! —Separo el teléfono de la oreja y lo acerco a la cinta, a esta mujer le encanta expresarse a gritos—. Le encargué un trabajo y le di un anticipo para realizarlo. No escatimaré en gastos, pero quiero saber cuanto antes con quién estoy viviendo. ¿Me ha comprendido? Si no lo soluciona, me encargaré de que mi marido se lleve todos sus negocios a otro bufete. Puedo ser muy persuasiva —dice con una voz suave.

Genial. Hasta ahora no lo había pensado, pero nos pone en una situación comprometida. Si su marido se entera de que su mujer nos ha contratado para investigarle, también se llevará todos los negocios a otra parte. No sé qué hacer, pero tendré que tratar este asunto con la máxima discreción.

—Entiendo.

—Pues entonces, ¡solúcelo!

Y cuelga el teléfono. ¡Qué carácter!

Me quedo pensativa. Hay otro detective con el que hemos colaborado alguna vez, pero no me da tanta confianza como Pepe. Ya la fastidió en un caso anterior y no me gustaría volver a arriesgarme, menos aún con una clienta como esta.

¿Qué hago?

Ha dicho que no escatimaré en gastos. Me dispongo a coger el teléfono para llamar a Pepe y convencerlo a base de dinero. Bah, no creo que funcione, mucho tendría que ofrecerle para que renuncie a unas vacaciones que ya tiene pagadas.

¿Qué hago? Estoy en un callejón sin salida.

Entonces, una idea, atractiva e inquietante al mismo tiempo, comienza a germinar en mi mente.

Cuarenta velas. Las imágenes del día de mi cumpleaños pasan aceleradamente por mi cabeza. Cuarenta años ya. Cuando echo la vista atrás me da vértigo. ¿De verdad es esta la vida con la que yo soñaba cuando era joven? Tengo un trabajo que no me gusta y un novio con el que jamás podré formar una familia. Se supone que estoy en el mejor momento de mi vida. A partir de ahora, todo va a ir a peor. ¿Qué me espera entonces? ¿De verdad

quiero luchar por mantener el *statu quo* o ha llegado el momento de rebelarse?

¿Y si lo hago yo? ¿Y si lo investigo yo misma? Sería la mejor opción para mantener la confidencialidad.

Aunque pueda parecer una idea descabellada, no lo es tanto. Cuando terminé la carrera de Derecho enseguida comencé a trabajar en mi actual bufete, sin embargo, saqué tiempo para compaginarlo con el curso de detective privado reconocido por el Ministerio del Interior. Lo hice a distancia y solo me costó un año, porque me convalidaron gran parte de las asignaturas. Habían pasado ya tres años desde lo de Alex y, en ese momento, dados los pocos resultados que había obtenido la Policía, estaba dispuesta a investigarlo yo misma.

Sin embargo, el trabajo comenzó a ser cada vez más absorbente y mis gastos mayores, sobre todo cuando me mudé de piso. Así que me entró miedo de establecerme por mi cuenta y nunca llegué a solicitar la habilitación. Tenía miedo al fracaso, miedo a no conseguir clientes, a no ser capaz de resolver un caso, miedo a tener que pedir dinero a mi padre. Y todos estos miedos me paralizaron y me han mantenido atada durante años.

Pero ahora se me ofrece una nueva oportunidad, justo cuando mi vida llega a lo que se considera el punto medio, el punto de inflexión y de reflexión. Sí, justo ahora, el destino me ofrece un nuevo reto, un reto que despierta antiguos sueños y antiguos temores.

¿Tú qué opinas? ¿Debería aceptar el desafío?

6

Me siento eufórica, nerviosa, angustiada. No sé si he hecho bien aceptando ese reto.

He subido a mi casa con el paquete que me ha enviado mi padre, el conserje del edificio me lo ha entregado. Es pequeño, en contra de lo que esperaba; Benjamin Black es muy dado a lo excesivo.

Me acomodo en el sillón de la sala y enciendo la lámpara de pie que hay junto a él. Quito el embalaje y descubro una cajita envuelta en papel de regalo. Me parece muy extraño. La abro y lo primero que encuentro es una nota.

«Debería habértelos entregado antes».

La aparto y, al ver lo que ocultaba, me echo a llorar. En el centro de la caja hay unos pendientes pequeños de oro amarillo. Son los que siempre llevaba mi madre. Esto sí que no me lo esperaba. Pensaba que mi padre la había incinerado con ellos. Me siento un poco mareada, noto que se me remueven las entrañas.

Mi madre murió en el peor momento posible, cuando yo estaba más alejada de ella, centrada en mi terrible adolescencia (aunque todas las adolescencias lo son, ¿no crees?). Mis padres eran el enemigo a batir. Y, de repente, un tumor cerebral se la lleva, sin compasión ni tiempo para despedidas. Y ya no hay enemigo, solo un gigantesco vacío. Creo que tras ese suceso tan terrible, me convertí, definitivamente, en una mujer. Entendí que nada es para siempre, que las ganas de vivir no son suficientes y que, a veces, descubrimos demasiado tarde a quiénes amamos de verdad.

La última vez que estuve con ella fue en el hospital. Apenas le quedaban fuerzas, pero cuando me vio sentada a su lado en la cama, me sonrió. Yo la besé, noté su piel suave y casi transparente y le susurré al oído la única palabra que sentía de verdad en aquel momento: «Gracias». Le di las gracias por haber sido la mejor madre que yo podría haber tenido. Por darme una lección de fuerza, entereza y elegancia a la hora de irse. Aquella misma tarde

comenzaron con la sedación. Esa noche, justo al amanecer, mi madre exhaló por última vez. Mi padre estaba con ella.

Y, recordando esto, comprendo que hay cosas realmente importantes y otras que resultan banales. Comprendo que no podemos ir acumulando objetos, que lo que hay que acumular son recuerdos. Que los objetos pesan y solo amontonan polvo una vez han completado su misión. Pero los recuerdos nos ayudan a saber quiénes somos. Tomo los pendientes y me los pongo. Y, como un soldado dirigiéndose a la batalla, voy a la cocina, cojo unas cuantas bolsas de basura, y enarbolándolas cual bandera, entro en mi vestidor.

Adiós pañuelos de colores. Nunca me ha gustado llevar nada al cuello, abajo la imposición de modas. Adiós pantalones de Dolce & Gabbana. Debí gastarme aquella pasta en la matrícula de un curso de italiano. Y adiós chaqueta de botones dorados. Juan González era un imbécil al que tuve que dar una grandísima bofetada cuando empezó a sobarme las tetas sin mi permiso; por supuesto, no volvimos a quedar.

Después de una hora intensa, mi vestidor vuelve a parecer un lugar habitable, vacío, pero habitable. Aparto las bolsas de basura, mañana buscaré una asociación donde donar la ropa.

Me doy una ducha. El agua me sienta fenomenal. Después de aplicarme una crema con olor a coco en las piernas y en los brazos, me pongo mi cómodo y poco glamuroso pijama con el dibujo de Mafalda y me dirijo a la cocina.

Llaman a la puerta. Al cabo de unos segundos, Pedro entra en mi apartamento. Está tan guapo como siempre. Debería haber aprovechado el tiempo del ascensor para ponerme algo más *sexy*.

—Te veo feliz —comenta nada más entrar.

—Por fin he recogido mi vestidor.

—Oh, estupendo, se lo propondré a mi secretaria como terapia, a ver si cambia esa cara de berza que tiene siempre.

—Seguro que le funciona.

—Yo he cerrado un negocio de cinco ceros.

—Oh, vaya, ¿está alardeando de su dinero delante de mí? —le pregunto con voz insinuante—. ¿El señor lo hace para compensar algún complejo físico?

—Podría demostrarle que no, señora, si Mafalda no dejara de mirarme fijamente.

Me ha cortado mi rollo *sexy* de un plumazo. Sí, debería haberme cambiado.

—Es broma —debe de haber percibido mi decepción—, en realidad me encanta Mafalda. No como estimulante sexual, claro, pero estoy seguro de que tendría una conversación muy interesante.

—Tonto. —Y le tiro un trapo a la cara, que coge al vuelo y lo deposita en la encimera.

—¿Qué cenamos?

—Ah, ¿vamos a cenar juntos?

—Bueno, ayer preparé yo la cena —afirma juguetón.

—En realidad, tú solo te encargaste del postre.

—Ah, ¿y no estuvo el postre a la altura del menú?

—Por supuesto. Eso no lo discuto.

Nos damos un beso.

—Había pensado hacer una ensalada.

—Perfecto.

Se dirige a la estrecha entrada del apartamento y deja sus zapatos junto a la puerta.

—Ah, qué bien, me encanta descalzarme. Mi hogar estará allí donde pueda quitarme los zapatos —declama como si se tratara de un verso de Shakespeare.

Llevamos a la sala los platos, la fuente con la ensalada y unas copas. No hay mesa de comedor, debido a la falta de espacio, así que nos acomodamos en unos cojines en el suelo, frente a la mesa baja que acompaña a los sillones. Sirvo un vino blanco, nada que ver con el Ekam de la pasada noche.

—¿Qué tal el día? Más allá de tu vestidor. —Prueba el vino y asiente—. No está mal.

—Bien, ha ido bien, aunque he hecho algo... Me vas a tomar por loca.

—¡Por favor, continúa! No se me ocurre qué locura has podido cometer esta vez. —Y se ríe con su broma.

—Bueno, he aceptado un caso como investigadora privada.

—¿Cómo detective privada? —Casi se atraganta.

—Eso es.

—Pero eso no puede hacerlo cualquiera, hay que tener un título, estudios y esas cosas.

—Los tengo, solo que nunca los he utilizado.

—¿Sí? —Me mira completamente sorprendido—. No tenía ni idea.

—Hay tantas cosas de mí que aún no sabes... —le comento dándome un aire de misterio.

—¿Esto no tendrá que ver con lo que me explicaste ayer de la señora a la que su marido le era infiel?

—*Touché.*

—Pues no sé qué decirte.

—No pareces contento con mi decisión.

—No, no es eso. Es que me parece extraño.

—¿Por qué? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—Me choca imaginarte haciendo seguimientos y cosas así. Pensaba que te gustaba tu trabajo.

—Sí, me gusta. Pero ¿no has tenido alguna vez en la vida la sensación de que necesitas un nuevo aliciente, algo que de verdad te llene, que quite monotonía a tu vida?

—Continuamente.

—Vaya, espero que estés hablando del trabajo.

—Por supuesto —sonríe—. Mi necesidad de innovación se ciñe exclusivamente a mi vida laboral.

—Me alegro. —Doy un sorbo a mi copa—. Pues en esa fase estoy yo.

—Pero no irás a dejar tu puesto...

—No, claro que no. Esto es solo un extra. De todas formas, con los negocios de cinco ceros que cierras normalmente, podrías mantenerme. —Y me echo a reír.

—Desde luego, señora, y con mucho gusto. Creo que podría mantenerla a usted y a tres o cuatro más, de hecho. —Como respuesta le doy un suave golpe en el hombro—. Pero, en serio, ten cuidado —cambia su tono—. Conozco a varias mujeres que dejaron sus trabajos como ingenieras y administrativas para montar empresas de estas de diseño de joyas, que ahora se han puesto tan de moda, y les fue mal. El trabajo rutinario no es chic, ahora todo el mundo quiere ser creativo. ¡Una de ellas era tan creativa que hacía joyas con vísceras de animal!

—Vaya, todo el mundo conocía a esa mujer.

—¿Por qué lo dices? —se sorprende.

—Por nada, continúa.

—Intentó que Lady Gaga usara sus diseños.

—¿Y?

—Que el estilista le dijo que Lady Gaga solo usaba filetones de buey de Kobe y se echó a reír. Cuando ella se puso seria, el tipo le explicó que aquello podía ser fuente de enfermedades, y que podía tener problemas para pasar esa bisutería por las aduanas, ya sabes, por temas de control de plagas y todo eso.

Terminó aconsejándole que se buscara un trabajo, que con aquello no se iba a ganar la vida.

—Pobre.

—Pues sí. Así que espero que pienses con calma lo que quieres hacer. Y si necesitas mi ayuda, dímelo.

—Gracias, Pedro. —Le doy un breve beso.

—Y ten cuidado, en el mundo hay gente muy perversa, dispuesta a conseguir lo que desea sin tener en cuenta a los demás. Y mucho buscavidas, de los que te la juegan en cuanto te das la vuelta.

—Tendré cuidado, papá.

—Te lo digo en serio.

—Y yo te digo que me tomes en serio. Soy una mujer de cuarenta años.

—Y vaya cuarenta años...

Nos besamos de nuevo.

De los doce abogados del bufete, todos están casados o viven en pareja y todos tienen ya hijos. Todos menos yo. Por tanto, me he convertido en la compañera a la que recurrir cuando hay un problema de plazos. Además, soy una de las más veteranas, así que, aunque mi especialidad sea Derecho de familia, he visto e incluso he llevado algunos casos de laboral o penal, por lo que he ayudado a otros compañeros con escritos, apelaciones y demás cuestiones con las que no te quiero aburrir. Como consecuencia, no hay en el bufete ni una sola mujer, hombre o ácaro que no se haya aprovechado de mi condición de mujer soltera sin obligaciones familiares.

Siempre pensé que esto era una auténtica discriminación por cuestión de útero, pero ha llegado el momento de sacarle rédito a todos estos años de abusos.

He hablado con algunos de mis compañeros y les he pasado todos los casos que tenía para esta semana. Les he dicho que yo me iba a encargar de un único asunto que requería de toda mi atención. Y es verdad. En realidad, el bufete se está jugando perder a uno de sus mejores clientes. Nadie me ha puesto ninguna pega, saben que no pueden. Con los socios del bufete no he hablado (por suerte no tengo ningún juicio esta semana, solo el vencimiento de algunos plazos), a ellos solo les interesa que las cosas funcionen. Y si todo sale bien no hay por qué molestarles.

Lo malo es que solo cuento con una semana, no puedo tensar más la cuerda con los compañeros. Así que la cuenta atrás va corriendo. Tengo una semana para dejarlo solucionado.

Después de estudiar la información que me ha dado mi clienta, he llegado a la conclusión de que lo mejor es comenzar con un seguimiento clásico. Así que, a las cinco de la mañana, he cogido mi vaso térmico con café y mi cámara réflex y me he subido a mi Mini. Tras conducir un rato, he aparcado frente a la puerta del garaje de la que se supone que tiene que salir el sujeto en cuestión. Viven nada menos que en el barrio de Talamanca, en uno de esos edificios blancos tan curiosos que tienen forma escalonada, como una

pirámide moderna, y varias hileras de plantas verdes, amarillas y rojas decorando todos los balcones. La urbanización cuenta además con una impresionante piscina privada y unas vistas excepcionales al puerto deportivo y Dalt Vila, que se sitúa justo al otro lado de la bocana. No está mal, ¿verdad?

Sobre las seis y media, cuando los primeros rayos de sol atraviesan el horizonte tintando el cielo de rojo, un BMW todoterreno sale del *parking*. Es el coche que estoy esperando. Dirijo mi mano derecha a las llaves de mi Mini y las giro con fuerza y seguridad, entusiasmada con el nuevo trabajo que me dispongo a realizar. ¿Seré capaz de seguirlo? ¿Seré capaz de obtener resultados?

El motor de mi coche gruñe un par de veces y, de repente, se queda en silencio, no arranca. ¿Te lo puedes creer? Comienzo a ponerme nerviosa. Vuelvo a girar la llave con vehemencia, pero nada. Absolutamente nada. Esta vez, ni siquiera hace ruido. Está muerto. Observo cómo el todoterreno negro se aleja por la carretera y se detiene en un semáforo en rojo. ¿Qué hago? Vamos, dime algo.

Me bajo rápidamente del coche y me dispongo a parar un taxi, pero no veo ninguno. Solo pasan turismos a toda velocidad, supongo que cada uno en dirección a su trabajo. No creo que nadie esté en la calle a estas horas por placer. Entonces, un Volkswagen Passat con pinta de tener más de veinte años, sucio y decorado con varios arañazos, se detiene a mi lado.

—¿La llevo a algún sitio? —El conductor es un tipo alto; su cabeza casi roza con el techo del vehículo, corpulento, de piel aceitunada y pelo corto y engominado. Viste camisa hawaiana, bermudas y chanclas. Sonríe amablemente y su voz y sus gestos son tremendamente amanerados. Vamos, es gay seguro.

—¿Eres un taxi? —pregunto sorprendida.

—*Ma' o meno'* —Y su sonrisa se vuelve aún más amplia, mostrando una dentadura blanca que destaca sobre su piel oscura, como la de un actor o un modelo—. ¿Sube o no?

No sé qué hacer. Debe de ser un taxi pirata, ya sabes, un tipo que se dedica a cobrar por viajes en su coche sin licencia ni nada. Completamente ilegal. Si nos pillan nos metemos en un lío, por lo menos él. Y mi imagen como abogada puede quedar seriamente dañada.

Levanto la mirada y veo que el todoterreno se acaba de poner en marcha. Vale, no es momento para pensar. Subo.

—Sigue a ese coche negro —le ordeno.

—Acho, pijo, cómo mola. —¿Acho, pijo? ¿De dónde ha salido este tipo?
—. Mi primer trabajo del día es una persecución. Agárrese, señorita, que voy a meter el turbo.

El coche acelera y consigue pasar el semáforo justo antes de que se ponga en rojo. Sigue al todoterreno, dejando siempre un vehículo en medio. Bueno, al menos parece que no conduce mal. Sujeto mi cámara réflex y saco algunas fotos del coche que seguimos.

—¿De dónde eres? —le pregunto a mi chófer mirándolo de reojo, sin apartar la vista de mi objetivo.

—Soy murcianico, ¿es que no se me nota?

—¿Murciano? Nunca he estado en Murcia.

Cuando pienso en Murcia me viene a la cabeza... Nada, no me viene nada a la cabeza. Es una de esas regiones desconocidas de las que nadie habla.

—Pues deberías. Tenemos las mejores playas de *toa* España.

—Bueno —le rebato con un punto de indignación—, las mejores playas de España están aquí, en Ibiza.

—Aquí no hay *na' comparao* con La Manga. ¿Sabes lo que es La Manga? Me encojo de hombros.

—Es una lengua de tierra de más de treinta kilómetros de largo que se mete en el mar y tiene playa a ambos lados. A uno, el mar Menor, donde se bañan los críos sin ningún peligro, y al otro el mar Mayor, *pa'* los mayores, *pa'* disfrutar.

—Oye, ¿por qué te comes las palabras? ¿Es que en Murcia no os enseñan a hablar?

—Sí, pero pasamos tanta hambre que tenemos que comer algo.

Suelto una carcajada y lo miro sorprendida. No esperaba que este tipo fuera capaz de hacerme reír.

El coche se mete en el aparcamiento de un hotel. Nosotros nos detenemos enfrente. Saco varias fotos de cómo entra y de la fachada. Es el Gran Hotel Montesol, uno de los mejores de Ibiza. Su mujer me dijo que era el director de una empresa que lleva la gestión de varios hoteles, supongo que este será uno de ellos.

—Por cierto, me llamo Toni. —Y extiende una mano grande hacia mí—. Y si quieres también puedo hablar fino.

—Yo soy Rose. —La estrecho. A pesar de su aspecto corpulento, su apretón es bastante débil.

—Deberías ir a Murcia, aunque solo sea *pa'* probar los michirones.

—¿Y tú por qué te fuiste?

—¿Yo? —Toni me mira y sonrío—. Supongo que estaba cansado de comer solo palabras.

Al rato, el sujeto vuelve a salir del hotel y coge el coche. Conduce rápidamente por las calles ibicencas hasta el parque de la Paz. Aparca y entra en un edificio moderno que hay enfrente. Sí, aquí es donde me dijo su mujer que tenía la oficina.

Esperamos un par de horas, sin que suceda nada nuevo. Me aburro. Entonces reparo en que no hemos hablado de las tarifas.

—Oye, ¿cuánto me vas a cobrar?

—No te preocupes, soy barato.

Qué mal suena eso, cuando empiezan con evasivas...

—¿Cuánto?

—Si me alquilas por todo el día, quinientos euros.

Trago saliva.

—¿Te has vuelto loco? Eso no lo cobra ni un taxi profesional.

—Te lo digo con todas las eses. —Ahora parece enfadado, aunque su tono amanerado no consigue imponer respeto—: Yo soy profesional, ¿lo estás poniendo en duda?

—Serás profesional, pero no legal. Eres un taxi pirata.

—Hago un servicio a la comunidad.

—Te daré cincuenta.

—¿Estás loca?

—No será por todo el día, solo la mañana.

—Doscientos.

—Cien, es mi última oferta o me bajo ahora mismo. Duda un momento. Sale del coche enfadado. Pega una patada a una papelera y se vuelve a subir.

—Está bien, ciento cincuenta.

—He dicho cien.

—De acuerdo. Pero ya sabes el refrán: la avaricia muerde el saco.

—Querrás decir que rompe el saco.

—En Murcia se dice así —responde en tono misterioso—. Ya sabes, será por el hambre.

Me quedo con la boca abierta y volvemos a estrecharnos la mano. Me sorprende de nuevo la flacidez de su apretón.

—Necesito un café. —Miro alrededor—. ¿Te importa ir a esa cafetería? Yo pago.

—Claro que pagas tú. Y no soy camarero —reniega.

—Yo no puedo moverme de aquí. Tengo que hacer fotos —intento armarme de paciencia.

Extiende la mano hacia mí.

—Déjame la cámara. Si veo algo yo las hago. No vas a tardar ni cinco minutos, espero.

No sé qué hacer. Pero necesito ese café.

—Está bien —acepto al fin—. ¿Tú quieres algo?

—Café con leche, la leche semidesnatada del clima, con mucha espuma y sacarina, gracias.

No, si al final tengo que ejercer yo de camarera del señorito. Me bajo del coche enfadada y me dirijo al bar. Entro y pido dos cafés para llevar. Tras pagar vuelvo a la calle. Miro alrededor, desconcertada. ¿Dónde está? Estaba parado aquí mismo, ¿no? No sé, de repente me siento desorientada, casi mareada. ¿Tú lo ves? Giro sobre mí misma, buscando el Passat. El café salta y me quema las manos. Abro los dedos inconscientemente y los dos vasos se estrellan contra el suelo, salpicándome los zapatos y las piernas. ¡Buf, qué día! ¿Dónde estás, maldito murciano? Le pego una patada a uno de los vasos y me acerco a donde estaba parado. Vuelvo a mirar alrededor. Nada. Ni rastro. El tipo se ha largado y me ha dejado aquí tirada. Mi padre siempre me lo ha dicho, pero como en tantas otras cosas no le he hecho nunca caso: «El apretón de manos es la mejor forma de medir a alguien que no conoces. La persona de confianza dará un apretón firme, sin prisa, mirándote a los ojos. Desconfía del que retira la mano con rapidez o la estrecha de forma flácida y desinteresada, porque intentará engañarte. Teme al que aprieta con todas sus fuerzas para hacer daño, ese intentará dominarte».

En ese momento observo que el marido sale a la calle y sube a su todoterreno. ¿Qué hago? Levanto la mano dispuesta a parar un taxi para seguirlo, pero entonces reparo en que el murciano (si es que lo es) me ha robado la cámara.

De repente caigo en que aún tengo que llamar a la grúa para que se lleven el Mini al taller. ¡Un día maravilloso!

8

Llego a casa destrozada, me siento profundamente idiota y, en esta ocasión, con toda la razón del mundo. En el taller me han dicho que me llamarán cuando sepan lo que le pasa al coche y para darme presupuesto.

Me desplomo en el sillón junto a la ventana y me descalzo. Me prepararía una taza de té, pero no me la merezco. Estoy de bajón y, cuando estoy así, no puedo evitar pensar en Alex.

Lo conocí justo el verano antes de irme a Barcelona a estudiar Derecho. Lo sorprendente es que, a pesar de que éramos poco más que unos adolescentes (yo contaba con dieciocho años y él con veintitrés) y de que vivíamos en Ibiza, no nos conocimos en una macrodiscoteca. Fue en la cola de un supermercado. Algo muy poco glamuroso, lo sé.

Era un sábado por la noche. Estaba en casa con mi padre y decidimos hacer un kilo de palomitas y ver una película. A ambos nos encanta el cine y, desde que mi madre murió, nos propusimos pasar más tiempo juntos en un torpe intento de reconciliación.

No quedaban palomitas, así que yo me ofrecí para ir al supermercado y no tardé en arrepentirme. Era sábado por la noche y estaba a reventar. Tras coger las bolsas de maíz me situé en una de las colas, detrás de tres carros cargados hasta arriba. Las cajas no daban abasto. Decidí preguntar al chico que tenía delante si le importaría dejarme pasar, y cuando se giró hacia mí, sentí como si me pegaran una bofetada que me sacó de un prolongado letargo. Lo primero que percibí fue su olor. No olía a colonia, sino a él mismo, un aroma corporal que me revolucionó las hormonas, despertando en mí un ansia puramente animal. Después me fijé en su cara. Ojos azules como el mar, labios carnosos que daban forma a una sonrisa penetrante, barbilla afilada, puntiaguda, que le confería aspecto inocente e interesante a la vez. Su pelo corto y rubio le hacía parecer extranjero; aunque en la isla muchos lo son. En un vistazo rápido, como un espasmo, recorrí todo su cuerpo. De aspecto atlético, alto y fuerte, vestía una sudadera oscura y unos vaqueros desgastados.

Durante unos segundos nos quedamos atrapados en la mirada del otro. Yo había olvidado lo que quería decir. Ya no había vuelta atrás. Me había enamorado por primera vez.

Es cierto que en el instituto había salido con algunos chicos, pero con ninguno llegó a ser nada serio. Y después de la muerte de mi madre, perdí todo el interés por el género masculino. Sin embargo, aquel encuentro, de repente, revivió en mí una atracción irracional que no se podía explicar con palabras ni controlar con pensamientos.

—Vas a montar una buena fiesta —intenté romper el hielo, haciendo alusión a su carro lleno de refrescos y botellas de licor. Se me habían quitado las prisas por salir de allí y me alegré de que hubiera una buena cola por delante.

—Ah. —Se mostró un poco desconcertado, pero enseguida se recompuso—. No, no es para una fiesta —tartamudeó un poco, parecía tímido—. Es lo que bebo todos los sábados por la noche.

Yo me eché a reír, muy sorprendida por su respuesta.

—Vaya, pues creo que no te iría mal una visita a Alcohólicos Anónimos —bromeé.

—Yo soy el presidente —continuó él, desviando la mirada con cierta timidez.

—¿De Alcohólicos Anónimos?

—Sí —afirmó, volviendo a mirarme con seguridad, aunque su ligero tartamudeo delataba su nerviosismo—. Me bebo todo el alcohol de los supermercados para asegurarme de que no quede ni una gota para mis asociados. —Yo volví a reírme. Me parecía un chico muy curioso. Mostraba timidez y seguridad a la vez, y esa mezcla me resultaba muy atractiva—. Ya sabes, si evitas la tentación...

—Evitas el pecado —concluí con una sonrisa.

Entonces apareció un amigo suyo y añadió unas cuantas botellas más al cargamento.

—Eh, tío, que nos toca.

Yo bajé la vista a mis bolsas. El amigo comenzó a poner la compra sobre la cinta transportadora y él se dirigió a mí.

—En realidad, hoy he decidido compartir la bebida con unos cuantos amigos. ¿Te apetece acompañarnos? —Me quedé de piedra con la pregunta. Resulta que no era tan tímido—. Ya sabes que bebemos por una buena causa.

—Sí, claro. —Lo miré divertida—. Si evitas la tentación...

—Evitas el pecado.

La oferta era tentadora. Pero sabía que si iba a esa fiesta, la tentación que me iba a acechar no iba a ser precisamente el alcohol. Y creí que era mejor evitarla.

—No había pensado salir —contesté—. Y me agobian las fiestas con mucha gente.

—Claro. —Parecía algo frustrado y yo no quería perder la oportunidad.

—Pero podemos quedar otro día a tomar algo tranquilamente, en un sitio donde se pueda hablar y eso.

—Claro. ¿Qué tal ahora?

—¿Ahora? Sí, supongo que sí. —Me sorprendí de mis propias palabras, que salieron de mi boca sin pasar por el filtro del lóbulo prefrontal. Estupendo, Rose. A ver qué le cuentas a tu padre.

—Aún no sé cómo te llamas. —Alargó una mano hacia mí, mientras me observaba con sus ojos claros y penetrantes.

—Rose. —Estreché su mano que resultó firme y acogedora.

—Encantado, Rose, soy Alex, y en cuanto me deshaga de este carro te voy a llevar a tomar una copa al mejor sitio de Ibiza.

Jo, con el tímido.

Alex se acercó a su amigo.

—Te ayudo con la compra pero yo me tengo que ir.

—¿Qué dices, tío? —Su amigo parecía contrariado—. ¿Adónde?

Alex se giró hacia mí y el amigo siguió su mirada. Me sentí un poco cohibida. De repente empecé a plantearme si era buena idea irme a tomar algo con un chico que acababa de conocer. ¿Tú qué habrías hecho?

Pues decidí que sí.

El amigo se quedó mosqueado y a mi padre tampoco le hizo ninguna gracia cuando le informé de que tenía nuevos planes.

Pero mereció la pena.

Esta sí que fue mi primera cita en toda regla. Fuimos a pasear por el puerto. Hacía calor y una retahíla de turistas recorría el mismo camino que nosotros, pero no nos importó. Alex estaba estudiando historia en la universidad de Mallorca y comenzó a contarme pasajes y anécdotas con verdadera pasión. Sentía una fascinación especial por los piratas que habían asolado las costas de Ibiza desde la Edad Media. Recuerdo que me habló de los filibusteros y los barcos turcos; y de las fortificaciones que se alzaron por toda la isla para evitar el expolio, las violaciones y las muertes. Cuando llegamos al monumento a Antonio Riquer me contó quiénes habían sido los corsarios. Yo ni me había planteado la diferencia entre un corsario y un pirata,

pero, por lo visto, no eran exactamente lo mismo. Los corsarios trabajaban para el gobierno de un país o una ciudad, que les había concedido la patente de corso. Esto era un permiso especial para acabar con los barcos de cualquier nación enemiga y quedarse con gran parte del botín, aunque una pequeña parte debía ser entregada al Estado.

Terminamos la noche en un *pub* que ya no existe. Y allí fue donde Alex me besó por primera vez. Y yo me dejé llevar por aquellos labios suaves, aquellos ojos dulces y aquellas manos ávidas.

A partir de entonces nos vimos todos los días hasta que terminó el verano. Y con mucho dolor, cada uno tuvo que reemprender su camino. Él, rumbo a Mallorca y yo, a Barcelona.

La última noche que pasamos juntos, fue mi primera vez. Él, sin embargo, sí tenía experiencia, de la que se adquiere en el asiento trasero de un coche. Como todas las primeras veces, resultó un poco desastrosa, sin embargo, el recuerdo la tornó fantástica.

Entonces no existía el WhatsApp, así que decidimos cartearnos. Y aquella relación epistolar contribuyó a insuflar aún más pasión en nuestros corazones. Esperaba cada carta como una semilla espera el agua de lluvia. Con cada uno de aquellos sobres, yo florecía y recobraba fuerzas para dedicarme con ahínco a mis estudios, aunque por entonces ya había descubierto que mi carrera no me entusiasmaba. Sin embargo, sabía que si aprobaba todas las asignaturas, los periodos de vacaciones serían íntegros para nosotros. Y así fue.

Dos años estuvimos juntos. Los años más maravillosos y estimulantes de mi vida.

9

Llego a nuestro bar de cabecera, el Sugar. Es un local de copas en la terraza de un edificio cerca del puerto, con unas magníficas vistas al Mediterráneo. En realidad, es nuestro bar desde hace un par de años, desde que Xesca y yo coincidimos con Giselle y Ámbar y nuestros corazones se unieron como almas gemelas. Nos conocimos en las clases de yoga de los viernes por la tarde y ahora solo Giselle continúa yendo. A pesar de sus problemas económicos, no está dispuesta a renunciar a potenciar su parte espiritual. El resto lo dejamos (unas por falta de tiempo y otras de ganas), pero todas seguimos viéndonos una vez a la semana, en general, los viernes por la noche. Bueno, casi todas, en realidad, porque algunas veces nos falla Xesca. Claro, tiene que alternar los mojitos del bar con los moquitos de sus hijos.

Está bien, es un juego de palabras pésimo, lo sé, pero es que aún me siento un poco triste.

Giselle ya está acomodada en nuestro rincón favorito, nuestro segundo rincón favorito, en realidad. El primero era la mesa de al lado, que hace esquina y tiene una vista increíble de toda la terraza. Hasta que yo me di cuenta de que el número de esa mesa era el doce más uno y las obligué a cambiarnos. Desde entonces, nuestra mesa favorita es la catorce, que no está tan bien ubicada, pero tampoco está mal. Lo único malo es que tiene un par de palmitos al lado. Aun así, prefiero tener que evitar pincharnos cada vez que nos levantamos, antes que correr el riesgo de atraer la mala suerte.

A mis amigas les costó un poco renunciar a nuestra primera mesa favorita, pero ya me conocen y me quieren con mis manías y todo. Así que, allí está Giselle esperando, en la catorce.

Se levanta para darme dos besos y nos sentamos en el sofá rodeadas de plantas tropicales e iluminadas por algunas velas y por la luz del atardecer.

—Tengo que contaros algo —me dice emocionada, mientras aparta un mechón de su pelo cobrizo.

—Hola, chicas. —Ámbar hace su aparición contoneando su firme culo y dejando algunas miradas pegadas a él. No lo puede evitar, toda ella es sexo

con patas, bueno, con piernas largas y esculturales—. ¿Habéis pedido ya? — pregunta, y Giselle niega con la cabeza.

Así que vuelve a desandar el camino hasta la barra bajo las atentas miradas de casi todos los presentes, incluidas Giselle y yo, que observamos su contoneo de ritmo hipnótico.

No soy bisexual, te lo aseguro, pero sé apreciar un buen culo femenino.

Al poco vuelve y se sienta con nosotras.

—¿Qué tal, chicas? ¿Viene hoy Xesca? —me pregunta.

—No, me temo que no. Tenía a sus niños resfriados y...

—¿Y qué? ¿Su marido no gana suficiente pasta para pagar una canguro?

—Ella también trabaja —apunto yo.

—Sí, claro, pero ella se pasa más tiempo criando que trabajando — continúa Ámbar—. Con la reducción de jornada, que tiene, no creo que le dé ni para los clínex de sus hijos.

—Eres muy cruel. —Giselle da un sorbo al mojito.

—Soy realista. Su marido no para de viajar, aunque solo sea con las dietas tiene que ganar una pasta.

—No te creas, las empresas asfixian a los trabajadores todo lo que pueden y más —suspiro.

—En eso tiene razón Rose. Tú, como no trabajas... —Giselle lo deja en el aire, como quien no quiere la cosa. Ámbar y yo nos miramos sorprendidas y nos echamos a reír, porque la pelirroja suele ser bastante prudente con sus comentarios.

—Pues eso se va a acabar, mira por dónde —comenta Ámbar, con ánimos renovados.

Lo que más me gusta de Ámbar es que nunca se toma nada demasiado en serio, ni siquiera a sí misma.

—¿Ah, sí? —preguntamos o exclamamos, no sé muy bien, Giselle y yo.

—Pues sí. Voy a ponerme a trabajar. La vida de rentista ya no me llena. Mi asesor lo tiene todo controlado, así que ahora mi única preocupación consiste en que no se me caduquen las tarjetas de crédito.

Ay, me da una pena...

El padre de Ámbar era un empresario de la construcción que amasó una fortuna. Cuando murió, el hermano mayor de Ámbar continuó con la empresa familiar y ella se quedó con unas cuantas propiedades, algo así como unas cien viviendas y bajos comerciales. Desde entonces vive de los alquileres. Una rentista en toda regla, como una noble del siglo XIX.

—¿Y cuál va a ser tu trabajo? —me intereso muy intrigada.

—Adivinadlo —nos reta con picardía.

—*Personal shopper* —apunta Giselle.

—Uf, qué va. ¿Tener que soportar a locas pijas que no tienen nada más que hacer que ir de compras? Ni aunque me fuera la vida en ello.

Casi suelto una carcajada porque se acaba de retratar a sí misma. En fin, en el fondo la envidia.

—Comentarista de radio de esas que dan consejos sobre protocolo y cómo comportarse en sociedad. —Me la estoy imaginando.

—¿Estás loca? Eso solo lo hacen las aspirantes a pijas. Las que nos hemos criado en ese ambiente no compartimos nuestros secretos y modales con la plebe, ¿qué te has creído? —Y nos lanza una sonrisa burlona.

—Yo me rindo —salta Giselle—. Es que no te veo trabajando.

—Está bien, mira que sois aburridas. —Incluye una pausa dramática antes de proseguir—. Voy a ser escritora.

—¡Venga ya! —No me creo ni una de sus palabras.

—Esto va en serio, Rose. —Su tono se ha vuelto realmente grave. ¿Será verdad?

—Lo siento —me disculpo—, pensaba que bromeabas.

—Pues no. Es una idea que lleva resonando en mi cabeza desde hace mucho. De hecho, ya me he comprado un bolígrafo para los autógrafos.

Nos lo muestra, de color rosa, con una pluma en la parte superior.

—De Cartier. A la altura de mis libros.

—Pero ¿sobre qué vas a escribir? —pregunta Giselle abriendo mucho los ojos—. Si es sobre espiritualidad, yo puedo asesorarte.

—¿Espiritualidad? Para nada, eso es solo para frikis. Yo voy a escribir novelas románticas.

—¿Novelas románticas? —No salgo de mi asombro.

—Pero... —Giselle no termina la frase.

—¿Qué pasa? —Inexplicablemente, Ámbar parece perpleja.

—Pues que nos resulta extraño —hablo yo en nombre de las dos—. Eres una persona que... Bueno, que el amor... No sabría cómo explicarlo...

—¡Joder! —me interrumpe Giselle—. Que tú no tienes ni puta idea de lo que es el amor, eso es lo que quiere decir. Que si fueras a escribir novelas eróticas, todavía, porque de lo único que sabes es de follar.

¡Caray con Giselle!

El camarero deja nuestros mojitos en ese momento y mira a Ámbar con una intensa sonrisa.

—¿Qué miras? —le increpa ella—. Que me guste follar no quiere decir que lo haga con cualquiera.

El pobre se aleja, rojo como un tomate. Ámbar estalla en una carcajada. Y nosotras también.

—Tienes razón, Giselle. Pero estoy perfectamente capacitada para hablar del amor. Muchos se han enamorado de mí.

—Pero ¿y tú? ¿Te has enamorado? Si no sabes lo que se siente cuando estás loca por alguien, ¿cómo vas a describirlo? Tú nunca has sentido nada más allá del placer físico. Ni siquiera sabes lo que es la pasión —insiste Giselle.

—Oh, cariño, te asombrarías de la pasión que soy capaz de aportar. Además, ya estáis como siempre, hablando sin saber. —Extrae un papel de su diminuto bolso verde y nos mira con aire interesante—. Escuchad. —Comienza a leer—: Azuleaba la luz en las esquinas de aquel rancio aposento. No sé cuántas horas habían pasado pero, ese día, el tiempo se retiró despacio de la estancia. Tomé un último sorbo de té de la exquisita porcelana japonesa del siglo xv, mientras él hablaba con su voz firme. —Bueno, no suena del todo mal. Giselle y yo nos miramos sorprendidas. Ámbar continúa, imprimiendo más fuerza a sus palabras—. El té estaba frío, así que lo escupí y él se puso en pie con actitud amenazante. El tío estaba bueno que te cagas. Tenía un pecho escultural y dos pedazo de brazos enormes que había utilizado para raptarme y encarcelarme en su lujoso palacio de Venecia. Y yo intentaba hacerme la dura, intentaba resistirme, porque no quería sentir lo que sentía entre las piernas. Pero, joder, estaba más salida que el pico de una esquina; y el tío, buenorro que te cagas. Así que, ¿qué más daba que me hubiera secuestrado? Su voz severa y su cuerpo musculoso me ponían muy cachonda y no pude evitar que se me mojaran las bragas. Por supuesto, él se dio cuenta y se acercó a mí con el pantalón abultado. Yo lo observaba con una mezcla de miedo y deseo, rezando por dentro para que me castigara. Sí, por Dios, estaba deseando que desenfundara de una vez aquel bicho que guardaba bajo el pantalón y me lo pusiera entre las piernas. —Hace una larga pausa para que procesemos lo que acaba de leer. Y concluye—: Ámbar María de la Torre García. Fragmento de novela.

Se hace un pequeño silencio entre nosotras, que rompe Giselle con acierto.

—La porcelana japonesa empezó a fabricarse a principios del siglo xvii. Podría ser, en todo caso, porcelana china, que es anterior.

—Oh, qué más da, es un detalle sin importancia. —Ahora Ámbar sí parece un poco molesta—. ¿Y tú qué dices, Rose?

—Bueno —sé que no es buena idea decirle la verdad, así que improviso—, me ha gustado, pero creo que el toque de escupir el té rompe un poco la magia del amor.

—Oh, gracias, cariño. —Se queda pensativa—. Lo del té era para ambientar un poco la escena, pero creo que tenéis razón. Quitaré lo del té y me ceñiré exclusivamente a la parte romántica.

¿Qué parte romántica? Me pregunto, pero me trago el comentario.

—A lo mejor también sería bueno que intentes pulir un poco el lenguaje —continúo con cuidado—. Quizás, ¿unificar estilos?

—¿A qué te refieres?

—Pues, a ver cómo lo explico. Puede que a los lectores les choque un poco encontrar en el mismo párrafo las palabras «rancio aposento» y «buenorro que te cagas».

—Ah, bueno, es posible. La verdad es que he cogido un libro romántico al azar y le he añadido yo mis toques personales.

—Adivino qué parte corresponde a tus toques —apunto.

—Estoy creando mi propio estilo.

—¿Y de qué va la novela? —prosigo con cierto temor.

—Aún no lo sé.

—¡Pero si ya has empezado a escribir! —Giselle no sale de su asombro.

—Ya, ¿y qué? Pero yo me baso en los sentimientos, no en las historias. —Y lo peor es que lo dice convencida—. Además, no pensarás que voy a esperar varios meses a que la novela esté terminada para poder tener el reconocimiento que merezco, ¿no?

—¡No! —exclamo rotundamente—. Claro que no. Yo siempre le digo al cliente que me felicite por la resolución del caso antes de haber ido al juzgado, no vaya a ser que el juez no opine lo mismo.

—Existen los escritores fantasma —insinúa Giselle.

—¿Escritores por encargo? ¿No lo dirás en serio? —Ahora sí que parece indignada—. Yo soy una artista. En mi cabeza lo tengo ya todo pensado, más o menos, solo necesito poner un poco de orden. La protagonista será una tía que está muy buena, pero ella cree que no. Ya sabéis, como el patito feo. Es pobre, pero por azar aparece en su vida un tío forrado hasta las orejas, que le regala coches, viajes y cenas exclusivas. El problema es que el tipo está mal de la cabeza y le encanta maltratar a sus parejas. Ella está hecha un lío, pero el macizo la pone tan cachonda que se deja follar por todas partes. Bueno —

hace una pausa—, eso aún tengo que pensarlo, quizás solo se deje por cinco o seis. —Giselle y yo abrimos los ojos preguntándonos por cuántas partes se pueden tener relaciones sexuales—. Después, como él se ha enamorado por primera vez en su vida, deja de hacer el gilipollas con la fusta y se casa con ella y tienen pequeños seres mocosos y chillones. En eso consisten los finales felices, ¿no?

Giselle y yo nos miramos con resignación.

—Creo que deberías tomarte más en serio tu nuevo trabajo —le aconsejo, algo confusa.

—¿A qué te refieres?

—A mí me gusta la literatura romántica, me encantan las historias apasionadas y con estilo. Pero detesto cuando empiezo un libro que está escrito con desgana o cuya historia tiene una sombra tan larga que me suena haberla leído ya cincuenta veces.

Me temo que no ha pillado mi chiste «gris».

—A lo mejor yo te puedo asesorar un poquito.

Ámbar y yo miramos fijamente a Giselle.

—¿Algo que comunicarnos? —pregunto con picardía.

—Quizás. —Y da un largo trago a su mojito—. Estoy saliendo con alguien. Se llama Pablo.

—¿Qué? —Ámbar y yo pegamos un salto en el sofá—. ¡Cuenta!

—Bueno, lo conocí hace una semana. Sé que es poco tiempo pero, de verdad, es el amor de mi vida.

Saca el móvil y nos enseña una foto.

—¡Oh, es un dios del Olimpo! —exclama Ámbar—. Está casi tan bueno como Pedro.

Le doy un codazo. Aunque la verdad es que el chico es un verdadero bombón.

—Es muy inteligente y le gusta hacer yoga. Conoce todas las posturas. —Sonríe.

—Vaya, vaya, con la pequeña Giselle. —Ámbar da un sorbo a su mojito—. Intuyo que hay un pero.

—Viaja mucho.

—Anda, ¿no será compañero del marido de Xesca? —bromea Ámbar.

—No lo creo. Trabaja para una farmacéutica. Solo pasa en la isla una semana de cada cuatro.

—¡Pues qué fastidio! —intervengo yo—. Entonces, ¿ahora está de viaje?

—En efecto.

—Creo que es ideal. —Ámbar parece encantada—. Así no te cansas de él. Yo tuve un amante que quería que nos viéramos todos los días. A mí me agobiaba, así que lo dejé. Después ambos nos echamos pareja y comenzamos a quedar muy de vez en cuando y a escondidas. Entonces la relación funcionaba estupendamente.

—¿Y por qué lo dejasteis?

—Porque al final su pareja lo plantó y otra vez quería estar todo el día conmigo. Una pesadilla.

Giselle y yo damos un nuevo sorbo. Ámbar mira a Giselle con una sonrisa.

—Acepto tu ofrecimiento, Giselle —continúa—. Vas a ser mi inspiración. Quedamos una tarde y me cuentas. Comenzaré con la típica tía pobre que viste de mercadillo pero que es pelirroja y atractiva, con unas experiencias terribles en el amor, que tiene la suerte de encontrar a un tío realmente buenorro que trabaja para una multinacional. Puedo incluir a una ex muy celosa, un jefe que se la quiere tirar y ese tipo de cosas que impiden que puedan estar juntos. Creo que puede funcionar.

Noto que Giselle va a explotar y decido cambiar de tema.

—Yo también tengo un problema. Me he metido en un buen lío.

—¿Tú? —Mis amigas no salen de su asombro—. Pero si eres la perfección personificada —apunta Giselle—. Salvo esas manías que tienes con el número tre... doce más uno. Con lo bien que se está en esa mesa. —Y señala nuestro antiguo sitio favorito.

—¡Sí! Menudas manías. —Ámbar se muestra ahora preocupada—. Imagínate. ¿Cuántas parejas sexuales has tenido a lo largo de tu vida?

—¿A qué viene eso ahora?

—Dímelo.

—¿Relaciones sexuales?

—Sí, con metesaca, con *juntameereas*, tu cosita y la suya...

—Vale, vale. Pues, no sé. Estuvo Alex, y durante estos veinte años hasta que apareció Pedro... Pedro es mi pareja número... doce.

—¡Ajá! Ahí lo tienes. —Ámbar está satisfecha.

—¿Ahí tengo, qué?

—Un gran problema. Tu aversión al número doce más uno.

—Triscaidecafobia —apunta Giselle.

—¿Triscái qué? —repito sorprendida. ¿Crees que existe esa palabreja?

Ámbar observa a Giselle con media sonrisa.

—¿Cómo es posible que siendo inglesa sepas más palabras que yo en castellano? —Me vuelve a mirar a mí—. Bueno, la triscaloquesea, hace que Pedro sea tu última pareja sexual. A partir de ahora solo tienes tres alternativas. Primera, seguir con Pedro para toda la vida. Cosa complicada debido a su pasado, pero posible. Segunda, si lo dejas con Pedro, ingresar en un convento. No estoy segura de si en Ibiza queda alguno habitado por monjas. Porque, ya sabemos que tendría que ser aquí, ¿verdad? Y tercera, tener una relación a tres bandas, es decir, una orgía donde las relaciones sexuales se establezcan simultáneamente, esto es, que te tendrás que buscar una postura cómoda para que dos o tres tíos a la vez...

—¡Ámbar! —Giselle no la deja terminar.

—Bueno, es la única forma de saltar el doce más uno.

—También podría volver con una de sus anteriores parejas —aporta Giselle—. Al fin y al cabo, tiene doce para elegir.

—Eso sería casi peor que seguir con Pedro —afirma Ámbar con cierto desprecio—. Rose, ¿alguna vez te has preguntado si realmente quieres a Pedro o si solo sigues con él por miedo a llegar a tu pareja número doce más uno?

—Pues claro que me lo he planteado, y mi relación con Pedro va estupendamente. No pudo venir a mi cumpleaños, pero me preparó una maravillosa celebración íntima. —Dejo unos segundos de silencio para que lo procesen—. Y como regalo, me ha invitado a hacer un viaje con él a Turquía.

—¿Le has hablado sobre Nostradamus? —me pregunta Giselle con miedo.

—Aún no —admito.

—¿Lo ves? —ataca Ámbar—. En el fondo no tenéis nada en común. No te podría haber hecho un regalo peor.

No me enfado con Ámbar. Siempre he pensado que siente celos de nuestras relaciones, de que nosotras podamos estar emocionalmente vinculadas a un hombre. Creo que en el plano afectivo (y dejando el sexo aparte, claro) sus amigas somos más importantes para ella que cualquier pareja. Y no le gusta compartimos con nadie.

—¿Y cuándo se lo vas a decir? —me reprocha Giselle—. Una cosa es un ligue de una noche y otra, un hombre con el que llevas saliendo un año.

—Casi un año —puntualizo—. Y lo importante es que me ha invitado a viajar con él, sin familia, sin hijas, solo él y yo, eso es lo importante.

—Eso no significa nada, querida. —Ámbar sigue royendo el mismo hueso—. Yo estuve con un tipo que me llevó un mes de viaje por toda Europa y

follamos en los rincones más exclusivos del continente. Fue increíble, mejor que una luna de miel.

—¿Y después de eso te puso los cuernos? —aventuro.

—No, se los puse yo a él. —Levanta los ojos como si estuviera soñando despierta—. Un joven italiano con un miembro de casi treinta centímetros.

—Eres incorregible, Ámbar. —Giselle me mira sorprendida—. Entonces, ¿te estás planteando ir al viaje? Eso sería estupendo.

—Me lo estoy pensando —afirmo—. Pero no sé si seré capaz.

—¿Y ese es el gran lío en el que te has metido? —continúa Ámbar.

—Ah, no. —Creo que aún estoy un poco aturdida por lo de mi pareja doce más uno.

Intento aclararme la mente y les cuento mi experiencia como detective privada, mi encuentro con el murciano mamarracho y el robo de la cámara.

—¡Guau! —Giselle se muestra asombrada—. ¿Te has convertido en detective? Me encanta.

—Bueno, es solo un caso —explico—. Digamos que me he tomado una excedencia de una semana como abogada.

—Pues no la alargues más. Por lo que cuentas eres una detective muy pardilla. —Supongo que Ámbar tiene razón—. Pero las amigas bordes y malpensadas también estamos para ayudar. Apostaría a que podrías encontrar tu cámara en Wallapop.

—Qué buena idea —continúa Giselle—. ¿Lo has mirado?

—¿Qué es eso? —me sorprende.

—Una plataforma de compraventa de segunda mano —me explica Giselle—. ¿Es que no tienes la aplicación?

—Pues no.

—Yo la tengo instalada. —Ámbar saca su móvil—. Vamos a ver si el tipo ha puesto tu cámara a la venta.

—¿Tú? —Giselle no sale de su asombro—. ¿Pero tú compras cosas de segunda mano?

—Pues claro, ¿qué te has creído?

—Pero si estás forrada.

—Y quiero seguir estándolo. Venga —me mira—, ¿cómo es la cámara?

Le digo la marca y el modelo y en unos segundos aparece una ristra de cámaras. Ámbar sube con el dedo y de pronto ahí está. La reconozco por la cinta de Mafalda que compré en El Corte Inglés. El muy capullo la ha puesto a la venta sin ningún pudor.

—Qué poca vergüenza —exclamo.

—Te vio demasiado pija y pensó que no lo pillarías por aquí —afirma Giselle.

—Ala, ya está —exclama Ámbar—. Con un poco de suerte, mañana recuperas tu cámara. Acabas de quedar con el tipo en el puerto. ¿Quieres que te acompañemos?

—No, no os preocupéis. No es peligroso. —Eso creo. A pesar de su frialdad (o quizás gracias a ella), Ámbar es la más práctica de todas, la que tiene la mente más clara y afronta mejor los problemas—. Gracias, Ámbar. Como escritora de novela romántica no termino de verte, pero como detective serías mejor que yo.

—Oh, cariño, me subestimáis.

10

A mí nunca se me habría ocurrido mirar en Wallapop, nunca he comprado nada de segunda mano y ni siquiera sabía que existía esa aplicación. ¿Qué haría yo sin mis amigas?

Hemos quedado a las diez junto al monumento a los piratas ibicencos, en la plaza de Antoni Riquer. Llego veinte minutos antes, me pongo las gafas de sol y me siento en la terraza de un bar. Espero que sea él quien ha puesto la cámara a la venta y espero que se presente.

Llevo ya dos cafés, ha pasado un cuarto de hora desde las diez y aquí no aparece nadie. Estoy perdiendo mucho tiempo del que no dispongo. Pido la cuenta y me levanto cuando, de repente, veo llegar un Passat destartado. No me lo puedo creer, es él. Detiene el coche junto al monolito de Riquer y observo cómo se baja y comienza a mirar alrededor. Lo veo trastear el móvil, supongo que estará enviando un mensaje a la compradora, en este caso a Ámbar. Me pongo de espaldas a él y comienzo a hacer fotos con la cámara delantera, como si fueran *selfies*. Hago un poco de *zoom* con los dedos. Menos mal que la cámara del iPhone tiene una calidad excepcional. Me aseguro de que se vea perfectamente la cara del tipo y la matrícula del coche. ¡Cazado!

Guardo el móvil y me encamino hacia él, que mira alternativamente su teléfono y alrededor, en busca de la compradora. Me ve y sonrío. Me quito las gafas de sol y su sonrisa se congela en los labios. Me sorprende mucho que su primera reacción no sea salir corriendo. El tipo me espera, aguantando la compostura.

—Devuélveme mi cámara —le exijo.

—Claro, te he estado buscando *pa'* dártela. Y *pa'* que me pagues los cien euros que me debes. —Me entrega la cámara y extiende la mano hacia mí.

—¿Qué? —Me aprieto la frente—. Esto es increíble.

—Un trato es un trato.

—Me dejaste tirada y me robaste la cámara.

—Eso no es verdad. Tardabas tanto en salir del bar que pensé que te habías ido sin pagar. Entonces, apareció un parroquiano que me pidió que lo llevara al hospital y acepté el trabajo. No me iba a quedar esperando *toa* la mañana.

—Ja, no tardé ni cinco minutos.

—El tiempo es relativo, ¿no has leído a Einstein?

Estoy a punto de soltar una carcajada. El nombre de ese científico en la boca de este energúmeno me parece un oxímoron.

—Ahora vamos a hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Me vas a hacer de chófer hasta que termine esta investigación.

—Eso está hecho. —Parece contento—. Amortizamos un precio...

—Gratis —afirmo con seguridad.

—¿Qué? —Se ríe. Me mira con interés, con media sonrisa—. Eres demasiado ingenua *pa'* ir por ahí de tipa dura.

—Me harás de chófer gratis hasta que yo lo diga.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Se ríe con su toque amanerado—. Mira, nena, si quieres te lo digo con todas las eses: estás completamente loca.

Saco mi teléfono móvil y lo blando ante él, amenazante.

—Te he sacado fotos con mi cámara en las manos, y también tengo fotos de tu coche. He guardado el anuncio de Wallapop con tu contacto. Esta cámara vale más de dos mil euros, así que no te estás jugando una simple multa, sino una pena de cárcel entre seis y dieciocho meses. O haces lo que te pido o te denuncio a la policía. Y te advierto —una sonrisa se dibuja en mi cara— que conozco a muchos abogados y de los buenos.

—Supongo que me tienes pillado por los cataplínes. —Toni me mira fijamente, sonriendo. Alarga su mano derecha hacia mí. Se la estrecho—. Trato hecho —afirma mirándome a los ojos. Y esta vez me sorprende la solidez de su apretón.

11

Estoy mal de la cabeza. He vuelto a confiar en Toni. De locos, ¿a que sí? He perdido un montón de tiempo del poco que dispongo por su culpa, mi investigación es un desastre.

He decidido darme una ducha para quitarme la sensación de impotencia que llevo pegada al cuerpo. Y he tenido un pequeño susto. Se trata de una tontería, pero me ha hecho pensar: casi me resbalo en la bañera. Los accidentes domésticos son una de las principales causas de muerte no natural. Vivo sola, duermo sola, estoy sola. Si me pasara cualquier cosa, nadie estaría conmigo para echarme una mano. Soy la candidata perfecta a aparecer en las noticias como la típica mujer hallada muerta en avanzado estado de descomposición.

Decido apartar esos terribles pensamientos de mi cabeza.

Me aplico una mascarilla y, cuando me miro al espejo, me acuerdo de aquella película horrible de Jim Carrey con la cara verde. A los quince minutos me la retiro con cuidado. Me aplico crema hidratante por todo el cuerpo. Ahora mismo huelo como un enorme pastel de coco. Me pregunto si habrá alguien dispuesto a comérselo.

Extiendo el contorno de ojos, después el iluminador con ligeros toques sobre los pómulos, el delineador y, por último, una buena capa de máscara de pestañas. Para finalizar, les doy a mis labios un toque fresa mate. Mi pelo castaño y mi rostro moreno combinan bien con la luz de ese color. Perfecta. Bueno, perfecta para mis cuarenta.

Me dirijo al vestidor y elijo un vestido midi negro y me calzo unas zapatillas rosa claro. Me dejo el pelo suelto y me cuelgo un bolso cruzado.

Antes de salir, he llamado a mi padre para darle las gracias. Estaba a punto de comenzar una presentación de su último libro, así que no hemos hablado demasiado. Tampoco es que mi padre hable mucho, se expresa mejor por escrito.

Pedro viene a por mí. Bajo las escaleras y salgo a la calle. En cuanto me ve, desde el coche, empieza a silbarme.

—¿Quién es esta chica con la que he quedado? ¡Me van a denunciar por salir con una menor!

Me echo a reír. Una vez dentro del coche, sigue con sus halagos.

—Idiota —bromeo y le doy un ligero golpe en el brazo.

Enseguida llegamos al Cotton.

—He reservado fuera.

—Perfecto.

El Cotton es un restaurante con una estupenda terraza que da la sensación de que estar suspendida sobre el mismo mar. El camarero nos acompaña hasta nuestra mesa, muy bien situada.

—Es un lugar maravilloso. —Dejo mi bolso sobre el respaldo de la silla.

—Como tú.

Le sonrío. ¿No es un encanto?

Hoy es jueves, no parece el día adecuado para una cena romántica, pero no siempre podemos quedar cuando nos apetece. Muchos fines de semana se encarga de sus hijas (que son unas niñas increíblemente educadas y cariñosas, a pesar de su madre), y otros que no le tocan, también, porque a Mary Kate le encanta fastidiarnos. Así que, siempre que podemos, aprovechamos para estar juntos. Nunca se sabe cuándo será la próxima vez que podamos hacerlo.

El camarero se acerca con la carta. Echamos un vistazo rápido.

—Para mí, un ceviche de pulpo, un tartar de remolacha y una copa de Rueda. —Tengo un hambre atroz.

—Pues yo... —titubea Pedro— probaré el falso ravioli de remolacha y una cerveza de trigo bien fría.

El camarero se aleja.

—Estás preciosa, de verdad.

Me sonrojo.

—¿Cómo va tu nuevo trabajo? —me pregunta.

—Bueno, no es más que un caso, en realidad.

—Si has aceptado un caso ya se puede decir que eres detective privada.

—Sí, sin oficina, con un ayudante que no es de fiar, inmersa en un caso de lo más mediocre, con una clienta que me saca de quicio.

—Así planteado, parece que no habrá más casos después de este.

—No lo creo. No es más que un compromiso.

—Entonces, ¿no estás pensando en montarte por tu cuenta?

—No, ¿por qué dices eso?

—No sé, después de la última conversación no me quedó claro.

—Pues que te quede claro. Estoy deseando cerrar este caso y volver a mi aburrido y cómodo trabajo de oficina.

—¿Y cómo lo llevas?

—¿El caso? —Él asiente—. De momento he avanzado poco en la investigación.

—Espero que no sea peligroso.

—Yo también lo espero.

Y al hablar de peligros me viene a la cabeza el número doce más uno. Pienso en mi fobia enfermiza, en que Pedro es el doce y tiene que ser el último. ¿Por qué me habrá metido Ámbar esa idea en la cabeza? Quizás lo hace como una especie de terapia para ayudarme a superarlo, pero me entran sudores al pensar en ello.

Compromiso. Repito en mi cabeza. ¿Hasta qué punto está dispuesto Pedro a tener un compromiso real conmigo? No quiero morir sola en casa a consecuencia de una caída en la bañera. No quiero que encuentren mi cuerpo dos meses después cubierto de gusanos.

Pedro tiene dos hijas y una exmujer que le abriría las puertas y las piernas en cualquier momento, si él quisiera volver. Porque, a pesar de haber sido una pedazo de puta (siento mis modales, pero esta energúmena tiene el don de sacar lo peor de mí), ahora lo persigue y no pierde ocasión para insinuarse. Supongo que lo valora ahora que lo ha perdido. O quizás sean simples celos de esposa abandonada que no quiere que esté con nadie más. A saber.

Yo nunca había pensado en tener niños. Mis parejas no me han durado mucho. Vivimos en una isla con mucha gente que está de paso, gente de cualquier país, con ideas curiosas o alternativas sobre la vida que normalmente no pasan por fundar una familia.

Mis padres eran personas bastante convencionales y yo me crié en ese ambiente. De pequeña imaginaba que, cuando fuera mayor, tendría una pareja estable, varios hijos y un trabajo que me gustara. Pero las cosas no funcionan así. Como decía John Lennon: «La vida es lo que sucede mientras tú haces otros planes».

Y en parte es culpa mía, lo sé. Muchas veces me paraliza el miedo a tomar decisiones importantes. Pero ya he llegado a una edad en la que tengo que dejar los miedos atrás.

—¿Te gustaría tener más hijos? —le pregunto a bocajarro.

El camarero ha dejado los tres platos y nos ha traído las bebidas. Muy eficiente.

—¿A qué viene eso ahora?

—Es una simple pregunta.

—Pues... No sé qué decirte. —Desvía la mirada—. No, no quiero tener más hijos.

—¿Y si yo quisiera? —Me escudo tras mi copa de vino.

—¿Es que quieres tener hijos? ¿No estamos bien así?

—Quizás. La cuestión es que tú tienes dos hijas preciosas. Ya has cumplido esa parte de tu autorrealización.

—La estoy cumpliendo —remarca él—. Tener hijos no es como comprarse un abrigo. Es una obligación para toda la vida. Y no es ningún capricho.

—Por supuesto que no, no soy tan frívola. —Me siento un poco indignada—. No es por la crisis de los cuarenta, si es que estás pensando eso. O quizás sí, no lo sé. El caso es que cuando era pequeña soñaba con un hogar lleno de niños.

—No llevamos ni un año saliendo...

—No somos unos adolescentes. Cada edad tiene sus cosas —apostillo—. Lo que quiero saber es hasta qué punto cuento con tu compromiso.

—Mi vida está bien así —se defiende—. Nuestras vidas están bien. Somos felices juntos.

—Sin obligaciones.

—Pues sí. —Ahora parece molesto—. Tú no sabes lo que es tener hijos. Te imaginas la parte bonita de educarlos, de verlos crecer, de contribuir a crear personas de provecho. —Parece que me haya leído el pensamiento—. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con el día a día. Los hijos son la mayor fuente de estrés y de problemas en la pareja. Nosotros estamos bien juntos, nos divertimos, haces que mi vida sea mucho más interesante. Y no me gustaría perder eso.

—Jo, Pedro, de la forma que lo planteas parezco más un videojuego o un programa de la tele que una pareja.

Ahora me siento tremendamente culpable por echar a perder nuestra noche juntos con un tema que ni siquiera he meditado en profundidad.

—No digas tonterías —continúa él—. Como tú dices, las cosas cambian dependiendo de la edad. Ya no somos adolescentes que creen que pueden morir de amor y de pasión. Estamos en un momento de la vida en el que te replanteas ciertas cosas, en el que empiezas a tener las ideas bastante claras, en el que sabes lo que quieres y a quién quieres.

—Los cuarenta, sí. —Tomo el tenedor y pruebo el ceviche—. Un punto al que esperas haber llegado con cierta estabilidad y compromiso en tu vida.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta enfadado—. ¿Quieres tener un hijo?

—No lo sé. —Mastico sin mirarlo—. Supongo que quería saber si existía esa posibilidad contigo.

—¡Cazzo! Aclárate las ideas antes de liar las mías. ¡No sé qué decirte!

—El ceviche está bueno.

—¡Me alegro! *Merda*.

Y continuamos con la cena con cierta desgana, sin apenas conversación.

Yo no puedo parar de darle vueltas a la cabeza.

¿Y si Pedro solo me quiere para divertirse?

¿Y si yo no quiero vivir y, lo que es peor, morir sola?

12

Son las seis y diez de la mañana, salgo de mi casa con un café doble en la mano y, para mi sorpresa, el Passat destartado ya me está esperando unas calles más allá. Toni ha sido puntual, no me lo puedo creer.

Subo al coche y, en menos de un cuarto hora, estamos aparcados delante de la casa de mi cliente. Las cosas se desarrollan de forma parecida a la otra vez. Cuando comienza a amanecer, el todoterreno negro sale del *parking* y se dirige a la oficina del parque de la Paz. Allí esperamos. A media mañana incluso me atrevo a ir al bar a por un par de cafés. Tengo a Toni fichado, así que no creo que vuelva a jugármela. Pasado mediodía, el tipo vuelve al coche. Lo seguimos a una distancia prudencial hasta el restaurante La Torreta, en Dalt Vila. El tipo debe de estar acostumbrado a hacer lo que le da la gana, porque aparca sin ningún pudor delante de la salida de un garaje. Nosotros nos detenemos en doble fila, a unos veinte metros.

Se sienta en una mesa de la terraza y pide una botella de vino. Al poco llega una mujer. Tiene unos cuarenta años bien llevados y viste de manera provocativa y vulgar: superminifalda y superescote que resaltan aún más sus ya pronunciadas curvas. Es rubia de peluquería, con el pelo largo hasta media espalda. Labios abultados y pómulos altos, consecuencia de algún bisturí. Se saludan con un par de besos en la mejilla y hablan mientras beben vino y les traen la comida. Yo saco fotos de todo, pero el objetivo de mi cámara es un gran angular y no me permite hacer *zoom* para pillarlos de cerca. ¿Será ella la supuesta amante? ¿Cómo podría saberlo? ¿Alguna idea?

Ah, sí, esa es buena. Saco mi bloc de notas.

—Necesito que hagas una llamada —le ordeno a Toni.

—¿Quién yo? —Se ríe—. No pienso gastar mi teléfono. Encima que tengo que trabajar gratis...

—Venga, no seas tan quejica, no te costará nada. Quiero comprobar si es la supuesta querida. Si le suena el teléfono cuelgas antes de que lo coja.

—Sí, pero mi teléfono se quedará *serigrafiao*. —Mira para otro lado—. Paso, no quiero líos.

—¿No hay una forma de que no aparezca el número? Tú seguro que lo sabes.

—Paso. Llama con el tuyo.

—Está bien. ¿Cuánto?

—Creo que ahora empezamos a entendernos. —Toni sonríe con satisfacción—. Veinte.

—¿Veinte euros? Estás de coña. Cinco.

—Diez y es mi última oferta.

Miro hacia la mesa. Parece que la pareja está discutiendo de forma bastante acalorada. La mujer se pone de pie enfadada y coge su bolso.

—Está bien, pero llama ya de una vez.

Toni marca el número que me dio mi clienta con el prefijo para ocultar el suyo. La mujer se detiene. Mira el bolso. Saca el móvil.

—Cuelga —le ordeno.

Y Toni corta la llamada. Es ella. La mujer guarda el móvil en su bolso y se va con la cabeza alta y la cara arrugada. Hago fotos de todo. Es evidente que han discutido, pero la escena que hemos presenciado no me permite sacar conclusiones acerca de si mantienen una relación sentimental o no. Pueden ser simplemente amigos o quedar por asuntos de trabajo. Aunque el aspecto provocativo de la mujer incita a pensar otra cosa.

El marido de mi clienta paga y coge su coche para volver a la oficina donde trabaja.

—Bueno, creo que por hoy hemos terminado —le indico a Toni. Él parece contento.

—No puedes ir de detective por ahí con esa cámara —me reprocha.

—¿Qué? Pues tú la ibas a vender por seiscientos euros. No será tan mala.

—No, si la cámara no está mal, pero el objetivo...

—¿Qué le pasa al objetivo?

—Para hacer de detective necesitas un buen *teleojete*. Tienes que sacar fotos de los detalles desde una distancia prudencial *pa'* que no te descubran. Es de primero de detective.

—¿Te has sacado tú el título, listillo? —le pregunto un poco molesta.

—No necesito estudiar *pa'* saber cosas de pura lógica. Anda, mira las fotos.

Enciendo mi cámara y reviso las fotos que he hecho. Tiene razón. Todas están hechas desde muy lejos y apenas se distinguen las caras.

—Puede que tengas razón, pero un teleobjetivo es caro y ahora mismo no puedo invertir más dinero en material. Este caso es un compromiso, y cuando

termine no voy a seguir ejerciendo de detective.

—Mi madre siempre decía que si estás dispuesta a meterte en la mierda, al menos remángate los pantalones.

—¿Y eso qué quiere decir? —Me río y me quedo pensativa. Parece mentira que un murciano muerto de hambre tenga que venir a darme lecciones de vida—. O lo hago bien o estoy perdiendo el tiempo, ¿no?

Toni se queda pensativo.

—Ah, pues puede ser. Nunca lo había entendido. —Me sonrío—. Si quieres yo puedo encontrar un objetivo a buen precio.

—No sé.

Me bajo del coche.

—Yo lo busco, te lo enseño y decides si quieres comprarlo.

—Está bien —acepto al fin, por mirarlo tampoco voy a perder nada—. Por cierto, últimamente hablas muy fino. A ver si te vas a convertir en un pijo murciano. —Y cierro la puerta.

Toni baja la ventanilla.

—Eh, guapa, te lo voy a decir con todas las eses: deberías follar más para que se te quite esa mala leche.

Y se va derrapando en dirección al agujero del mundo donde debe de esconderse.

Me echo a reír, me lo merecía.

13

Pedro tiene mucho trabajo; Giselle está de congreso; Xesca, con los niños, y Ámbar no me coge el teléfono. No me gustan los fines de semana en los que no tengo planes, me queda mucho tiempo libre para pensar.

El último día que hablé con Alex fue un 13 de julio. Sí, lo sé, he dicho la fecha con el número innombrable y todo.

Yo había vuelto a Ibiza, mis exámenes habían salido bien y teníamos todo el verano por delante para nosotros.

Alex se acababa de licenciar en Historia. Su sueño era ser arqueólogo y por eso trabajaba como voluntario en varios yacimientos del archipiélago, sobre todo en Mallorca e Ibiza. Estaba obsesionado con esas excavaciones y, últimamente, también le había dado por los corsarios, en concreto por la figura de Antonio Riquer Arabí, que fue muy importante en el siglo XIX. Las últimas cartas que me envió estaban llenas de alusiones a tesoros piratas, a torres vigía y a iglesias fortificadas. A mí me gustaban aquellas fascinantes historias protagonizadas por héroes y villanos, ricos y pobres, asaltos, desolación y oro. Algunas veces incluía en sus cartas alguna frase en clave que yo tardaba varios días en descifrar. Casi siempre decían lo mismo: te quiero. Y a mí me encantaba aquel juego.

Nos habíamos visto el día anterior en su casa. Su madre nos preparó una buena merienda y nos pasamos la tarde metidos en la piscina. Cuando Stella se fue a hacer unos recados, nos colamos en el dormitorio de Alex e hicimos el amor sin saber que sería nuestra última vez. Y te puedo asegurar que fue mucho mejor que la primera.

Cuando terminamos, abrió el cajón de su mesilla y sacó un colgante de marfil con el símbolo de la diosa Tanit. ¿No sabes cómo es el símbolo? Es como un dibujo infantil de una mujer: un círculo para la cabeza, una raya horizontal que representa los brazos y un triángulo debajo para el cuerpo.

Yo ya había oído hablar de la diosa, claro, todo el mundo en Ibiza la conoce, aunque no tenía ni idea de su origen ni su significado. Alex me explicó que Tanit era la patrona de Cartago y la diosa más importante de los

cartagineses, que difundieron su culto a través de Gadir, Carthago Nova y, por supuesto, la Isla de Bes. Tanit se asociaba con la fertilidad y la Luna.

Ese colgante lo había encontrado en la nueva excavación que se estaba llevando a cabo en Puig des Molins, la necrópolis cartaginesa más importante de la isla. Contra toda ética lo guardó para mí (y me dejó muy claro que nadie podía saber que era una pieza arqueológica, ni mucho menos su procedencia). Yo lo rechacé, le dije que debería estar en un museo y que no podía aceptarlo. Sin embargo, él me explicó que habían encontrado varios similares, pero ese en concreto era el único que incluía una rosa dentro del triángulo inferior: «Una rosa, Rose, ¿es que no lo entiendes? Parece que esté hecho expresamente para ti».

Desde entonces lo llevo siempre conmigo.

En esa época mi padre se había mudado definitivamente a Dublín (huyendo de los malos recuerdos que le traía la isla por la enfermedad de mi madre). Y yo vivía sola en su casa. Tenía pendiente un viaje a Irlanda para visitar a mi padre, pero lo iba aplazando porque no quería dejar de pasar un solo día con Alex. Al final, habíamos llegado a la solución perfecta: nos iríamos una semana los dos juntos. Pero esa semana nunca llegó.

Alex me llamó a la mañana siguiente de regalarme el colgante. Parecía muy alterado, pero feliz. Me dijo que tenía algo muy importante que comunicarme y quedamos esa noche para cenar en un restaurante elegante del centro. Me sorprendió bastante el lugar porque, a pesar de que nuestros progenitores vivían holgadamente, nuestras pagas semanales eran más bien escasas. Lo habitual era ir a alguna hamburguesería.

Acudí a la cita con la intuición de que había conseguido algún trabajo que le permitiría emanciparse. Su madre estaba bien relacionada y Alex era muy inteligente. Me puse mis mejores galas: un vestido escotado que me permitía lucir el colgante en todo su esplendor.

Llegué al restaurante puntual. Y allí me quedé, esperando. Esperando durante horas hasta que asumí, sin comprender, que no iba a venir.

Lo que no sabía entonces era que ya no lo vería más. Ni esa noche, ni la siguiente, ni nunca.

Alex había desaparecido.

Y tras veinte años, seguimos sin saber lo que le sucedió aquel día.

14

El teléfono me saca de mis ensoñaciones. Es Toni.

—He encontrado un objetivo —me informa.

—Es un poco tarde...

—He quedado *pa'* verlo en una hora. ¿Te apuntas o no?

—Está bien. ¿Dónde nos vemos?

Al cabo de una hora Toni pasa a recogerme cerca de mi casa, no le he dicho exactamente dónde vivo, no me fío de él.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—Al Centro Municipal de Tiro con Arco.

—¿Y dónde está eso?

—A las afueras, cerca del estadio.

—¿Y allí hay una tienda de fotografía?

—No. —Me mira sorprendido—. Es de segunda mano —afirma, como si fuera algo evidente.

—¿Qué? No voy a comprar un objetivo de segunda mano.

—¿Por qué no? Me ha dicho que está como nuevo.

—Pues no sé, porque igual nos engaña, porque igual tiene algún problema que no nos dice, porque no tiene garantía...

—Nuevo vale mil pavos y lo vende por doscientos. —Me mira con media sonrisa, mientras conduce—. Creo que merece la pena correrme... el riesgo. —Se ríe él solo.

—Nunca he comprado nada de segunda mano.

Toni me mira asombrado.

—¿En serio? ¿De dónde has salido tú?

—De Murcia no, desde luego.

—Oh, vaya, ya salió la pija que no ha pasado nunca calamares.

—Serán calamidades.

—La que se compra zapatos de suela roja y cremas de cien pavos el tarro. La que quiere tener un teleojete impecable, pero pagando una décima parte de lo que vale. —Intenta ponerse serio, pero su voz y sus movimientos

amanerados le arrebatan cualquier intento de solemnidad—. Al menos los murcianos no nos ahogamos en un vaso de agua.

—Será porque no tenéis ni agua —apunto con cierta maldad. Me siento molesta.

—Ya estamos llegando. Primero, Pruébalo; y luego, decide.

Decido que no merece la pena discutir más, así que me muerdo la lengua.

Pasamos por delante de un muro lleno de grafitis que Toni me explica que pertenece al estadio. Me sorprende al ver las pistas de atletismo y todo el complejo deportivo. He vivido en Ibiza casi toda mi vida y nunca había pasado por esta zona. ¿No es increíble?

Nos detenemos en la puerta del Centro Municipal de Tiro con Arco. Por lo visto, el vendedor del objetivo viene a practicar aquí y es una zona cómoda para quedar, ya que hay mucho sitio para aparcar y un descampado.

De repente, me doy cuenta de que he venido con un tipo al que casi no conozco (un tipo que me ya me ha robado una vez) a un lugar solitario y apartado de la ciudad. Miro a Toni con cierto temor y desconfianza. Él para el motor y me observa con su sonrisa habitual.

—No creo que tarde.

Llevo encima mi cámara y los doscientos euros que me ha dicho que costaba el objetivo. ¿Me habrá traído aquí para robarme? De pronto me siento como una estúpida y me entran ganas de salir corriendo. Miro fuera del coche y no hay más que descampados. ¿Adónde iba a ir? Puedo entrar en el club de tiro. ¿Qué hago? Instintivamente, me llevo la mano izquierda al cuello y aprieto con fuerza el colgante de Tanit. Espero que la diosa me proteja. Pongo la otra mano sobre la puerta del coche, dispuesta a abrirla y salir por patas.

—Mira, ahí está —afirma Toni de pronto.

Veo salir a un hombre con un arco y flechas a la espalda y una bolsa negra en la mano. Pienso que igual viene a dispararme a mí, a asesinarme a sangre fría para robarme todo lo que llevo encima. En fin, a estas alturas no tengo más remedio que seguirle el juego, y que sea lo que la diosa quiera. Vuelvo a apretar el colgante.

Toni se baja del coche y el tipo se acerca a él. Se estrechan la mano. Saca el objetivo de la bolsa y se lo enseña. Toni lo examina, asiente, y entonces camina alrededor del coche para acercarse a mi ventanilla. Yo bajo el cristal y me entrega el objetivo.

—Pruébalo —me dice.

Primero lo examino. Parece nuevo, limpio, sin ningún tipo de golpes ni arañazos. Las lentes están perfectas. Lo pongo en la cámara, la enciendo y

echo un par de fotos. Juego con el *zoom*. Disparo a varios carteles que están a unos cien metros de distancia. Se ven perfectos. Miro a Toni.

—Parece que está bien —afirmo sin mucha convicción.

—Entonces, ¿te lo quedas?

—Sí, supongo. —Aún no me creo que esté comprando algo de segunda mano, aún no me creo que no me hayan desplumado aquí entre los dos. Cuando se lo cuente a Pedro se va a echar las manos a la cabeza. Bueno, creo que mejor no se lo cuento.

—Dame los doscientos pavos.

Le entrego el dinero. Él se acerca al tipo y le paga. Se despiden, Toni vuelve al coche y arranca.

Ya de vuelta, con mi objetivo nuevo de segunda mano puesto en la cámara comienzo a relajarme. Toni para donde me ha recogido y yo me bajo. Me dirijo a él antes de cerrar la puerta.

—Gracias. —Me siento un poco emocionada. Ha sido una aventura interesante para mí. Mi primera compra de segunda mano.

—No hay de qué. —Mueve la mano con su toque amanerado, como si fuera a espantarse una mosca del hombro. Se marcha.

Entonces me quedo pensando. Hay algo que no me cuadra en todo esto. ¿Por qué un buscavidas como Toni iba a tomarse tantas molestias para ayudarme si casi no me conoce y encima lo estoy obligando a trabajar gratis?

Mi madre siempre decía que si estás dispuesta a meterte en la mierda, al menos remángate los pantalones.

¿Será por eso? ¿Será en el fondo un tipo legal? ¿Será simplemente que cuando se compromete con algo, se implica de verdad, tal y como le decía su madre?

No sé, algo me huele raro.

Entonces, una idea pasa por mi cabeza. Saco mi móvil e instalo Wallapop. Busco un objetivo Canon y pongo el modelo que acabo de comprar. Enseguida aparece uno como «vendido». Creo que es el que he comprado y el precio es ¡ciento cincuenta euros!

De repente noto el enfado y la indignación subir desde mis entrañas. Ya sabía que no me podía fiar de este tipo, si es que es verdad que soy una ingenua. ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Ya me ha vuelto a tomar el pelo. Se ha llevado nada menos que cincuenta euros de comisión.

Bueno, ya está bien. Tengo que tomar las riendas del asunto, no voy a seguir pasando por tonta. Cierro Wallapop y marco el número del taller.

—Soy Rose Black. ¿Cómo vais con mi coche?

—Ya casi está, hemos tenido mucho trabajo...

—No quiero más excusas —le corto con frialdad—. El lunes a primera hora paso a por él. —Y cuelgo.

Mientras subo a mi casa, me siento bien por primera vez esta tarde.

15

Ya tengo mi Mini otra vez en funcionamiento. Gracias a la diosa Tanit ya no dependo más de ese murciano mentiroso y estafador. Había quedado con él esta mañana, pero no me he presentado. Me he sentido bien pensando en él esperándome, aburrido hasta la desesperación. Me ha llamado varias veces y, por supuesto, no le he cogido el teléfono. A ver si así aprende la lección y deja de engañar a la gente.

Como he tenido que recoger el coche primero, no he podido comenzar el seguimiento temprano, así que he venido directamente al parque de la Paz para vigilar la oficina donde trabaja el marido de mi clienta.

A mediodía sale y lo sigo. Se dirige al mismo restaurante que la otra vez, donde se encuentra con la misma mujer. Hoy parecen más tranquilos, hablan animados y ríen. Saco buenas fotos de la pareja, de las caras, de la comida, del sitio. La verdad es que el objetivo que me consiguió Toni está dando un resultado excelente. Pensándolo con frialdad, igual he sido un poco dura con él. Al fin y al cabo, él buscó el objetivo, realizó todas las gestiones y hasta me hizo de chófer para comprarlo. Además, aunque se llevara su comisión me salió muy bien de precio. En fin, ahora me siento un poco mal por haberlo dejado tirado sin ni siquiera avisarle o darle una explicación.

La pareja termina de comer, pagan y se marchan los dos juntos. Se montan en el coche de él. Los sigo en dirección al puerto, a los pies de Dalt Vila. Dejan el vehículo en una explanada y yo hago lo propio a cierta distancia. Continúan caminando. Avanzan por calles estrechas, abarrotadas de tiendas para turistas, hasta que al fin se detienen ante un edificio blanco. La mujer saca las llaves y abre la puerta. Saco fotos. Entran. Me acerco a la puerta y apunto la dirección. Es un edificio de dos plantas y, desde el lado en el que me encuentro, veo unas ventanas estrechas que permanecen cerradas. Hay dos buzones junto a la entrada. El de la planta baja, con el nombre de un hombre; y el del primer piso, con el de una mujer. Supongo que será ella. Lo apunto. Continúo hasta el principio de la calle y veo que, por el otro lado, el edificio da directamente a un acantilado que se levanta majestuoso sobre el

mar ofreciendo unas vistas increíbles. Observo que tiene un gran mirador en lo que debe de ser el salón de la casa, pero desde esta perspectiva no soy capaz de ver nada. Necesitaría un barco para continuar la vigilancia, para poder verlos y sacar fotos a través de ese mirador.

Me acerco al puerto. Veo que alquilan un catamarán para fiestas y paseos privados. Pregunto el precio. Mil euros por una jornada. Me echo las manos a la cabeza. Es un disparate, no puedo gastarme ese dinero sin ni siquiera estar segura de si voy a poder obtener algún resultado. Buf, en este momento echo mucho de menos a Toni. Estoy segura de que él sería capaz de encontrar una solución más barata.

16

Ayer por la tarde me la pasé mirando alquileres de barcos por internet, hice algunas llamadas y no encontré ningún precio razonable. Así que hoy he decidido dedicarme a otro asunto pendiente.

La comisaría se halla a uno de los lados de la amplia avenida de La Paz. Aparco mi coche y aún tengo que caminar unos metros hasta llegar a la reja de entrada. Hace calor. Normalmente me gusta el calor, pero hoy está un poco nublado y el bochorno es asfixiante.

Accedo al edificio. La gente corre de un lado para otro y el ambiente está muy cargado. Arrugo la nariz, soy muy sensible a los olores. Le pregunto a uno de los policías, uno demasiado joven, que me pide que espere un momento.

Después de unos cuantos años batiéndome el cobre en los juzgados, pienso que la edad mínima para ser policía debería ser treinta y cinco años. Además, pienso que deberían poner edad máxima, digamos que treinta y seis. Antes son demasiado inmaduros, rezuman soberbia por cada poro y no respetan a nadie; se creen los reyes del mambo por el hecho de llevar una placa. Y después están ya de vuelta de todo, han visto y lidiado con lo peor de la sociedad y se convierten en unos indolentes.

Espero a un lado mientras observo el trasiego de gente: algunos uniformados de policía; otros, de ciudadano de a pie, y otros; de delincuente. Cada uno se distingue a simple vista o quizás sea deformación profesional, consecuencia de mis horas de pasillo en palacios de justicia. Al cabo de un cuarto de hora, me siento un poco mareada al tratar de extraer algo de oxígeno de este aire rancio. Entonces, escucho una voz a mi espalda.

—¿Rose Black?

Es una voz profunda y grave, con una modulación perfecta, sin atisbos de acento de ningún tipo. No te lo he dicho, pero también soy muy sensible a los sonidos. Sobre todo al de las voces graves y masculinas.

Me vuelvo.

—Marc Lobo. —Me tiende una mano, un gesto cortés que no acompaña su ceño fruncido. Es algo mayor que yo y, a pesar de su rostro duro, marcado por unas cuantas cicatrices, es tremendamente atractivo. Trago saliva, de repente se me ha quedado la boca seca.

—Ah, usted es el nuevo policía encargado de...

—Sígame. —Emilio tenía razón, no parece muy amable.

Lo sigo a través del laberinto de pasillos, puertas y escaleras. Creo que me he desorientado por completo, quizás porque casi todo el camino he clavado la vista en su espalda triangular y su culo perfecto. Su forma de caminar exhibe un aire chulesco, sin embargo, tiene algo distinto al resto de policías. No me recuerda al típico niño de papá que de repente se cree el amo de la ciudad, con una placa en una mano y una pistola en la otra. No, su aire es más de chico de la calle, de alguien que ha sobrevivido a base de enfrentamientos y peleas, alguien que se ha vuelto soberbio por necesidad, porque en la calle, o eres amo o eres esclavo, y para ser amo tienes que imponer tu autoridad y ganarte el respeto por la fuerza.

Entramos en el que debe de ser su despacho y me indica que me siente en una de las sillas de confidente, mientras él se acomoda detrás de la mesa.

Pongo mi mejor sonrisa para romper el hielo. Él me observa con sus ojos oscuros mientras se acaricia el mentón cubierto de barba de días.

—Usted dirá —me apremia.

—Bueno, yo... En fin. Hablé con Emilio...

—¿Se refiere al inspector Emilio Martín? —Y entrecomilla la palabra inspector con los dedos índice y corazón de cada mano—. Mi padre me enseñó a hablar con respeto de la gente, a usar el usted y el don. ¿En qué barrio marginal se ha criado usted?

Me quedo de piedra. Este tipo no es que sea antipático, es un auténtico imbécil.

—Después de veinte años, creo que puedo considerar a Emilio un amigo —respondo con cierta aversión—. Usted no tiene ni idea de qué relación manteníamos. ¿Quién se ha creído que es?

—He hablado con el inspector —remarca— Emilio Martín y conozco perfectamente su relación. Una relación puramente profesional en torno a un caso sin resolver que a estas alturas ya debería estar archivado. —Se remueve en la silla y se pasa la mano por el pelo en un gesto nervioso—. Vamos a hablar claro, señora. Yo no soy su amigo y no estamos en una cafetería, donde podamos deleitarnos con la tarta de chocolate de la abuela mientras hablamos del tiempo y nos contamos las penas. Esto es una comisaría y usted no puede

ni imaginar la cantidad de trabajo que pasa por mi mesa y la de casos que se quedan sin resolver. —Estoy a punto de replicar, pero él continúa—: El inspector Emilio Martín es amigo mío, amigo de verdad, he trabajado con él durante más de veinte años, conozco a su mujer y a sus hijos y he comido en su casa. Y el inspector Emilio Martín me ha pedido como un favor especial que eche un vistazo al caso de la desaparición del joven Alexander Williams, ocurrida el 13 de julio de 1998. Lo he hecho y, en mi opinión, ese caso debería estar archivado. Supongo que aún se mantiene abierto debido a su insistencia y a que el inspector Emilio Martín es tan buena persona que no ha sido capaz de decirle nunca que no.

—Mire, inspector —ahora remarco yo la palabra con mis dedos— Marc Lobo, trato todos los días con policías más agresivos y soberbios que usted, así que si está tratando de amedrentarme con su tono, le sugiero que no malgaste ni tiempo ni fuerzas. —Quizás acabe de meter la pata si quiero que me mantenga informada de la investigación, pero es que este tipo me está sacando de quicio.

—Se me olvidaba que es usted abogada. Eso también me lo advirtió el inspector Emilio Martín.

—Bueno, veo que la simpatía entre gremios es mutua.

—Digamos que no profeso especial afecto por los de su calaña. Gente como usted evita que entren en la cárcel delincuentes a los que nos ha costado mucho esfuerzo atrapar.

—Supongo que en el fondo le fastidia que vivamos en un Estado de derecho, ¿verdad? Usted tiene pinta de querer tomarse la justicia por su mano. Creo que se ha equivocado de época, inspector Marc Lobo. ¿No le habría gustado más vivir en los tiempos de Franco? —pregunto con retintín.

—Seguramente sí, así no me vería obligado a soportar a picapleitos impertinentes que solo se dedican a entorpecer mi trabajo.

Nos observamos desafiantes durante unos segundos. Yo intento respirar profundamente. Tengo que calmarme y reconducir la conversación, se nos está yendo de las manos.

—Mire, inspector, yo no quiero hacerle perder el tiempo, lo único que quiero saber es qué le sucedió a mi novio. No creo que sea tanto pedir que me dedique cinco minutos al mes para saber si hay algún avance.

—Yo solo rindo cuentas ante mis superiores y solo a ellos tengo la obligación de informar. Si quiere usted estar informada, puede comprar el periódico.

—Su trabajo consiste en detener a delincuentes, pero también en encontrar a gente desaparecida. Mi novio lleva veinte años desaparecido, así que ¡hagan su trabajo de una vez, maldita sea! —Me sorprende de mi propio grito.

Él me observa unos segundos. Me parece intuir que su rostro se relaja un poco.

—No esperaba que después de veinte años aún sintiera la pérdida con tanta fuerza. —Desvía la mirada, no sé si conmovido o indignado por mi reacción.

—Mi novio, del que estaba profundamente enamorada, desapareció hace veinte años y no he vuelto a saber nada de él. He intentado seguir con mi vida, pero esa herida no se podrá cerrar hasta que obtenga respuestas. Como mínimo, necesito saber si está vivo o muerto. —Hago una pausa. Él me mira con atención—. ¿Por qué se hizo usted policía, inspector Marc Lobo? ¿Quería ayudar a la gente o desahogar sus frustraciones con ellos?

—Evidentemente, no lo hice por el sueldo, al contrario que la mayor parte de los abogados.

—Bueno —me levanto—, creo que no tiene sentido seguir con esta discusión.

—Eso es lo único en lo que estamos de acuerdo.

Me dirijo a la puerta y la abro. Me dispongo a salir cuando escucho su voz.

—Le daré una oportunidad al caso de Alex —afirma.

Yo me giro con los ojos húmedos. Después de la desagradable conversación, era lo último que esperaba.

—Gracias.

—No me las dé todavía. Examinaré el informe con los cinco sentidos, revisaré las pruebas y pondré a su servicio toda mi intuición. Si no descubro ninguna vía nueva de investigación archivaré el caso. Emilio —observo con agrado que esta vez ha omitido la palabra inspector— llevaba veinte años dando vueltas a la misma información sin ningún avance objetivo. Le puedo asegurar que yo no haré lo mismo.

—Lo entiendo y se lo agradezco. —Me dispongo a salir, pero me detengo una última vez—. Supongo que tendré que leer los periódicos para conocer el resultado de su evaluación.

—Emilio me ha pasado su contacto. —Se echa hacia atrás en su sillón con cierta resignación, como si estuviera a punto de hacer una concesión con la que no se siente cómodo—. La mantendré informada de mi veredicto.

Salgo del despacho. Creo que esa frase resume muy bien su visión del mundo: nadie, ni siquiera un juez, está más capacitado que la policía (o que el inspector Marc Lobo) para hacer justicia.

Un tipo arrogante y poco simpático, tal y como me advirtió Emilio. Espero que, al menos, sea tan buen policía como me dijo.

Ya llevo varios días con el caso, haciendo seguimientos, y aún no he descubierto absolutamente nada. Mi clienta me ha llamado un par de veces para pedirme resultados y solo he podido decirle que aún es un poco pronto. Pero se me acaba el tiempo. La semana que viene tengo que recuperar mi rutina o mis compañeros y mis jefes van a empezar a sospechar que sucede algo raro.

Saco mi teléfono móvil. Dudo. No sé qué hacer, me siento bloqueada. Necesito alquilar un barco para vigilar la casa de la supuesta amante, pero es demasiado caro. Sé que Toni podría ayudarme con este tema, aunque también sé que corro el riesgo de que me tome el pelo y vuelva a engañarme. Es un tipo con muchos recursos, pero no te puedes fiar de él. Y no me hace mucha gracia ir por ahí con alguien que me la va a jugar en cualquier momento. Podría decirle a Margarita Fortuny que necesito más dinero, pero no creo que sea buena idea, sobre todo si tenemos en cuenta que aún no le he ofrecido nada. ¿Qué hago?

Está bien. Lo llamo.

—Toni, soy Rose.

—Ah, hola, Rose. El otro día...

—Sí, lo sé. Quería pedirte disculpas. Me desperté con dolor de cabeza y vómitos, debía de ser un virus del estómago; y se me olvidó llamarte para cancelar la cita.

—*Okey*. No te preocupes. Los virus son muy malos. Has debido de coger uno de los peores, ya sabes, de esos que afectan a la educación.

—Lo siento.

—*Losientada*.

Me río ante su ocurrencia. Bueno, parece que me ha perdonado. Menos mal que al menos tiene buen humor.

—Oye, para continuar con la vigilancia necesito alquilar un barco. ¿Crees que podrías conseguir alguno barato?

—Eso está hecho. Doscientos euros.

—Cincuenta —regateo. Supongo que es posible que, de alguna manera, lo consiga gratis y que esté intentando sacarme la pasta, pero en realidad es mucho más barato que lo que me pedían en el puerto, así que tendré que acostumbrarme a que con él las cosas funcionan así. Me toca asumir que se lleva su comisión, pero al menos me sale rentable.

—Cien. Y te lo diré con todas las eses: es mi última oferta.

—De acuerdo —acepto.

—¿Cuándo quedamos?

Toni pasa a recogerme antes de mediodía y nos dirigimos al puerto pesquero. Aparca el coche y nos acercamos a uno de los viejos *llaüts* de madera. Son las típicas embarcaciones de pesca, con una pequeña cabina en popa, desde donde dirige el patrón, y toda la cubierta despejada para colocar las redes y la carga.

—¿Un barco de pesca? —Me vuelvo hacia Toni. Él se encoge de hombros, ya le he pagado los cien euros—. Eres una mariquita mala.

—Y tú una pija *malfollá*.

Un hombre se acerca a nosotros y le da la mano a Toni, que se gira hacia mí.

—Este es Joaquim, el patrón.

—Encantada. —Yo también le estrecho la mano, fuerte y áspera. Es un hombre mayor, de aspecto duro, curtido por el mar.

Subimos a cubierta y, tras soltar los cabos que sujetan la embarcación, se pone en marcha. Siento una punzada en el estómago al separarme de tierra, de la tierra de mi querida isla. Desde que escuché la profecía de Nostradamus, me juré a mí misma que nunca abandonaría Ibiza, y hasta ahora nunca lo he hecho. Nostradamus dijo que cuando llegue el fin del mundo, con la tercera guerra mundial, Ibiza será el único lugar seguro donde la vida podrá continuar. Tampoco es que ahora me vaya a separar demasiado, solo unos metros de la costa, pero no puedo evitar esa sensación de vértigo al ver alejarse la tierra mientras me adentro en el mar. Como es habitual en mí cuando me pongo nerviosa, me llevo la mano al cuello y aprieto con fuerza el colgante de la diosa Tanit.

Pienso en el regalo de Pedro y en la conversación con mis amigas. Supongo que tienen razón y que debería hablar con él de esto. No me siento capaz de hacer ese viaje, no tiene sentido irnos a Turquía para pasarlo mal. Estaría todo el tiempo con miedo, comiéndome la cabeza y no podríamos disfrutar. No sé, igual debería ir a un psicólogo.

El motor ronronea tras nosotros y lentamente atravesamos la bocana del puerto y nos acercamos a Dalt Vila. La brisa del mar me acaricia la cara y me hace sentir bien. Sonrío. Es un paseo agradable. Parece mentira que viva en una isla y me pase la mayor parte del tiempo encerrada en mi casa, en mi trabajo, sin ni siquiera ver el mar. Tengo que salir más a menudo.

En pocos minutos estamos ante los edificios blancos que se levantan sobre el pequeño acantilado a los pies de la ciudad vieja. Le indico al patrón dónde quiero que fondee y él tira el ancla. Saca una caña y se pone a pescar. Yo cojo mi cámara de fotos y dirijo el teleobjetivo hacia el mirador de la casa de la supuesta amante. El salón está vacío, tendremos que esperar.

El hombre nos ofrece una lata de cerveza a cada uno. Toni la acepta y yo la rehúso. No quiero despistarme y perderme algo importante. El patrón nos cuenta que entre varios compañeros han creado una página web en la que alquilan barcos pesqueros a los turistas para dar un paseo turístico por la costa de Ibiza, pasar una relajante jornada de pesca con caña o, incluso, participar en un día de pesca real con redes y todo. Me parece una iniciativa interesante y él afirma que les ha venido bien, porque el negocio tradicional es cada vez menos rentable.

Toni y el patrón hablan y se ríen mientras yo vigilo y miro el móvil alternativamente.

—Mamá —Toni me mira de reojo mientras cuenta un chiste—, si alguna vez dependo de una máquina *pa'* vivir quiero que la desconectes. Mamá, ¿por qué has apagado mi iPhone?

Está bien. Lo he pillado. Dejo el móvil e intento participar en la conversación sin descuidar la vigilancia de la casa.

Al cabo de una hora comienzo a sentirme cansada. La brisa, el mar y, sobre todo, el vaivén de la embarcación pasan factura rápidamente.

El patrón saca tres cervezas y unas empanadillas.

—Coma algo —me dice—. Le sentará bien. Y si quiere una cerveza... Aunque si está un poco mareada, mejor no beba.

Le hago caso y como. Parece que me asienta el estómago.

Entonces creo ver movimiento a través del mirador que me interesa. Sujeto la cámara y apunto el teleobjetivo. Bingo. La mujer está poniendo la mesa, parece que se dispone a comer. Es un salón de estilo provenzal que estuvo de moda hace algunos años y ahora se ve ya un poco pasado. Saco algunas fotos. La mujer vuelve a salir y entra con dos platos de comida. Entonces, una nueva sorpresa. Tras ella aparece un niño de unos ocho o diez años. Saco fotos de los dos.

—Eh, Toni, mira esto. Hay un niño pequeño.

—¡Pijo! —Toni se acerca—. ¡Déjame ver!

Y me coge la cámara sin esperar a que se la dé. Estoy a punto de decirle algo, pero, en realidad, no me importa. Ya he hecho suficientes fotos de los dos.

—¿Crees que es un hijo secreto? —pregunta él.

—Pues no lo sé —respondo mientras intento poner en orden mis pensamientos—. Es lo primero que he pensado y, si es así, esto se complica. Ya no sería un simple caso de infidelidad, sino un tipo que lleva una doble vida.

—Acho, si es así, menudo culebrón. ¿Y cómo vamos a saber si es hijo del marido de tu clienta?

—Pues la única forma sería una prueba de paternidad.

—¿Una prueba de paternidad? Pero eso costará un huevo.

—Mil euros si quieres que tenga valor judicial. Unos doscientos si solo la quieres a modo informativo.

A Toni se le abren los ojos como platos.

—Pijo, pues lo tienes a huevo. Le cobras los mil pavos y haces la prueba de doscientos.

Creo que esa frase resume la forma de ser de Toni. Es un buscavidas, no creo que sea mala persona, pero siempre está pensando de dónde puede sacar tajada.

—No puedo hacer eso. Sería engañar a mi cliente.

—¿Y cómo se va a enterar?

Se me escapa una sonrisa. En realidad está bien pensado, si no fuera porque va en contra de mi ética profesional. Y porque, llegado el momento, no tendría la validez que mi clienta esperaría.

De repente, me doy cuenta de que quizás le estoy dando a Toni demasiada información y no he firmado con él ningún tipo de contrato de confidencialidad. Si se va de la lengua podría buscarme un buen lío. Y más teniendo en cuenta que estoy haciendo el trabajo de extranjis.

—Oye, Toni, esto es confidencial, lo sabes, ¿verdad?

—Pues, claro, no te preocupes. El Toni es una tumba abierta.

—¿Una tumba abierta? —repito. Él sonrío, se vuelve a sentar junto al patrón y coge la caña. Espero que se haya liado con lo de «abierta», aunque no sé yo. Me parece que Toni es mucho más listo de que quiere aparentar.

—Bueno, hemos terminado por hoy. —Los dos me miran—. ¿Es que no tenéis hambre? Volvemos a casa.

18

El día de ayer fue fructífero, estoy contenta. He desayunado con calma en el sillón mientras observaba la calle desde la ventana; es sábado, así que me lo puedo permitir.

Después de la limpieza profunda de mi armario, necesito urgentemente algo de ropa. Finalmente llevé las bolsas a una asociación que hay cerca de mi casa, donde doné mis prendas más valiosas de los últimos veinte años. Aún me cuestiono si debería haberlas enviado al museo del traje.

El caso es que durante esta semana he ido un poco escasa de vestuario y no he tenido tiempo para ir de compras. Pero Giselle me llamó ayer y decidí que no me podía negar. Pablo ha vuelto de viaje y ella necesita algo especial para su cita de esta noche. Así que nos daremos una vuelta por Las Dalias.

Como era de esperar, el mercadillo está a tope de gente, y eso que hemos llegado a las diez, nada más abrir. Recorremos los puestos, rodeadas de extraños y protegidas del sol por los toldos. Nos pedimos un zumo verde en un quiosco, un *smoothie* casero y nada barato, hecho con una mezcla de espinacas, limón, pepino, manzana y aloe vera. ¡Aloe vera! Sí, bienvenido a la era de: «Mientras sea verde y se pueda batir, ¡en zumo lo vamos a convertir!». Bueno, la rima no es digna de Bécquer, pero tú ya me entiendes.

—En este mercado es donde tenía el puesto Victoria —me explica Giselle.

—¿Quién es Victoria?

—La artista orgánica.

—Ah. ¿La de los intestinos disecados? —me sorprendo—. Todo el mundo la conoce.

—Tú no.

—Vale, yo no —acepto—. Mira qué preciosidad de vestido. —Es blanco, con unos finos tirantes de ganchillo y escote en forma de uve—. ¿Dónde habéis quedado?

—En Cala Bonita.

—Oh, ese sitio es precioso. Arena, playa y un toque rústico con mucha madera. Este vestido es ideal.

Lo descuelgo y se lo enseño a Giselle, bajo la atenta mirada del dependiente.

—Sí, es bonito, pero tengo uno parecido.

—Ah, ¿no quieres ir de blanco?

—No.

—Ajá —acepto algo contrariada—. Bien, vamos a seguir mirando entonces.

Hago un gesto de despedida al dependiente y seguimos avanzando con nuestros zumos.

—¡Oh, ese puesto es una maravilla! —exclamo—. Ni una sola prenda blanca. Deberían de darle un premio.

Nos acercamos. Le muestro otro vestido, esta vez negro, con grandes estampados verdes y manga japonesa.

—Es ideal.

—Sí, puede ser. Pero esa manga se me va a ir enganando en los pomos de las puertas.

—Ah, no lo había pensado.

Mi entusiasmo se va diluyendo como los cubitos de los zumos.

—¿Y por qué no buscas un vestido negro básico y lo complementas con algo llamativo? Mira estos colgantes, son increíbles.

Nos acercamos al puesto de enfrente. Cojo un collar de plata especialmente vistoso, con unos detalles rosas.

—No está mal. Sin embargo, esto lo producen en China, no es artesanía de verdad, porque la elaboran en grandes fábricas donde las mujeres trabajan hasta doce horas diarias por un sueldo inferior a lo que cuesta uno de estos collares.

Miro el precio, no es caro. Vale, esto no tiene ninguna lógica. Cojo a Giselle del brazo y la arrastro hasta el lateral de uno de los puestos.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿No te parece bien luchar por un mundo más justo?

—Por supuesto que me parece bien, lucho por ello todos los días en mi trabajo. Ese no es el problema. Repito, ¿se puede saber qué te pasa?

—No quiero ir a la cita —confiesa al fin.

—¿Qué? —Ahora sí que no entiendo nada—. ¿Por qué? Pensaba que Pablo te gustaba. Al menos hasta ayer, cuando quedaste conmigo para ir de compras.

—¡Y me gusta!

—Pues explícate, por favor.

—Buf, esto parece el tercer grado —me increpa.

—El tercer grado incluye tortura —le explico con una sonrisa—. Y estoy empezando a planteármelo.

Parece que mi chiste no le hace gracia.

—No quiero ir a la cita y punto.

—Vale, si yo fuera un hombre machista te preguntaría si estás con la regla, y te diría que a las mujeres no hay quien os entienda.

—¡Me da miedo, me da miedo echarlo todo a perder! —estalla.

—Eso no va a pasar. Eres preciosa, culta e interesante. Y muy buena persona. ¿Por qué ibas a echar a perder tu cita?

—Tengo cuarenta años.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Me enfado—. Además, habíamos pactado que jamás volveríamos a mencionar esa cifra.

—Tengo cuarenta años —repite desafiante—, y la esperanza de encontrar el amor se reduce exponencialmente con la edad. —Voy a replicar, pero ella continúa—: Ya sé que tengo mi trabajo y mis amigas, que sois mi familia. Pero me gustaría tener una pareja con quien compartir mi vida. Odio estar sola. Odio depender de los planes de los demás para poder hacer algo. Y, lo más importante, odio los domingos por la tarde.

—Sí, los domingos por la tarde son un asco —admito—. Sin embargo, no entiendo adónde quieres llegar.

—¿Y si ahora descubro que Pablo no me gusta?

—Pues... supongo que para eso están las citas. Para los amores platónicos, puedes pensar en Hugh Jackman. Por cierto, ayer conocí a un tipo que se le parecía, aunque era muy desagradable.

—No voy a ir a la cita.

—Espera, espera. ¿Tienes miedo? ¿No vas a ir a la cita porque temes que Pablo pueda decepcionarte? Oh, Giselle, esa es la peor de las técnicas. Tú, que eres tan espiritual, ¿no has oído nunca esas teorías sobre el poder de los pensamientos? Si piensas que la cita va a ir mal, lo más probable es que vaya mal.

—Me había ilusionado mucho con este chico, pero hoy por la noche he tenido pesadillas. ¿No será una premonición?

—¡Eso es normal! El chico te gusta y estás nerviosa. Lo que tienes que preguntarte es si prefieres vivir con la incertidumbre o enfrentarte a una posible decepción.

—Incertidumbre.

—¡No!

—¡Mientras hay incertidumbre hay esperanza!

—¡Una esperanza que nunca llegará a materializarse!

Una pareja se nos queda mirando, asombrada con nuestros gritos.

—¿Qué miráis? —les increpo—. Claro, como vosotros tenéis el sexo resuelto, no podéis entender que mi amiga esté sufriendo por amor, ¿verdad?

La pareja se va, cuchicheando y lanzándome miradas asesinas.

—Rose, por favor. —Giselle me mira avergonzada. Creo que me he pasado, pero es que Giselle me está poniendo de los nervios.

—Debe de ser el aloe vera —intento justificarme—, he oído por ahí que es alucinógeno. Vamos a plantearlo de otra forma, ¿de acuerdo? —insisto—. ¿Prefieres correr el riesgo de tener una cita decepcionante que, sin embargo, puede terminar en un maratón de buen sexo, o prefieres sufrir la decepcionante realidad de cientos de domingos por la tarde sola en casa viendo *Pretty Woman*?

—Volvamos a casa.

Uf, con esa actitud me saca de mis casillas. No se puede razonar con ella.

—Vale, volvamos. Pero, Giselle, si yo fuera un cobarde nunca habría encontrado el amor.

—Tú siempre has tenido suerte.

—Eh, guapa, yo me lo he currado, y aptitudes no me faltan —enfático la frase apretándome las tetas.

Giselle se ríe por primera vez. Después se queda pensativa.

—Las tartas con *fondant* son pequeñas obras de arte, pero su sabor es empalagoso.

Me sorprende la metáfora.

—¿Estás comparando a Pablo con una tarta con *fondant*?

—Tengo miedo de que no haya nada detrás de esa fachada espectacular.

—Bueno, esa fachada al menos te permitirá pasar un buen rato en la cama.

—Ya, pero eso no es lo que yo quiero, no es solo lo que yo quiero —rectifica—. En *Ally MacBeal*, llamaban Bizcochito a John Cage, el enamorado de Ally.

—No creo que pudiera salir con alguien apodado Bizcochito. —Apunto—. A lo mejor con alguien llamado Porra de Nata me lo pensaría.

—Oh, Rose, no vuelvas a probar nada que tenga aloe vera.

—Venga, vamos a tomarnos un *brunch*, como dicen las pijas como nosotras. Con el estómago lleno podrás aclarar la mente.

—No voy a salir con ninguna tarta con *fondant*.

—Por supuesto que no. Yo apostaría más a que Pablo es una tarta de muerte por chocolate.

Giselle se ríe y nos dirigimos al restaurante.

19

Hemos comido algo ligero en una de las terrazas de Las Dalias y después la he acercado a su casa. Lo hemos pasado bien, sin embargo, no he conseguido despejarle el miedo irracional a su cita con la tarta con *fondant*.

He leído un rato y he echado una cabezada en el sillón. Después me he regalado una larga ducha y, tras darme los últimos toques de maquillaje, me aliso el vestido corto y negro. Suena el móvil. Pedro. A lo mejor ya está abajo esperando. Hoy es el primer sábado que podemos salir juntos desde hace varios meses.

—¿Cariño?

—Dime, Pedro.

—Lo siento, *bella*, pero no puedo pasar a por ti.

—¡Oh! —me sorprende un poco—. No te preocupes, cojo un taxi.

—Quiero decir —duda un poco— que no podemos quedar esta noche.

—¿Qué ha pasado? —Mi radar anti Mary Kate empieza a pitar.

—Angela. Acabamos de llegar del hospital. Le ha dado un ataque de asma muy fuerte y Mary Kate me ha llamado.

—Ya.

—No seas borde, Rose, es mi hija y me alegro de que me haya llamado.

—Pero ¿estáis en casa?

—Sí y me voy a quedar a pasar la noche, por si hay alguna complicación. La niña ha estado a punto de asfixiarse. Nos ha dado un buen susto.

Suspiro. Supongo que para Pedro yo soy importante, pero nunca estaré a la altura de sus hijas. Nunca. Sé que es lo normal, que es lo que debe ser, pero eso no quiere decir que me guste. Siento una punzada de celos, no por las niñas, sino por su ex. Esas dos preciosas niñas representan un vínculo entre ellos que nunca se romperá. Y me temo que yo nunca podré competir con eso. Nada une tanto como los hijos.

—Está bien —comento—, no te preocupes. Espero que Angela mejore pronto.

—Gracias, Rose. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer sobre la cama. El restaurante no está tan lejos de la casa de Mary Kate, podríamos haber ido a cenar y, si pasara algo, Pedro podría haber estado de vuelta en menos de diez minutos. Esa pedazo de... se ha vuelto a salir con la suya. Ella tiene un arma (o dos) infalible.

¡Mierda! Sábado noche y sin plan. Entonces recuerdo a Giselle y la llamo con la esperanza de que no me haya hecho caso y haya pasado de la cita.

—Hola, Giselle.

—¿Qué tal?

Escucho un enorme barullo de fondo.

—Es que estoy sin plan.

—Ay, Rose, lo siento pero estoy con Pablo en este momento. —Parece contenta. La odio.

—Pero, ¡si no ibas a ir a la cita!

—Me convenciste para que viniera y me alegro mucho porque el *fondant* sabe de muerte —me dice en voz baja para que Pablo no pueda oírla.

—Quedamos en que era tarta de chocolate, ¿recuerdas? Y además, me equivoqué. —Mi tono es muy seco—. No deberías haber ido, las tartas no son saludables, llevan mucho azúcar y colorantes artificiales.

—¿Estás bien, Rose? —Se muestra preocupada—. Si no te encuentras bien, puedo ir a verte.

Soy consciente de la tontería que acabo de decir y doy un paso atrás, no quiero amargarle la noche a mi amiga.

—Lo siento, estoy muy enfadada, pero no es contigo, ¿vale? —Tomo aire.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, Pedro ha tenido un imprevisto con las niñas y me ha dejado tirada.

—Oh, Rose, lo siento. ¿Quieres...?

—No te preocupes, no es la primera vez —afirmo con resignación—. Disfruta de tu cita, preciosa, pásalo bien por las dos.

Cuelgo.

No merece la pena llamar a Xesca, estará con sus hijos viendo alguna peli de Disney en el sofá de su casa. A Ámbar menos todavía, ella tiene lista de espera para el sábado por la noche.

Permanezco en la cama, bocarriba, mirando el techo. Cojo el móvil y pienso en llamar a Xesca de todas formas. De repente, ver una película de Disney rodeada de niños no me parece un plan tan malo.

¿Quién dijo que los domingos por la tarde eran el peor día para estar sola?

Es lunes. Esta noche he dormido mal y aún no se me ha pasado el enfado de anteayer con Pedro.

Pongo al día varios casos. Se me ha terminado la «excedencia» que pedí a mis compañeros para encargarme de la investigación, así que no me queda más remedio que volver al trabajo de oficina. He quedado con mi clienta. Quiere que la ponga al día. Ya empieza a exigirme resultados. Me ha insistido en que quiere algo ya, y que el dinero no es ningún problema. No sé, quizás he sido demasiado conservadora en cuanto a no gastar y eso está ralentizando la investigación.

Se presenta a las once. Lleva un vestido blanco de McQ y sus habituales gafas de sol. Se acomoda en la silla de confidente.

—¿Y bien? —Directa al grano, sin ni siquiera saludar. En este momento me pregunto si de verdad vale la pena lo que estoy haciendo, si de verdad esta mujer se merece que me arriesgue a meterme en un lío. Pero sé que en realidad no lo hago por ella. Creo que necesitaba salir de mi rutina y vivir una pequeña aventura.

—Hemos estado siguiendo a su marido y a la supuesta amante. —Le muestro algunas fotos—. Han comido juntos varias veces y él ha estado en casa de ella, pero de momento no he conseguido pruebas de que mantengan una relación sentimental o... sexual.

—Entonces, ¿están liados o no? —Se muestra enfadada—. Supongo que si ha ido a su casa no habrá sido por un asunto de negocios.

—Eso no lo sabemos y una decisión tan importante no debería basarse en conjeturas.

—¿Entonces?

—Hay algo más. —Pongo sobre la mesa las fotos de la mujer con el niño, que hice desde la barcaza.

—¿Qué es esto?

—Ella tiene un hijo —afirmo, observando su reacción.

—¿Un hijo? —Ella traga saliva—. Pero ¿está casada? —Me mira suplicante. Por primera vez observo fragilidad en sus ojos.

—Que yo sepa no.

—Quiere decir que...

—No quiero decir nada. Es todo lo que sabemos de momento.

—Pero... —Duda, ahora parece bastante afectada—. ¿Podría ser hijo de mi marido?

—No lo sé.

—¿Y cómo...?

—La única forma sería hacer una prueba de paternidad, pero no sé si...

—Hágala —me ordena, recobrando la compostura.

—Eso no es tan sencillo. Hace falta...

—No me importa lo que cueste. ¡Quiero saberlo! —chilla.

Pienso en la idea de Toni de cobrarle los mil euros y hacer la prueba de doscientos. De hecho, debería de cobrarle mil euros por cada grito.

—No se preocupe, es barata, unos doscientos euros.

Creo que voy a tener que contratar a Toni para que me lleve las negociaciones. Estoy segura de que me iría mucho mejor.

—Quiero saberlo lo antes posible.

—También necesitaré una muestra de ADN de su marido.

—¿Un preservativo usado, por ejemplo? —pregunta ella y yo me quedo estupefacta ante la idea.

—Creo que con un pelo —hago una pausa—, de la cabeza, sería suficiente.

Estoy dudando. No sé si debo hacerlo. Bueno, tampoco pasa nada por pedir un favor, ¿no?

Estoy pensando en llamar a Marc. En base a nuestra conversación anterior creo que es una auténtica locura. Si Emilio siguiera en activo estoy segura de que no le importaría hacerlo, pero este tipo tan seco y estirado, lo más probable es que me pegue algún estufido.

Bueno, como diría mi padre, el no ya lo tengo. Así que me acomodo en el sillón de mi despacho y marco el número de la policía. Por suerte, no tardan en pasarme con él.

—¿Inspector Marc Lobo? Soy Rose Black.

—Hola, Rose Black —parece sorprendido.

—Quería pedirle un favor. Si le doy el nombre de una mujer y una dirección, ¿podría mirar si hay algo sobre ella en sus archivos?

—¿Está loca? No, claro que no.

—Me encanta su disposición, siempre presto a ayudar, siempre con la amabilidad en la punta de la lengua.

—Señora Black, si sigue por ahí voy a colgar. Yo no soy su secretario.

—¿Ha oído hablar de la Red Azul?

—Por supuesto —continúa con cierto fastidio—. Es un plan de colaboración entre el Cuerpo Nacional de Policía y la seguridad privada que permite compartir información de carácter operativo, siempre y cuando no esté relacionado con un caso abierto o judicializado.

—Bueno, entonces podría darme la información que le pido.

—Si fuera guardia de seguridad o detective privada podría hacerlo. ¿Es ese el caso? —añade unas gotas de ironía a sus palabras.

Estoy a punto de decirle que es justo el caso, pero me muerdo la lengua. No puedo olvidar que, aunque tengo el título, nunca he solicitado la habilitación. Así que tengo que permanecer en la sombra, por así decirlo.

—Bueno, en realidad es una abogada la que necesita esa información para un caso particular. Al fin y al cabo es casi lo mismo que lo del detective, ¿no?

—No. —Su respuesta es seca—. Una abogada no pertenece al cuerpo de seguridad privada.

—Yo tengo el título de detective privada.

—¿Ah, sí? —parece sorprendido.

—Sí, me lo saqué después de terminar Derecho, cuando ya estaba trabajando.

—¿Y tiene la habilitación?

—No.

—Entonces no está habilitada para solicitar esa información. —Su tono es entre seco y juguetón. No sé si lo dice totalmente convencido o si me está tomando el pelo.

Respiro profundamente e intento cambiar mi argumento.

—Sin embargo, si contratara a una detective privado y él le pidiera esa información, sí podría dármela.

—Sí.

—Es un poco absurdo, ¿no cree? ¿Tengo que pagarle a alguien para que me consiga una información que usted podría darme directamente?

—No es absurdo, es la ley, y no podemos saltárnosla a nuestro antojo. Parece mentira que usted me diga esto, señora abogada.

—Está bien. —Ahora sí que estoy cabreada—. Voy a llamar al detective con el que suelo trabajar para que se la pida. Gracias por nada.

Me dispongo a colgar.

—Espere. —Ahora se muestra más conciliador—. Se lo facilitaré.

—¿Aunque no tenga la habilitación?

—Digamos que podríamos obviar ese pequeño detalle. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pero que esto quede entre nosotros.

—Por supuesto.

—Está bien. Deme ese nombre y esa dirección.

Se lo doy y él continúa.

—Me ha gustado descubrir que no es usted tan perfecta como pretende aparentar, señora Black, que está dispuesta incluso a saltarse las normas para conseguir sus objetivos.

Noto cómo me hierve la sangre, pero intento contenerme. No puedo hacer otra cosa si quiero que este desabrido me haga el favor.

—Solo intento hacer bien mi trabajo, inspector Lobo. ¿Acaso es usted perfecto?

—Al contrario, señora Black. —De repente su tono se suaviza, se muestra más cercano—. Lo que quiero decir es que me gustan las imperfecciones. Cuelga y yo me quedo mirando el teléfono sin saber qué pensar.

He pasado por casa y me he dado una ducha. Estoy cansada, después de una larga jornada en la oficina, y también inquieta, el asunto que llevo entre manos se está complicando de una manera que no había imaginado cuando acepté el trabajo. Lo peor de todo es que esta emoción me gusta, me activa. Cada nueva pista que descubro, cada resquicio por el que consigo colarme es una dosis de vitalidad.

Atravieso el lujoso y a la vez sencillo jardín. Cuando llego a la puerta de la casa, la asistenta me acompaña hasta la sala. Stella ya me espera en el amplio sofá blanco, junto a un juego de té (con su tetera, tazas de porcelana y plato con galletas) dispuesto sobre la mesa baja. Me encanta probar sus tés. Siempre me sorprende con alguna nueva variedad comprada directamente en los mercados autóctonos del país de origen (ya sea japonés, turco o árabe), nada de procesados o pasos intermedios. Cuando sale de viaje, Stella no se priva de ningún capricho, y después contrata a una empresa de mensajería para que se encargue del envío a Ibiza de todas sus compras: productos de alimentación y artesanía, ropa e incluso muebles. Le encanta traer a su casa pequeños trozos de otras partes del mundo.

Creo que aún no te he hablado mucho de Stella, ¿verdad?

Su nombre real es Estela, sí, con E y una sola L. Se lo cambió cuando se casó con el padre de Alex, que era de origen inglés y más bien rico. Le pareció que con un nombre más *british* podría dejar atrás todo vestigio de sus orígenes gallegos y humildes, para adentrarse con más facilidad en el glamuroso universo de su marido. Y, aunque no habla ni una palabra de inglés, Stella ha conseguido dar la imagen de una verdadera y sofisticada *lady*. Es una prueba viviente de que las imitaciones se parecen más al cliché que lo auténtico.

De joven era una mujer muy atractiva que abandonó la Galicia rural en favor de las cosmopolitas Baleares. Era la época del desarrollo turístico en las costas pitiusas, aunque aún no había llegado la consolidación ni, mucho menos, la masificación que se produciría después. Entonces, los isleños aún

miraban con cierto recelo a aquellos visitantes excéntricos (sobre todo gente adinerada y *hippies*) que solo venían de visita, pero, en muchos casos, acababan estableciendo aquí su morada.

Estela consiguió un trabajo como camarera de piso en un hotel de lujo de reciente construcción. Y conoció a un cliente inglés, de clase alta y mucho dinero. En aquella época las clases sociales se mezclaban muchísimo menos que ahora, pero he visto fotos de la joven Estela y no me extraña que aquel caballero inglés perdiera la cabeza por ella. Fue entonces cuando se convirtió en Stella.

Ella no habla nunca de esa época, lo poco que sé es gracias a Alex. Supongo que su vida debió de ser muy dura hasta que se casó. Después parece que pasaron unos años buenos, seguramente los mejores. Por lo visto, los problemas comenzaron cuando Alex llegó a la adolescencia. No sé si la causa fue la difícil etapa que atravesaba su hijo o si la relación ya se había estropeado. El caso es que se divorciaron cuando él ya estaba en la universidad. Y, al poco, el padre de Alex murió. Para rematar, Alex desapareció poco tiempo después.

A pesar de esos golpes tan duros, Stella es una persona encantadora, como un ave Fénix que siempre resurge de sus cenizas. Es amable y simpática, con una perenne sonrisa en la cara, con ganas de escuchar y ayudar a los que la rodean. Ambas hemos seguido con nuestras vidas, pero nunca hemos perdido la amistad, ni la esperanza de que Alex regrese algún día.

Stella volvió a casarse con un hombre muy rico, aunque esta vez no era de origen burgués, sino humilde, como ella misma. Nicholas nació en la India, pero sus padres se trasladaron a Londres cuando él era un niño. Por lo visto empezó vendiendo alfombras y consiguió montar una empresa que triunfó con el comercio de textiles. Conoció a Stella cuando vino a la isla para comprar unos terrenos y, una vez juntos, se hicieron con un buen trozo de la costa ibicenca.

—Oh, querida, por favor, pasa y siéntate —me indica con un gesto elegante.

—Hola, Stella. ¡Qué guapa estás! —afirmo con total franqueza. Viste unos pantalones azul marino con sandalias plateadas y una blusa blanca, tocada con un espléndido collar turquesa.

—Gracias, querida. Pero a ti te pasa algo, te noto un poco ojerosa. No me malinterpretes —continúa mientras sirve el té—, estás preciosa siempre, aunque te noto cansada.

—Lo estoy, tengo mucho trabajo últimamente.

—Oh, pues hay que tomarse la vida con un poco más de sosiego.

La gente con tanto dinero piensa que todos somos como ellos y que tenemos libertad para hacer lo que nos plazca. No son conscientes del día a día de las personas que nos tenemos que dejar la piel en el trabajo para cobrar un sueldo a final de mes. En fin, yo tampoco he pasado nunca hambre y sé que cuento con su apoyo y con el respaldo de Pedro y de mi padre, pero nunca he querido pedir nada a nadie. Para mí sería un gran fracaso.

Tomo la taza que me ofrece y aspiro el aroma.

—Eso no es correcto, querida.

—Lo sé, Stella, pero dicen que también se come por la nariz.

—Bueno, estamos en familia, puedes hacer lo que te plazca. —Y me dedica una franca sonrisa.

Aspiro de nuevo la fragancia del té.

—Té Oolong —susurro embelesada con el olor.

—Exacto. Té azul. Es del este de China, de la provincia de Fujian. Solo lo ofrezco a visitas muy selectas. Para el resto, sería como tirar margaritas a los cerdos.

Le doy el primer sorbo mientras observo el jardín a través de las cristaleras del salón.

—Bueno, además del trabajo, ¿va todo bien?

Stella sabe que salgo con Pedro, aunque no me gusta hablar de eso con ella. De alguna manera, me hace sentir que le estoy siendo infiel a Alex.

—El inspector que llevaba el caso de la desaparición de Alex se ha jubilado.

—Oh —suspira y deposita la taza sobre el platito.

—Hay un nuevo inspector, pero echo de menos a Emilio. Al inspector Emilio Martín —comento con una sonrisa.

—Un buen hombre. Hizo todo lo posible por ayudarnos. —Hace una pausa—. Aún sueño casi todas las noches con Alex. Sueño que es mediodía y Alex atraviesa esa puerta, se acerca a mí, me abraza y me dice: «Mamá, ya estoy en casa. ¿Qué ha preparado la Ramoneta para comer?». Y yo le respondo: «Oh, cariño, la Ramoneta ya no está con nosotros. Lloró tanto por ti que el corazón se le rompió». —Hace una pausa durante la que intenta controlar las lágrimas. Yo también lo intento—. Dicen que las madres tienen un sexto sentido, sobre todo para los asuntos relacionados con sus hijos. Sé que está vivo y que un día de estos volverá con nosotras.

Yo la miro tras la nebulosa de mis ojos anegados y asiento sin convicción. A veces me pregunto cómo sería el reencuentro con Alex después de tanto

tiempo y cómo quedaría la relación con Pedro si esto ocurriese.

Admiro mucho a Stella. Ha demostrado ser una mujer fuerte y valiente que siempre sale adelante con una sonrisa. Cuando Alex desapareció, la policía estuvo investigando en nuestras vidas privadas, sobre todo en la suya. «Rutina policial», explicó Emilio en aquel momento, en el que aún no éramos amigos. Stella tuvo que abrir su casa y permitir que la registraran, que pusieran la habitación de Alex, entre otras cosas, patas arriba. Al final no sirvió de nada, pero Stella no se quejó.

Stella se limpia la comisura de la boca con una de las servilletas de tela que muestra un pequeño bordado con forma de flor.

—No intuí que tuviera ningún problema. Parecía feliz, inmerso en sus estudios y en sus cosas. Y además estabas tú. —Alarga la mano para coger la mía.

—Ya te he contado otras veces que yo lo notaba un poco nervioso. El día que desapareció habíamos quedado porque quería contarme algo importante. —Reflexiono—. No, no creo que se marchara por voluntad propia.

—A veces pienso que él pudo... —Me mira alarmada.

—¡No! Alex no se suicidaría, él es una persona luchadora.

Me asombro de cómo, después de veinte años, aún pienso en él como si estuviera a mi lado. Supongo que a Stella le sucede lo mismo.

—¿Crees que algún día descubriremos qué sucedió?

—He hablado con el nuevo inspector. Me dijo que iba a estudiar el caso con mucho interés, pero que si no veía por dónde tirar, lo archivaría definitivamente.

Stella se incorpora.

—¿En serio? —Parece sorprendida y un poco dolida.

—Emilio me dijo que el nuevo inspector es un buen policía. También es un tipo muy desagradable, pero quizás traiga un poco de aire fresco a la investigación.

—Ay, querida. —Vuelve a cogerme la mano—. Si no hay nuevas pistas, quizás no sea tan malo que archiven el caso de una vez.

Me quedo de piedra ante esa afirmación.

—¿Qué quieres decir?

—Nietzsche decía que la esperanza es el peor de los males, porque prolonga el tormento del hombre. Quizás haya llegado la hora de dejar descansar a Alex y que nosotras encontremos la paz.

—Puede que tengas razón —reflexiono en voz alta—, pero creo que no podré encontrar la paz hasta que descubra lo que le pasó.

—Querida Rose, todas las noches sueño con el regreso de Alex. Sin embargo, durante el día procuro vestirme de alta costura, viajar a lugares exóticos y disfrutar de un buen té Oolong contigo.

—No te entiendo.

—Si continuamos con esta eterna espera podemos marchitarnos y consumirnos por dentro. Alex no querría eso para nosotras. Creo que la oferta que te ha hecho ese nuevo inspector es la mejor que podía hacernos. Si descubre alguna vía nueva, la investigará, si no, archivará el caso.

—Nunca pensé que te oiría decir eso.

—Daría todos los lujos de los que disfruto por volver a estar con mi hijo. Sin embargo, no está en mi mano hacer que Alex regrese. —Se levanta y se sienta a mi lado en el sofá. Me abraza—. Creo que es lo mejor, Rose, creo que ha llegado la hora de pasar página.

Ayer por la tarde, cuando llegué a casa tras la desconcertante charla con Stella, me llamó el inspector Marc Lobo. Había consultado los archivos de la policía en relación al nombre de mujer que yo le había pasado. Me dijo que tiene antecedentes por tráfico de drogas, aunque son de hace más de diez años. Desde entonces no ha vuelto a cometer ningún delito, al menos del que haya constancia.

—Por cierto —continuó después—. Supongo que esta información la va a utilizar como abogada, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a que supongo que no estará haciendo tareas de detective privada sin tener la habilitación.

Menos mal que hablábamos por teléfono y no pudo ver mi cara, que en ese momento se puso roja como un tomate.

—Por supuesto, qué tontería. —Me puse tan nerviosa que tuve que carraspear para que me saliera la voz.

—¿Puedo saber en qué consiste el procedimiento?

—No, claro que no. —Esta vez fui yo la que se mostró un poco seca—. Ya sabe que es secreto profesional.

—Sí, claro. No hay que saltarse las normas.

Pude intuir su sonrisa antes de colgar.

Esta mañana he arreglado algunas cosas en la oficina, le he pasado un par de casos a un compañero y Toni ha venido a recogerme. Esta vez no hemos seguido al marido. En su lugar, hemos decidido vigilar a la supuesta amante, porque necesitamos conseguir una muestra de ADN del niño para poder hacer la prueba de paternidad.

Toni me ha dicho que nos podemos colar en la casa cuando ellos salgan. Él sabe cómo forzar la cerradura.

—Acho, hay un montón de vídeos en YouTube que te enseñan a abrir una puerta. Cada llave tiene su truco, pero todas se pueden abrir, hasta las que se supone que son de seguridad.

Me sorprende mucho que en YouTube haya videotutoriales para cacos y ni la policía ni nadie haga nada para eliminarlos. Ya tengo algo que recriminarle al inspector Lobo la próxima vez que lo vea.

—No nos vamos a colar en la casa de nadie, Toni, eso es ilegal. Además, supongo que no lo has hecho nunca y que no eres cerrajero.

—Venga ya, nena. Tampoco tengo el carné de conducir y no creo que tengas quejas.

—¿Qué?

—Las cosas ilegales son más rápidas y más baratas. ¿Cómo piensas conseguir la muestra si no? —Se queda mirando mi cara de indignación—. Venga, ríete, lo del carnet era broma.

No estoy segura de ello, pero creo que será mejor no comprobarlo por ahora.

—De momento, vamos a seguirlos y a ver qué pasa —le ordeno.

—Está bien, pija *malfollá*. —Me empuja en el hombro con un gesto amanerado de complicidad. Yo pienso en enseñarle una foto de Pedro y preguntarle si cree de verdad que ese pedazo de maromo puede follar mal. En fin, no merece la pena perder el tiempo con él, así que decido no responder.

A media mañana la madre y el hijo salen de casa y se van caminando por las calles estrechas de la ciudad vieja. Los seguimos. Hace calor y hay bastante gente paseando, muchos con pinta de turistas. Se detienen en alguna tienda donde el niño mira los juguetes o los *souvenirs*. La madre le compra una pistola de flechas de goma. El niño dispara y ella se hace la muerta. Ríen. Parecen felices, se lo pasan bien.

Siento un nudo en la barriga y un pinchazo en el pecho. Al ver a esa mujer disfrutar con su hijo se me ha removido algo por dentro.

—¿Sucede algo?

Toni se ha dado cuenta de mi mirada triste, pero no quiero compartir con él unos sentimientos tan personales.

—No, no te preocupes. Me siento un poco cansada.

Al rato, madre e hijo se sientan en una cafetería. La mujer pide un café y una tostada y el niño un zumo de naranja y un donut. Saco fotos.

—¿Ves? —le digo a Toni—. Ya los tenemos.

—¿El qué tenemos? —pregunta sorprendido.

—La muestra de ADN. Todos sus genes están esparcidos por ese vaso.

—¿El del zumo?

—Pues, claro.

La mujer pide la cuenta. El camarero se la trae y recoge la mesa.

—¡Se lo va a llevar! —Miro a Toni con sorpresa y temor—. Tienes que coger el vaso, puede que no tengamos otra oportunidad.

—Deberíamos habernos colado en la casa —afirma él con resignación.

—Date prisa, el camarero se va.

—Acho, pijo, creía que solo tenía que hacer de chófer. —Me mira con su sonrisa, pícara—. Está bien.

La madre y el niño se levantan y se van. Toni entra en el bar detrás del camarero. A través de la puerta, observo cómo adelanta un pie y le pone la zancadilla. El camarero está a punto de caerse, pero Toni le sujeta el brazo y lo ayuda a mantener el equilibrio. El camarero mueve la bandeja en el aire y, con movimientos certeros, consigue evitar que su contenido se desparrame por el suelo. Toni sujeta la bandeja con ambas manos, parece que está ayudándolo a estabilizarla. El camarero lo increpa y él parece disculparse por lo que ha sucedido. Toni retrocede de espaldas. Cuando retira las manos de la bandeja el vaso ha desaparecido y observo un bulto en el bolsillo trasero de su pantalón, bajo la camisa hawaiana.

Tengo que reconocer que tiene arte y muchos recursos.

Angela e Isabella son dos niñas preciosas que parecen sacadas de alguna estampa infantil de los años sesenta. Tienen unos rizos rubios naturales que caen en forma de tirabuzón sobre sus caritas blancas. Ambas han heredado unos grandes ojos azules y, a pesar de que se llevan un año y medio, parecen mellizas. Quizás Angela es un poco más revoltosa que Isabella, será porque es la pequeña.

Después de la fallida cena romántica de la semana pasada, hoy nos toca salida familiar al cine. Las niñas han tardado un poco en ponerse de acuerdo respecto a la película, pero no ha llegado la sangre al río. Isabella ha cedido en favor de su hermana, a cambio de poder sentarse entre el asiento de su padre y el mío.

Aparcamos junto a la entrada de los multicines. Aún me sorprende cómo un lugar tan aislado y con un deprimente aire industrial puede hacerme sentir tan bien cuando estoy delante de la pantalla. Supongo que es lo que llaman la magia del cine.

A Pedro, sin embargo, no le gusta nada. No soporta las colas ni las peleas estúpidas por conseguir unas buenas butacas, ya que las entradas no están numeradas y la sala no tiene forma de grada, sino plana, como los cines antiguos. Pedro montó una sala de proyecciones en casa para evitar venir a este cine tercermundista, como dice él, pero no consiguió convencer a las niñas. Ni a mí tampoco. Venir al cine no es solo ver la película, sino todo el ritual que conlleva, peleas y empujones incluidos.

—No puedes, Angela.

Salgo de mi ensoñación. Angela quiere comprar una caja grande de palomitas dulces pero Pedro no parece dispuesto.

—Pues mamá nos deja —interviene Isabella.

—Cuando estéis con vuestra madre, hacéis lo que ella diga —Pedro se está poniendo muy serio, creo que demasiado—, pero cuando estáis conmigo mando yo, ¿entendido?

—Déjalas —intervengo.

Pedro se gira hacia mí mientras las dos niñas permanecen junto al mostrador, mirándonos atentamente. Observo cómo Angela sonrío con satisfacción.

—No me contradigas delante de ellas —me dice muy serio.

—Oh, vamos, son solo palomitas —me defiendo.

—No, es autoridad. —Está tan serio que me asusta—. No quiero que coman tantas palomitas porque tienen muchas grasas y mucho azúcar, no quiero que asocien ir al cine con hincharse a *spazzatura*.

—Vale, son tus hijas. —Me aparto un poco dolida.

—Lo siento. —Parece darse cuenta de que se ha pasado—. Ya sabes que no me gusta nada este sitio. Y estoy un poco nervioso, entre el trabajo y las discusiones con mi ex. Pero criar hijos no consiste en darles todo lo que quieren —ataca de nuevo.

—Lección uno del manual del buen padre —afirmo con retintín mientras él se gira hacia su hija, que espera una respuesta respecto a la compra de la *spazzatura*.

Pedro acaba de dejarme claro por qué no puedo ser madre, al menos no con él: sería una madre horrible. Una de esas que dejan a sus hijos comer porquerías en vez de darles un plato de judías al vapor con aceite de oliva; de las que piensan que sus hijos no deben sentir frustración y que siempre tienen razón, por encima de lo que digan profesores, amigos o, llegado el caso, un juez; de las que encienden un cigarro de marihuana y les ofrecen a sus hijos dar la primera calada; de las que, además, cuestionan la autoridad de su padre delante de ellos.

Pedro se dirige a la sala con las niñas. Al final no hay palomitas. Angela le da una patada a una papelera y Pedro la reprende. El ambiente está crispado. Los sigo unos pasos por detrás y llamo a Pedro justo antes de que entren.

—Buscad una buena fila para los cuatro —indico a las niñas—. Papá y yo vamos enseguida.

Las niñas me miran sorprendidas. Angela gira la cabeza con indiferencia, coge a su hermana mayor de la mano y la arrastra hacia las butacas. Pedro me mira expectante.

—Yo no soy madre, pero creo que también podría darte algunas lecciones a ti —comienzo con cierta rabia—. Sé que es importante mostrar autoridad con los niños y enseñarles a respetar las normas y a obedecer. Sin embargo, también sé que hay muchos tipos de familia y tus hijas no han tenido precisamente suerte con la que les ha tocado.

—¿A qué viene eso? —Se muestra molesto.

—Sus padres están divorciados y no se llevan bien —continúo— y lo que es peor, no se han puesto de acuerdo en cuestiones tan importantes como la educación de sus hijas.

—En eso tienes razón.

—Isabella te lo ha dicho muy claro: «Pues mamá nos deja».

—¿Y qué quieres que haga, entonces? —Noto cómo su enfado va en aumento—. ¿Estás insinuando que renuncie a educarlas el tiempo que paso con ellas porque su madre va a tirarlo todo por la borda de todas formas? Pues no puedo hacer eso, me niego. Algo quedará del trabajo que estoy haciendo.

—No estoy diciendo que renuncies a educarlas, claro que no. —Intento no levantar la voz—. Lo que estoy diciendo es que no puedes tener tantos frentes abiertos, que hay ciertas cosas por las que no merece la pena luchar. Dirige tus esfuerzos a lo realmente importante, y el resto del tiempo, intenta disfrutar de tus hijas. Si no, las perderás.

Me mira con odio. Respira profundamente y, de pronto, observo cómo su expresión se relaja.

—Quizás tengas razón. Al menos en parte —puntualiza.

—Hoy hemos salido los cuatro juntos al cine. Debería ser una tarde de diversión para disfrutar en familia, no una tarde de peleas y frustraciones.

—En eso estoy de acuerdo.

—Si a Isabella le van mal los estudios tienes que ponerte serio con ella y reconducirla, porque es su obligación. Si dentro de unos años quiere probar las drogas, tendrás que explicarle todos los peligros que encierran y utilizar todos los medios que tengas a tu alcance para que no las consuma. Pero si las niñas quieren comerse un kilo de palomitas una tarde de cine en familia, no es un pecado ni un delito. Es más, me parece una tontería tan grande que he llegado a preguntarme si es que no puedes permitirte. A ver si creía que estabas forrado y ahora resulta que era mentira.

—*Sei una sciocca*. —Me gusta que me hable en italiano, aunque sea un insulto cariñoso.

—No serás de Murcia, ¿verdad? —continúo con la broma.

—¿De dónde?

Creo que no lo ha pillado, pero da igual. Se acerca y me besa.

—Gracias por hacerme entrar en razón.

Nos dirigimos a los asientos con dos cubos gigantes de palomitas dulces. Cuando las niñas nos ven llegar, comienzan a dar saltos de alegría.

Salimos contentos del cine. Dejamos que las niñas se tiren un par de veces por la tirolina del parque que hay enfrente y nos vamos a cenar una hamburguesa. Sé que a Pedro no le hace ninguna gracia, pero las niñas están encantadas.

Cuando llegamos a casa y se acuestan Pedro descorcha una botella de vino y nos sentamos en la cocina, cada uno con su copa.

—Necesito tomar algo de mayores. —Brindamos.

—¿Has pensado sobre lo que te dije?

No sé si es el mejor momento para sacar el tema, pero yo me siento un poco emocionada. Hemos pasado una agradable tarde en familia, pero sigo teniendo la sensación de que me he perdido muchas cosas importantes: saber lo que se siente al llevar un bebé dentro, gritar con los dolores del parto, amamantar a mi hijo entre mis brazos, pasar noches sin dormir, cambiando pañales y limpiando mocos, verlo dar los primeros pasos y escuchar sus primeras palabras.

No creo que haya ninguna experiencia en la vida que se pueda comparar a la maternidad.

—¿A qué viene eso ahora? —Me mira con resignación.

—Pues, no sé. —Bajo la voz—. Creo que no sería tan mala madre como tú puedas pensar.

—Yo nunca he dicho que lo fueras.

—Esta tarde lo has insinuado.

—Está bien, estaba cansado. Ya me he disculpado, ¿no?

—Entonces, ¿me vas a contestar?

—¿Te has hecho tú la pregunta? —Me devuelve la pelota—. ¿Quieres ser madre?

—No estoy segura, pero quiero saber si tengo la posibilidad.

—¡Y la tienes! —Levanta la voz, pero recuerda a las niñas y se controla—. Que yo sepa, aún no has entrado en la menopausia.

—Quiero decir la posibilidad de tenerlos contigo. —Me muestro claramente decepcionada con su respuesta.

—Lo sé —suspira—. La verdad es que yo estoy bien así.

—Ya.

—Los hijos son una fuente de problemas, Rose, no te lo puedes ni imaginar. Yo me casé muy enamorado y mira ahora.

—¿Quieres decir que os habéis divorciado a causa de las niñas?

—Bueno, las niñas lo han disparado todo. Con ellas surgieron los problemas importantes, irreconciliables. La forma de educar, por ejemplo.

—Bueno, algunas veces hay que negociar en lugar de tratar de imponer tu voluntad —le ataco, un poco dolida.

—Yo no soy así y lo sabes. No me importa ceder cuando discuto con alguien que tiene razón. Creo que hoy lo he demostrado.

—Sí —admito—, se podría decir que hoy te has comportado.

—Rose —me lanza una mirada desvalida que intenta desarmarme—, no quiero que nos pase lo mismo a nosotros. No quiero que los hijos supongan una barrera que nos distancie. Te amo, me encanta estar contigo, disfruto estando contigo. Y no me apetece que nada lo estropee.

—¡Rose! —El grito de Angela rompe la intimidad del momento—. ¡Rose! ¿Me puedes traer agua?

—Claro, cariño, ya voy.

Me levanto y lleno un vaso. La conversación queda suspendida en el aire. Quiero volver para seguir hablando con Pedro, pero Angela me pide que le lea un cuento. Dice que no puede dormir. Cojo el libro y comienzo a leer.

Supongo que esta es una de las pegadas de ser padres, uno de los problemas de los que habla Pedro. La falta de intimidad, la falta de tiempo para ti misma, para la pareja.

Mientras leo, la niña apoya la cabeza en mi regazo. Noto su respiración cada vez más lenta y profunda. Se queda dormida. La acuesto en la cama y le acaricio el pelo dorado y sedoso.

Un par de lágrimas se desploman por mis mejillas.

Ya está solicitada la prueba de ADN, pero aún tardaré varios días en tener el resultado. Mientras tanto, he decidido volver a vigilar al marido para ver si obtenemos algo más de información.

Toni y yo estamos sentados en el coche, aparcados al otro lado del parque de la Paz, cuando de pronto vemos a la supuesta amante que llega caminando por la calle. Luce su habitual aspecto vulgar y provocativo: taconazos, falda extremadamente corta y blusa muy escotada.

—Es ella. —Le pego un codazo a Toni y nos agachamos dentro del coche.

La mujer entra en el edificio donde trabaja el marido. ¿Habrá quedado con él? Si se ven en la oficina, ¿será un asunto de trabajo?

—¿Y qué hace aquí? —Toni se muestra sorprendido.

—No lo sé, pero tenemos que averiguarlo.

—¿Cómo?

Acércate a la puerta para ver en qué piso están las oficinas.

—¿Quién, yo?

—Pues claro.

—Creo que estás empezando a abusar de tu autoridad. Te recuerdo que no me pagas *na'* por este trabajo.

—Es tu castigo por haberme *robao*. —Imito su acento y Toni sonrío.

—Está bien.

Le digo el nombre de la empresa y se acerca a mirar los carteles de la entrada. Enseguida vuelve.

—Es el quinto piso.

—¿El último? —Vaya, qué suerte. Desde luego, estoy un poco gafada con esta investigación. A lo mejor es una señal para que deje de meterme en líos y me dedique a lo mío—. ¿Y cómo podemos espíarlos?

El parque de la Paz es bastante ancho y los edificios que hay al otro lado están lejos y no son muy altos, así que aunque subiéramos a la azotea, lo más probable es que no pudiéramos ver nada, debido a la distancia y a los árboles.

Toni mira hacia un par de palmeras que se sitúan justo enfrente del edificio que nos interesa. Hay dos tipos subidos a ellas, podándolas con una herramienta larga (una especie de tijera grande) que utilizan para cortar las ramas de cuajo.

—¿Tienes cincuenta euros? —me dice Toni.

—¿Para qué?

—¿Quieres ver lo que pasa en ese despacho o no?

Le entrego el billete. Toni se baja del coche y se acerca a las palmeras. Llama a los tipos y uno de ellos baja rápidamente. Los veo hablar y al poco se estrechan la mano. El otro tipo también baja y Toni me hace señas para que me acerque. Voy para allá.

—Mientras estos señores se van a tomar un café, nosotros vamos a echarles una manita con el trabajo, *pa'* que puedan terminar lo antes posible.

Miro hacia arriba. Esas palmeras deben de tener por lo menos diez metros de altura.

—Estás loco, yo no me subo ahí.

—Pues yo ya les he dado los cincuenta euros, así que tú verás.

—¿Cincuenta? —discute uno de los tipos—. Oye nos has dicho...

—¡Chitón! —le ordena Toni llevándose un dedo a la boca, en un intento fallido de parecer amenazador. El tipo se calla y yo me indigno de nuevo, consciente de que me ha vuelto a sacar el dinero—. Ayuda a la señorita a ponerse el arnés —ordena Toni. Y el tipo obedece.

—Que no me subo ahí —repito indignada—. No me voy a jugar el cuello por un trabajo.

—No se preocupe, señorita —interviene el jardinero—, si con la bicicleta es muy fácil y muy seguro. Es imposible que se caiga, a no ser...

—¿A no ser qué?

—Que sea tremendamente patosa. —Y se ríe, pero a mí no me hace ni pizca de gracia.

Miro a Toni con seguridad.

—Súbete tú y saca fotos. —Ya que me ha vuelto a estafar, es lo menos que puede hacer.

—¡Ja! —se ríe él y me señala con su habitual movimiento amanerado—. ¿Quién es la investigadora aquí tú o yo?

—Digamos que tú eres el ayudante y los ayudantes deben encargarse de las tareas peligrosas.

—El tiempo pasa... —Toni se apoya en la palmera y señala su reloj—. Yo no tengo prisa, ¿y tú?

¡Buf, me saca de quicio!

—Está bien, subiré a la maldita palmera, pero tú subirás conmigo.

Los jardineros nos ayudan a ponernos el arnés y la cuerda con la que rodean el tronco.

—¿Van a querer el corbillón? —pregunta el hombre, enseñándome la tijera esa grande.

—No. —Lo aparto con la mano.

Entonces nos ayudan a subirnos a la bicicleta, que consiste en dos pedales sujetos a dos anillos de metal que rodean la palmera. Nos explican que, para escalar, primero tenemos que apoyarnos en los pies y subir la cuerda sujeta al arnés. Después, asegurándonos de que la cuerda está bien enganchada, subimos los dos pies, uno detrás de otro, con cuidado de que los aros de metal no se enganchen. Toni lo pilla enseguida y rápidamente sube un par de metros. Yo, sin embargo, tropiezo un par de veces y estoy a punto de caerme. El jardinero me pone las manos en el culo para sujetarme. Siento el deseo de darle una bofetada, pero creo que es mejor que no me suelte. Me empuja y me da una serie de consejos para corregir los movimientos de mis pies y, por fin, consigo dar el primer paso. Cuando pillo el truco, es algo mecánico. Subo la cuerda, después un pie y por último el otro. Es realmente fácil y con el apoyo firme de los pies ni siquiera requiere un gran esfuerzo físico. Toni se adapta a mi ritmo y llegamos a la copa casi a la vez. Desde allí arriba observo toda la extensión del parque, una vista espectacular. Respiro el aire puro de los árboles y me siento bien, en este momento me siento viva, como si fuera capaz de volar.

—Allí están. —Toni me saca de la ensoñación. Miro hacia donde apunta su dedo y veo a la pareja a través de una de las ventanas del último piso. Empuño mi cámara y comienzo a hacer fotos.

Es un despacho de aspecto sobrio, con muebles caros y oscuros. El marido está sentado en su sillón y la supuesta amante frente a él, en una de las sillas de confidente. Ella está leyendo unos papeles. Al poco los deja sobre la mesa y parece que los firma. ¿Un contrato?

Ella le entrega los papeles y él, a cambio, le devuelve un maletín. Ella lo abre, saca un fajo de billetes, lo examina y lo vuelve a guardar. Se ponen en pie y se estrechan la mano. Ella sale, acariciando el maletín con cara de satisfacción. Una vez que ha cerrado la puerta, él se gira hacia la pared y aparta un cuadro. Detrás hay una caja fuerte con teclado numérico. Disparo una ráfaga de fotos mientras pone la combinación. ¡La tengo! Guarda el

documento dentro de la caja y vuelve a cerrarla antes de devolver el cuadro a su lugar.

—¿Le ha entregado un maletín de billetes a cambio de unos papeles?

—Eso parece —confirmo yo.

—Creo que me he equivocado. Debería trabajar para él, no para ti.

—Puedes llevarle tu currículum —le reto—. Así podrías entrar en el despacho y leer esos papeles.

Toni se queda mirándome con la boca abierta.

—Estás de coña, ¿verdad?

—No, lo digo en serio —insisto—. Tenemos que conseguir esos papeles.

—Vale —me reta él ahora—, cuando quieras nos colamos en ese despacho.

—Esta noche —respondo sin pensar.

—¿Qué? —Toni se muestra ahora sorprendido de verdad—. ¿Me estás proponiendo hacer algo ilegal?

—¿Me vas a denunciar a la policía?

—Eso nunca. —Alza las manos como si hubiera nombrado al diablo. Me mira serio, con interés—. ¿Lo dices de verdad?

—Sí —confirmo—. Tenemos la combinación de la caja fuerte y necesitamos saber qué son esos papeles para averiguar qué tipo de relación mantienen. Espero que eso nos permita cerrar el caso de una vez.

—Menos mal. —Toni sonrío, parece feliz—. Por fin un poco de acción. Ya empezaba yo a aburrirme de este trabajo de detective privado.

Me estoy metiendo en un embolado tremendo, lo sé. Si me pillan, se acaba mi carrera como detective y como abogada. Es una locura, ¿verdad?

—¿Sabes? —Toni me mira con interés, casi diría que con respeto—. Creo que eres una pedazo de pija, pero retiro lo de *malfollá*.

Aunque parezca una tontería su «halago» me hace sentir bien.

Me he recogido el pelo en una cola y me he puesto unas mallas y una camiseta negras. Sí, ya lo sé, se me marcan el culo y las tetas, pero me ha parecido lo más adecuado para pasar lo más desapercibida posible. Me siento casi como una heroína de una peli de acción.

A las once de la noche, Toni pasa a por mí. Lo espero en la esquina de siempre, cerca de mi casa. Viste su habitual camisa hawaiana con bermudas.

—Podrías haberte puesto algo más discreto, ¿no crees? —le increpo.

—Es lo más discreto que tengo. —Y se ríe.

Conduce hasta el parque de la Paz y aparca en el primer hueco que encuentra.

—¿Estás preparada? —Me mira con curiosidad, sonriente.

—Sí.

—¿Seguro? Cuando entremos ya no habrá vuelta *pa'* tras.

—Sí, estoy segura. —Y abro la puerta del coche con aplomo, dispuesta a terminar con esto lo antes posible—. Tú haz tu trabajo, que yo haré el mío.

Aunque intento parecer firme y convencida, en realidad, estoy hecha un flan. Las manos me tiemblan y mi corazón salta en el pecho a un ritmo desbocado. Si algo sale mal, si nos pillan, me metería en un buen lío. Podría ir a la cárcel y, desde luego, nunca podría ejercer legalmente como detective privada.

Nos acercamos al portal. Toni se pone unos guantes finos y me entrega otros a mí.

—No querrás dejar tus huellas, ¿verdad?

No, claro que no. Me los pongo y él saca un manojito de llaves. Utiliza una para abrir la puerta.

—¿Es una llave maestra? —me intereso, sorprendida.

—No, es la llave del portal —afirma él con tranquilidad.

—¿La llave del portal? ¿Y cómo la has conseguido?

Sonríe por toda respuesta.

Subimos en ascensor hasta la última planta. Nos acercamos a la puerta de la oficina y Toni elige otra llave del manajo. No funciona. Prueba otra y, a la tercera, acierta.

—¿Le has robado las llaves? —Me quedo estupefacta.

—Pues claro —afirma él, como si fuera algo normal—. Lo he esperado hasta que ha salido de trabajar.

La puerta se abre.

—¿Y qué pasa con los tutoriales de YouTube para forzar cerraduras?

—Eso es *pa'* aficionados. —Se dirige a un dispositivo con una luz parpadeante que hay junto a la puerta y acerca el llavero. El aparato emite un par de pitidos y deja de parpadear—. ¿Qué íbamos a hacer con la alarma si no?

Pues tiene razón, eso no lo había pensado. Creo que me quedan muchas cosas que aprender y me siento un poco incómoda al tener como maestro a un buscavidas como Toni. Aunque, ¿quién mejor que un buscavidas para ayudarme a entender la vida?

Cerramos la puerta de entrada y nos dirigimos al despacho. Toni aparta el cuadro y la caja fuerte queda ante nosotros.

—¿Qué crees que serán esos papeles? —me pregunta.

—Ni idea. —Me encojo de hombros.

—Yo apuesto a que es un chantaje. Ella le ha pedido un millón de euros o le dice a su mujer que tiene un hijo secreto.

—Puede ser. Pon la combinación —le ordeno—. Así nos enteraremos.

—¿Qué? —Su gesto de sorpresa casi me hace soltar una carcajada—. Mi parte del trabajo consistía en traerte hasta aquí. —Se muestra indignado y se acentúan aún más sus gestos amanerados—. Nena, la combinación es cosa tuya.

—¿Cómo que es cosa mía? —respondo también molesta—. Creía que la habías apuntado tú.

—¿Yo? —Mueve la cabeza y las manos con vehemencia, como si le hubiera dicho el peor de los insultos—. ¿Quién tenía la cámara con el teleobjetivo?

—Bueno, pues tendrás que forzarla entonces.

—Sí, claro. —Sonríe con ironía—. ¿Has traído un par de kilos de dinamita?

—Sí —afirmo seria y él me mira sin comprender. Me acerco a la caja fuerte y aprieto cuatro números. Se escucha un clic.

—Me cago en... —Toni vuelve a sonreír—. ¿Te estabas quedando conmigo?

—Pues claro.

—¡Ja! —me señala con el dedo, con su habitual intento fallido de parecer amenazante—, pija *malfollá*.

—Calla, mariquita mala.

Se ríe mientras abrimos la caja. Hay varios papeles y, al fondo, un montón de fajos de billetes.

—Pijo, cuánta pasta. —A Toni se le abren los ojos como platos—. Si agarramos algún *fajico* de esos ni se va a enterar.

—Ni se te ocurra. Eso sería un robo y es un delito grave.

—¿Y esto no es un delito? —discute con sarcasmo—. Aplastamiento de morada.

—Allanamiento de morada —lo corrijo—. La pena por allanamiento oscila entre seis meses y dos años, por lo que si no tienes antecedentes, no irías a la cárcel. ¿Tienes antecedentes?

—Eso es personal —responde con desdén.

—Pero si este delito entra en concurso con otros como hurto de más de cuatrocientos euros, la pena puede ser superior a los dos años y por lo tanto iríamos a la cárcel sí o sí.

—¿Entonces me puedo llevar hasta cuatrocientos euros?

—En ese caso la pena sería una multa y no sumaría tiempo de cárcel a la condena por allanamiento.

—Perfecto.

Toni alarga la mano para coger los billetes. Yo le pego un manotazo.

—Pero no hemos entrado aquí para robar. Vamos a centrarnos en el caso, ¿de acuerdo?

—*Okey* —acepta con resignación—. Pero aquí hay mucha pasta y tiene pinta de ser más negra que mi agujero del... —Mi mirada impide que termine la frase—. Creo que nos estamos mezclando con gente peligrosa.

Cojo los primeros papeles que encuentro. Se trata de un par de folios grapados. Voy a la segunda hoja y veo que lo firman el marido de mi clienta y su supuesta amante. ¡Bingo! Es justo lo que buscábamos. Le echo un vistazo rápido. Se trata de un contrato particular de compra-venta de un contenedor que llega por transporte marítimo. Se incluyen los datos de identificación del contenedor y el precio de venta: cuatrocientos mil euros.

—¡Pijo! —exclama Toni—. No sé lo que le ha vendido esa tía, pero me voy a ofrecer como previsor.

—Será como proveedor —corrijo.

Pongo el contrato sobre la mesa y le saco fotos con el móvil. Reviso rápidamente el resto de papeles, que son escrituras de propiedades y contratos de trabajo.

Lo devuelvo a la caja fuerte y la cierro.

—¡Vámonos!

Toni coloca el cuadro en su sitio. Salimos del despacho, conecta la alarma y cierra la puerta. Bien, todo queda intacto, como si nunca hubiéramos estado aquí.

Salimos del edificio, Toni deja caer las llaves junto a la puerta y nos dirigimos a su coche. Cuando nos sentamos, noto cómo mi cuerpo se relaja al fin. Creo que hasta ahora no había sido consciente de la tensión que llevaba acumulada.

—¿Hemos sacado algo en claro? —pregunta él.

—Bueno, de momento parece una relación profesional más que personal. Aunque no podemos descartar que tengan un lío.

—¿Y ahora cuál es el siguiente paso?

—Tenemos que averiguar qué hay en ese contenedor.

—Tengo buen olfato para estas cosas y esa gente es muy peligrosa. Con todas las eses te lo digo: ten cuidado.

—Ten cuidado no lleva eses.

—Ya. Y pija *malfollá* tampoco.

El corazón aún me late con fuerza después de nuestra escaramuza. Oh, madre mía, me estoy metiendo en un lío tremendo, ¡he cometido un delito! Pienso en *Thelma y Louise* y su descenso a los infiernos. ¡Y hacia la libertad! El caso es que me siento más viva que nunca. Por primera vez en mi vida, podría decir que disfruto con mi trabajo.

El teléfono empieza a sonar mientras Toni arranca el coche.

—¿Sí? —Estoy aún tan emocionada que contesto sin mirar.

—¡La chaqueta! —Una voz femenina y estridente suena al otro lado de la línea.

¿La chaqueta? Lo primero que pienso es que me he dejado la chaqueta en el despacho. Pero no llevaba chaqueta, ¿verdad?

—¿Qué? —acierto a responder.

—No les pusiste la chaqueta en el cine y se han resfriado. Angela no para de moquear y como vuelva a tener un ataque de asma será por tu culpa.

—Ah, hola, Mary Kate, espero que vaya todo bien. Te agradezco el comentario, pero, si mal no recuerdo, al cine fue también Pedro. Así que, cualquier queja que tengas referente a las niñas, se la dices a él. Es más, para cualquier cosa que quieras hablar conmigo, envíame un burofax y lo tratas con mi abogado.

—¡Tú eres abogada! —Noto mucha mala leche al otro lado del teléfono.

—Oh, sí —contesto—, pero yo solo me encargo de los casos importantes, ya sabes, nada que tenga que ver con quinquis de barrio pijo.

Y cuelgo. Toni me mira de reojo.

—Debería haber colgado antes, ¿verdad?

Toni se encoge de hombros.

—Depende de quién sea esa quinquí de barrio pijo.

Esto me pasará factura.

El Sugar está a tope. Ámbar y yo nos abrimos paso entre la gente hasta llegar a nuestro segundo sitio favorito. Como nos temíamos, está ocupado por un grupo muy ruidoso de chicos y chicas de unos veinte años.

—¿Qué pasa hoy? —pregunto a Ámbar, que está a mi lado.

—Creo que hoy pincha un DJ importante en una de las discotecas.

—¿Y por qué están todos aquí?

—Es pronto —continúa Ámbar—. Estarán haciendo tiempo. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, ¿o ya no te acuerdas de cuando tenías veinte años?

—No me gustaban las discotecas ni a los veinte.

—Querida, a estos eventos viene gente de toda España, de Alemania, Reino Unido y hasta de Japón. Esta noche se pegarán la fiesta padre. Los que duerman algo, lo harán en la playa; y los que no, directamente se subirán al avión a primera hora de la mañana. Y esta es la juventud que tiene que pagar nuestras pensiones, dispuesta a gastarse el sueldo de un mes para ver a un idiota mezclando música en directo. —En fin, no creo que sea Ámbar la más indicada para hacer reproches de ese tipo. Hoy lleva un vestido blanco, ceñido y escotado sin apenas tela que le habrá costado un dineral.

—Bueno —continúo—, habrá que buscar otro sitio.

—De eso nada —Ámbar se dirige con resolución hacia el grupo de amigos.

Les dice algo y todos salen disparados dejando el sitio libre. Me acerco y me acomodo en nuestro sofá con cara de asombro.

—¿Qué les has dicho?

—Ah, nada. —Levanta la mano para llamar al camarero—. Una tontería. Que pasadas las diez de la noche las tarifas de la carta se incrementaban en un cincuenta por ciento, aunque las hubieras pedido antes, que cuenta la hora en la que pagas. —Miro la hora. Son las diez menos cinco—. Así que han salido pitando para pagar lo antes posible. Se veía a la legua que eran alemanes, y como allí el trabajo es casi tan precario como en España...

—¿Sabes alemán? —pregunto asombrada.

—Hablo todos los idiomas que dan nombre a una postura sexual, querida.

Me quedo pensativa. He oído hablar del francés, el griego, la cubana, pero... ¿el alemán?

Me dispongo a preguntárselo cuando vemos que se acerca Giselle con un vestido rojo precioso, que hace que su fogosa melena resalte aún más.

—Hola, chicas —saluda—. Vaya, con la de gente que hay, qué suerte haber encontrado sitio, ¿verdad?

—Verdad —afirmo sin dar más explicaciones—. Qué vestido más bonito, pareces Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—¡Gracias!

—Sí —ataca Ámbar—, te pareces a una preciosa zorrilla que hace las calles y que se viste de gala con la pasta del chulo que la ha alquilado por unos días.

—¡Venga, Ámbar! —exclamo—. Es una de mis películas favoritas.

—Lo único que la salva es el polvo encima del piano —comenta con pasión—. Me entraron ganas de comprarme uno para mi casa.

—Por cierto —desvió el tema—, te he traído unas cosas, Ámbar.

—¿Has pasado por el supermercado? —Vuelve al ataque, es incorregible—. Creo que te has equivocado y te has traído la cesta de la compra —culmina, señalando mi bolso negro de Mango.

—Bueno —miro a Giselle, buscando su apoyo—, lo importante no es la forma sino el fondo.

—Me temo que el fondo de ese bolso debe estar lleno de pelusillas.

—¿Qué te pasa hoy, Ámbar? —De repente me viene a la cabeza lo que le respondería Toni, y se escapa entre mis labios—: ¿Estás tan aburrida del sexo que te has metido un limón por el culo?

Ámbar abre los ojos como platos y Giselle y ella estallan en una carcajada.

—Ya era hora de que respondieras —me increpa—. Últimamente estás un poco apagada, querida.

—Toma.

Le tiendo varios libros.

—¿Qué es eso?

—Libros —aclara Giselle.

—Ya sé que son libros, pero —se vuelve hacia mí— ¿es que me has visto con cara de lectora?

—Creía que querías escribir.

—Y estoy en ello.

—Pues para escribir hay que leer mucho.

—¿Ah, sí? ¿Y quién dice eso? ¿Acaso para vestir bien hay que saber coser? ¿O para guisar un buen cocido hay que matar al cerdo?

—Era una sugerencia. —Devuelvo los libros junto a las pelusillas de mi bolso—. Pero bueno, supongo que tú ya tienes suficiente con tu instinto.

—No te preocupes, Rose —interviene Giselle—, yo estoy ayudándola.

El camarero coloca tres mojitos sobre la mesa. Es el mismo chico del otro día. Nos dedica una sonrisa nerviosa y deja la cuenta.

—A este —continúa Ámbar, mirándole el culo mientras se va—, le doy un par de mojitos más.

—Oh, vamos, Ámbar —le reprocho—, es solo un crío.

—Tres a lo sumo. Ese punto de inseguridad me pone.

—Es solo un crío. —Giselle se ríe, entre divertida y escandalizada.

—Por eso mismo, ya es hora de que una mujer de verdad lo convierta en un hombre. —Se vuelve hacia nosotras—. A lo que íbamos. Giselle me está contando muchas cosas sobre el amor. Me está gustando mucho su visión.

—Sí, hemos quedado un par de tardes.

—Me parece muy ingenua, pero me está gustando —comenta Ámbar—. Creo que puede aportar un toque romántico a la historia entre una escena de sexo y la siguiente.

—Le he contado todo lo que sé sobre el amor, todas mis experiencias...

—Historias un poco tristes, la verdad, la pobre no ha tenido demasiada suerte —apostilla Ámbar.

—Y sobre literatura romántica.

—Ah, sí —Ámbar da un sorbo al mojito—, muy ilustrativo. Menos mal que yo nunca seré una de esas escritoras tan desgraciadas. Si esas pobres inglesas, que no cataron macho en toda su vida, escribieron historias de amor que han traspasado la barrera del tiempo y las modas, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—Porque ellas escribían sobre amor, no sobre sexo —aclaro—. Y aunque no cataran macho, estoy segura de que su mente estaría inundada de pasiones y amores platónicos. A ti te pasa justo lo contrario.

—Con mi ayuda, Ámbar está entendiendo mejor la naturaleza del amor —insiste Giselle.

—Eso es cierto. Vamos, que prácticamente va a ser la historia de Giselle, desde luego. Pero en las escenas de sexo, voy a tener que tirar mejor de mi experiencia. Espero que no te importe, porque la tuya... En fin, no quiero

ofender. Además, no se puede escribir sobre lo que no conoces. Eh, Rose, apunta eso en tu manual de escritor. —Cada vez se emociona más ella sola—. Voy a crear otra pareja inolvidable. Mr. Big y Carrie, Grey y Anastasia, y Giselle y... ¿cómo se llamaba?

—Pablo.

—Eso. Y Pablo.

—Está aquí. —La cara de Giselle se ensombrece de repente.

—¿Quién? —pregunto preocupada.

—Está aquí, pero me dijo que había salido de viaje.

Miro entre la gente y, a lo lejos, distingo a un hombre alto vestido con camisa oscura, que se parece muchísimo al de la foto que nos enseñó Giselle el otro día.

—Vaya, parece él.

—Es él —afirma Giselle.

—Y no está solo —apostilla Ámbar con retintín—. ¡Qué cabronazo!

Efectivamente, una preciosa rubia de piernas kilométricas lo acompaña. En ese momento se besan. Giselle se levanta como un resorte y vuelca su mojito sin darse cuenta.

—Oh, oh —continúa Ámbar—, creo que el camarero nos va a traer ya la segunda ronda...

—Por favor, Ámbar, deja ya de pensar en follar —le reprocho.

Giselle se aleja en dirección a su novio. Intercambian una retahíla de palabras que no somos capaces de oír y vuelve airada. Recoge su bolso y lanza un billete de diez euros sobre la mesa. Después mira a Ámbar con una agresividad insólita y le grita:

—¡De esto ni una palabra en tu libro!

Y se marcha zigzagueando entre la gente.

—¿Crees que debería ponerlo? —me pregunta.

—¡No! Por supuesto que no.

—Vale. ¿Pedimos otra ronda? —parece animada.

—No. Y que te quede claro que esta noche no folla nadie. Así que deja en paz al camarero.

Al final fuimos a buscar a Giselle y terminamos las tres borrachas en un bar gay. Fue lo único que se me ocurrió para que Ámbar no ligara.

A cambio de la borrachera, hoy me duele la cabeza. Tenemos que volver a quedar sí o sí solo los viernes.

He ido a la oficina y he atendido, sin ganas, las citas que tenía concertadas. Creo que me estoy obsesionando con el trabajo de detective privada. La verdad es que, a pesar de los seguimientos y las largas esperas, el trabajo de campo es mucho más enriquecedor que pasarte la vida encerrada en una oficina. Y a pesar del mal comienzo que tuve con Toni, ahora pienso que he sido muy afortunada al dar con él. Sin su ayuda nunca habría llegado tan lejos en este caso.

Sobre la una del mediodía Toni pasa a recogerme. Conduce rápidamente y no entiendo por qué, tampoco tenemos tanta prisa. Entonces, observo que se dirige en dirección contraria al puerto.

—¿Adónde vas?

—Es que me acaba de llamar una clienta *pa'* un servicio de taxi.

—A ver si van a cerrar las oficinas del puerto.

—No te preocupes, va a ser un momento *na'* más.

Enseguida llegamos al centro comercial donde está el multicine. La clienta sube en el asiento de atrás y Toni arranca veloz hacia el aeropuerto, que está cerca de Las Salinas. En fin, por suerte Ibiza es una isla pequeña, fuera de temporada, se tarda menos de media hora en recorrerla en coche de punta a punta. Tengo que tener paciencia con él, al fin y al cabo, yo no le pago nada y tiene que ganarse la vida.

Toni cuenta un par de chistes para amenizar el trayecto y la mujer se ríe encantada. La dejamos en la terminal de salidas y conduce raudo de vuelta al centro. Coge la salida del puerto y se dirige al muelle pesquero, donde se encuentran los edificios administrativos. Por lo visto, la autoridad portuaria de Baleares está centralizada en Mallorca, pero aquí tiene la sede la sociedad de estibadores del puerto de Eivissa.

Entramos en el edificio y nos encontramos con un funcionario leyendo el periódico por internet. Pasados unos segundos (supongo que el tiempo que le cuesta acabar de leer la noticia) se gira hacia nosotros.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Verá —pongo mi mejor sonrisa—, necesitamos información sobre un contenedor que llegará a este puerto.

—¿Qué clase de información? —pregunta el hombre con desconfianza.

—Cuándo llegará, a qué muelle, cuál es su contenido...

—¿Son ustedes policías?

—No, pero...

—Entonces no puedo darles la información que me piden.

—Pero...

—Lo siento. —Y se da la vuelta para seguir leyendo el periódico.

Yo me dirijo a la salida, Toni me sigue y me sujeta del brazo.

—¿Te vas a dar por vencida tan fácilmente? —me susurra.

—¿Y qué quieres que haga?

—Escucha bien, que esta sí que tiene eses: si no enseñas escote, tendrás que enseñar pasta. —Y extiende la mano hacia mí—. ¿Llevas cien euros?

—¿Lo vas a sobornar?

—Tiene pinta de hetero, ¿otra opción?

Le entrego dos billetes de cincuenta. Toni vuelve a acercarse al funcionario mientras yo observo desde la puerta. Hablan y parece que se entienden bien. Toni le ofrece un billete de cincuenta, pero el otro niega con la cabeza. Toni saca otro billete de veinte y levanta las manos como si fuera todo lo que llevara encima.

El otro lo coge con gesto de resignación. Creo que me ha vuelto a tangar treinta euros, aunque, por lo menos, me ha resuelto el problema. En fin, se supone que son gastos de la investigación que paga mi clienta.

Toni me hace un gesto para que me acerque.

—Dale la referencia.

Le entrego un papel con la información del contenedor y el funcionario se sienta frente al ordenador y abre lo que parece una base de datos. Al poco saca un papel por la impresora y nos lo entrega.

—El contenedor en cuestión transporta una carga de pescado con origen en Rusia. Ahora mismo se encuentra en el puerto de Valencia. Llegará aquí en un *ferry* mañana a las siete horas, en el pantalán norte de Botafoc.

—¿El pantalán norte? —pregunto confundida.

El tipo me entrega un mapa del puerto.

—Ahí tiene toda la información.

Y se gira de nuevo para volver a leer el periódico. Nosotros salimos a la calle.

—Cuatrocientos mil euros por un contenedor de pescado procedente de Rusia —repito sorprendida—. El pescado sale un poco caro, ¿no te parece?

—Con el buen *pescao* fresco que tenemos aquí. —Toni señala los *llaüts* que se encuentran en el puerto.

—Pues sí, no tiene mucho sentido, ¿verdad?

—Pues no.

—Si lo adquiere para el hotel —continúo, intentando encontrar una explicación a lo que hemos descubierto—, ¿por qué lo compra a una particular, firman un contrato privado y lo paga en negro? No tiene sentido.

—Aquí huele a *podrío* —afirma Toni, y creo que tiene razón.

—A no ser que se trate de caviar de beluga —pienso en voz alta—. Al fin y al cabo los hoteles que gestiona el tipo son todos de lujo.

—¿Y entonces por qué pone *pescao* y no caviar?

—No lo sé. Igual el pescado es la excusa para traer caviar de contrabando.

—Puede ser. Pero eso no tiene *na'* que ver con que le ponga los cuernos a su señora, ¿no? Salvo que, en vez de cuernos, le ponga escamas.

Y se echa a reír de su propia broma.

—No —apunto—, creo que los tiros no van por ahí. Pero a las alturas que estamos tenemos que terminar de investigarlo. Me siento más Thelma que nunca.

Toni me mira sin comprender.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Pedro nada más entrar en mi apartamento.

Trae cara de circunstancias. Me temo que las consecuencias de la llamada de ayer acaban de atravesar el umbral de mi casa.

—Nada —miento.

—Mary Kate estaba furiosa.

Cierro la puerta y Pedro me sigue hasta la cocina.

—¿Y cuándo no lo está? ¿No te quitas los zapatos? —le pregunto.

—¿Quieres contestarme?

—¿Qué ha pasado con eso de: «Mi hogar estará allí donde pueda quitarme los zapatos»? —Abro la nevera en busca de un poco de queso.

—Por favor, Rose, ¿puedes contestarme?

—Tu ex me llamó para increparme. —Me giro—. Eso es lo que pasó.

—La llamaste quinqui de barrio pijo.

—¿Y qué? Tú la llamas cosas peores —le amenazo con el queso en la mano.

—Pero no a la cara.

—En realidad, lo hice por teléfono. Pero qué más da.

—Sí que da, puedo tener problemas con ella cada vez que quiera salir contigo y con las niñas.

—Pues a lo mejor ha llegado el momento de que te enfrentes a ella, el momento de dejarle las cosas claras de una vez.

—Eso supondría declarar la guerra abiertamente. Estás loca, las que más sufrirían serían las niñas.

—En eso tienes razón.

—Pues claro que tengo razón, algunas veces creo que sueltas lo primero que te pasa por la cabeza sin pensar.

—Está bien, lo siento. —Dejo el queso sobre la encimera—. Estoy un poco desquiciada últimamente.

—Deberías centrarte un poco.

—¿Quieres decir que deje mi trabajo?

—¡No! Solo el de detective.

—No quiero dejarlo.

—¿Y cómo piensas en tener hijos si no te queda tiempo ni para pensar?

—Ese ha sido un golpe bajo.

Cojo un plato con el queso y el pan y me dirijo a la sala. Pedro me sigue como un perrillo que ha olisqueado un hueso.

—Lo siento, pero es verdad —insiste.

Dejo el plato sobre el mantel que he dispuesto en la mesa baja y nos sentamos en los sillones.

—Estoy en un periodo de transición.

—¿De transición hacia dónde?

—Pues hacia todo. En mi trabajo y en mi vida personal. Tengo la crisis de los cuarenta.

—¿La crisis de los cuarenta?

—Por si no te acuerdas hace poco fue mi cumpleaños. Ah, claro, tú no pudiste venir porque tu ex te había liado otra vez. Sí, la crisis de los cuarenta —continúo—: A la gente le da por comprarse una moto, por escribir libros o plantar árboles.

—O tener hijos.

—Sí, aunque lo normal a los cuarenta es haberlos tenido ya.

—He estado pensando en ello.

—Ajá —abro mucho los ojos.

De esta respuesta depende el futuro de nuestra relación. O eso creo.

—No es el momento, Rose, ahora no. Mis hijas están en una edad en la que requieren mucha atención. No creo que pudiera compaginarlo con la crianza de un bebé.

—Pues te aviso de que no voy a esperar a que tengan treinta años y se vayan de casa.

—Sé que no puedo pedirte que me esperes, pero también sé que yo no puedo acompañarte en ese viaje. A mí me gusta la relación que tenemos, me gusta quedar contigo, nunca me había sentido tan bien con nadie. Y me dolería en el alma perderte.

Me mira con unos ojos desvalidos que me conmueven. Creo de verdad en sus palabras, ¿quizás esté siendo una ingenua?

—De acuerdo, Pedro, pero ahora soy yo la que necesita tiempo para pensar.

—Me dijiste que era solo una posibilidad.

—Eso te dije —medito en voz alta—. En realidad siempre me había imaginado teniendo una familia numerosa, lo de ser hija única es muy aburrido. Pero el tiempo ha ido pasando sin que yo fuera consciente de que ser madre tiene fecha de caducidad. Y ahora no sé qué decisión tomar. Si quiero tener hijos es el momento, pero tampoco quiero hacer algo de lo que podría arrepentirme más adelante. Necesito tiempo para reflexionar.

—De acuerdo. —Pedro se levanta—. Tómate tu tiempo, pero recuerda que te amo.

Sale de mi casa.

Dice que me ama. Sin embargo, ¿qué es el amor? ¿Acaso no requiere una parte de sacrificio hacia la otra persona?

Me devuelvo la pregunta. ¿Debería de ser yo la que se sacrificara por Pedro?

31

—Han llegado los resultados de la prueba de ADN —informo a Toni, mientras conduce en dirección al puerto.

—¿Y? —me mira interesado.

—Adivina.

—Es su hijo —asegura él, convencido.

—Según la prueba —continúo yo, dándole un poco de emoción—, la probabilidad de que sea su padre es, ni más ni menos, que del cero por ciento.

—Y hago un roscó con el índice y el pulgar de mi mano derecha para reafirmar la cifra.

—¿Entonces no es su padre?

—No, ni padre ni familiar de ningún tipo. A no ser que las muestras de ADN que enviamos no fueran correctas.

—Pero el vaso lo cogimos nosotros mismos. Bueno —rectifica—, yo mismo, porque tú...

—Sí, y el pelo me lo entregó su mujer, que es la primera interesada en saber la verdad, por lo que no creo que me haya engañado.

—¡Pijo! —exclama Toni, y golpea el volante con la palma de la mano, levantando los dedos hacia atrás con su habitual gesto amanerado—. Pues entonces vas a tener tú razón y se va a tratar de contrabando de caviar.

—Bueno, eso es lo que tenemos que averiguar ahora.

Toni aparca frente al pantalán norte, que se encuentra casi al final del puerto, pasada la zona deportiva de Botafoch.

El *ferry* llega casi puntual y atraca frente a nosotros. De repente, me surge una duda.

—¿Cómo van a descargar el contenedor?

—Pues no sé. —Toni se encoge de hombros—. Con una grúa, supongo.

—En este puerto no hay grúas de carga como en otros más grandes, tiene pinta de que no debe de haber una gran actividad comercial.

—Pues vamos a ver.

Se abre una gran compuerta en la popa del *ferry*, que cae sobre el cantil del puerto formando una rampa. A través de ella sale un camión cargado con un contenedor y detrás de él desfilan los coches.

—Misterio resuelto —sonríó—. No hay grúas porque el contenedor viaja con camión y todo.

—¿Será ese el nuestro?

—Debe de ser. No parece que vengan más contenedores.

El camionero firma unos papeles que le entrega un operario del puerto y atraviesa la valla en dirección a la ciudad. Toni arranca y lo sigue a cierta distancia. Pasado el puerto deportivo, el camión gira a la derecha y se dirige a las afueras de la ciudad.

—¿Adónde crees que irá? —pregunta Toni.

—Ni idea, pero vamos a averiguarlo.

Continúa por la carretera que bordea toda la playa de Talamanca, pasa cerca del complejo de Pachá Resort y sigue por una vía estrecha hasta otro complejo que se eleva sobre un acantilado en la Cala Roja. Hay una zona de aparcamiento en la parte delantera, pero el camión no se detiene, se dirige a uno de los laterales del complejo. Observamos que entra por una puerta que parece dar acceso a un patio interior. La puerta se cierra tras él. Toni se detiene en el aparcamiento y estudiamos el lugar con curiosidad. Tras una valla de forja, se abre un amplio jardín que conduce al edificio principal, de dos plantas, que anuncia su nombre con luces de neón: «Cala Roja Vip Club». A la derecha del edificio hay una piscina en la que se bañan muchachas de cuerpos espectaculares con biquinis minúsculos, algunas incluso en *topless*. Desde la barra del bar, las observan varios hombres bien vestidos, mientras se toman un cóctel. Parecen depredadores esperando el momento adecuado para atacar. Otros están sentados en una hamaca, hablando con alguna chica.

—¿Un prostíbulo? —me sorprende.

—Eso parece —confirma Toni.

—Esta investigación no hace más que desconcertarme.

En ese momento vemos llegar un todoterreno negro que aparca a poca distancia de nosotros. Le doy un golpe a Toni y nos agachamos. Es el marido de mi clienta. Lo vemos entrar en el complejo, donde saluda a algunas chicas. Se ríe, parece feliz. Al poco, se dirige al edificio principal.

—¿Crees que viene a comprobar el cargamento? —pregunto, mientras mi cerebro funciona a toda velocidad intentando atar cabos.

—Eso parece, pero no creo que se trate de *pescao*.

—Yo tampoco —acuerdo con él—, ni caviar.

—No, ni *caviá*.

De repente, me siento un poco mareada. Este caso está tomando un cariz demasiado serio. Creo que se me están revolviendo las tripas.

Al cabo de una hora, el marido sale con cuatro chicas. Saco fotos hasta que se suben al coche. Arranca y nosotros los seguimos. Se dirige a la ciudad y se detiene ante otro club bastante estiloso en Talamanca. Entra con las chicas y al rato sale con otras cuatro distintas. Vuelve al coche, y esta vez coge la E-10 para bordear la ciudad hasta la playa d'en Bossa. Allí entra con las chicas en otro club mucho más discreto que ocupa la planta baja de un edificio.

—¿Qué crees que está haciendo? —le pregunto a Toni.

—Redistribuir a las chicas.

—¿Las cambian de sitio para que los clientes no se aburran? —me sorprende.

—O *pa'* que no se enamoren. Hay casos de todo.

—Creo que ya hemos visto bastante. —Miro a Toni, me interesa mucho su opinión—. ¿Tú qué piensas?

—Pues que sí, que hemos visto bastante. Parece claro que además de una red de hoteles gestiona otra de puticlubs.

—Eso parece, sí, pero todo esto es muy fuerte. No se lo puedo contar a mi clienta sin estar seguros al cien por cien.

—Has sacado fotos de todo, ¿no?

—Sí, pero puede ser un simple trabajador que se encarga de llevar a las chicas de un sitio a otro. O puede ser que esté haciendo un favor a un amigo.

—Eso no te lo crees ni tú —me rebate él—. ¿Y qué pasa entonces con el contenedor? Él pagó cuatrocientos mil pavos por esa carga. ¿Aún crees que era caviar?

—No, pero podría ser alcohol o droga.

—¿Y por qué ha redistribuido a las chicas justo hoy? ¿No es evidente, pijo?

—Sí, pero necesito pruebas. No me puedo basar en conjeturas. Tenemos que saber a ciencia cierta qué había en ese contenedor.

Me siento saturada por todo lo que está pasando en mi vida. Amor, amistad, trabajo... Mis pensamientos dan vueltas sin sentido en mi cabeza. Cuando me siento desbordada me gusta ir a caminar junto al mar. Me recuerda a los paseos que daba con Alex, y es una forma de sentirme cerca de él. Me tranquiliza. Él me tranquilizaba.

La brisa acaricia mi rostro y cierro los ojos. Entonces mi móvil comienza a sonar. Miro el número, si es Mary Kate, esta vez no me va a sorprender. Parece una llamada desde una centralita.

—¿Sí? —respondo intrigada.

—¿Rose Black? —La voz profunda y bien modulada llega hasta mis gónadas. Bueno, por si no sabes mucho de estos temas, hasta mis ovarios. Vamos, una voz que me pone.

—Sí, soy yo.

—Inspector Marc Lobo, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Sí, claro.

—No la oigo muy bien.

—Ah, es que estoy en el paseo marítimo.

Me siento en un banco y pongo mi mano delante del móvil para tapar el viento.

—¿Mejor ahora?

—Sí, supongo.

—Bien, es acerca del caso de Alexander.

—En veinte minutos estoy en la comisaría.

Le cuelgo y echo a correr como una descosida. Podría coger un taxi, pero me siento tan nerviosa que necesito quemar adrenalina. Por suerte, llevo ropa cómoda: vaqueros, camiseta y zapatillas de deporte.

La carrera me sienta muy bien, consigo despejar mi mente, pero llego a la comisaría despeinada y chorreando sudor. Voy a preguntar por un baño cuando el inspector Lobo aparece ante mí. Observa mi aspecto con sorpresa.

—Acompáñeme —me ordena, y yo lo sigo hasta su despacho. Se detiene antes de entrar—. Ahí tiene un aseo si necesita arreglarse un poco.

—Sí, vale —acepto—, creo que pasaré un momento.

—El que necesite.

Me lavo la cara y me la seco con papel. Después extraigo el pequeño neceser que llevo siempre en el bolso y me cepillo el pelo. Meto la camiseta por dentro del pantalón y me aplico un poco de pintalabios. Devuelvo el neceser al bolso y me miro. Suspiro. Demasiadas emociones.

No quiero esperar más, necesito saber qué es lo que tiene que contarme.

—Bueno, usted dirá.

Me indica que me siente frente a él. Su despacho es horrible, con muebles desparejados que habrán pasado por otros antes que este y que ahora mezclan colores, tamaños y utilidades sin ningún concierto. Más bien parece una tienda de muebles baratos de segunda mano.

Observo al inspector por encima de la mesa.

—En realidad quería comentarle un par de cosas. En primer lugar, mis disculpas por lo ocurrido en el encuentro del otro día.

—Gracias, acepto las disculpas. ¿Y la segunda? —Me muestro ansiosa.

—Bueno, esperaba que usted también se disculpara.

—¿Yo?

—Fue un poco ofensiva.

—Ajá, inspector Lobo, entiendo que sus disculpas no eran del todo honestas. Pero igualmente las acepto. ¿Cuál era la segunda cosa que quería decirme?

—¿Sabe? Es usted testaruda y arrogante. Creo que nos llevaremos bien.

—Yo opino lo contrario.

—Solo quería ser amable con usted. Si el otro día fui un poco seco fue porque estoy acostumbrado a tratar con todo tipo de gente de la calle, gente que solo respeta a quien teme. ¿Comprende?

—¿Intentaba intimidarme?

—Lo único que intentaba era dejar las cosas claras desde el principio, para no perder el tiempo ni hacérselo perder a usted.

—¿Y ahora ha cambiado algo?

—Puede. —Me mira y sonrío por primera vez desde que lo conozco, esperando.

—Está bien —claudico—, quizás yo también fui un poco hiriente con usted. Pero no sé a qué viene esto ahora, la verdad, después usted me ayudó con la información que le pedí, así que pensé que ya estaba olvidado.

—Acepto sus disculpas.

—Y bien, inspector Lobo, después de este absurdo preámbulo, ¿cuáles son las nuevas noticias?

—En realidad no hay nuevas noticias.

—Pero usted... —Me remuevo en mi asiento, incómoda. ¿Me está tomando el pelo?

—He estado estudiando la información del caso. —Su tono es tranquilo, como si estuviera contando un cuento a un niño—. Hay transcripciones de las entrevistas que se realizaron a las personas allegadas, un listado de las actividades que Alexander llevó a cabo en los días previos a su desaparición... En fin, no le voy a negar que las probabilidades de llegar a saber lo que pasó son mínimas.

—Eso ya me lo dijo Emilio. ¿No irá a archivar el caso?

—Eso depende en gran medida de su respuesta.

—Está bien. Adelante —le apremio.

—Alexander Williams de veintitrés años de edad desapareció el lunes 13 de julio de 1998 sin dejar rastro. No tenía enemigos, al menos que nosotros sepamos...

—No los tenía.

—Se llevó su documentación... Todo parece indicar que él quiso desaparecer.

—Eso no tiene sentido —recuerdo, emocionada—. Habíamos quedado esa misma noche para cenar. Me dijo que tenía algo muy importante que decirme, pero no apareció.

—La he hecho venir para corroborar una cuestión en concreto. —Se apoya sobre la mesa. Tiene una forma de moverse precisa y elegante, que desprende seguridad—. Hay un recibo de la tarjeta de crédito de Alexander con fecha del 1 de julio por la compra de material deportivo. He encontrado la factura correspondiente y se trata de material de escalada: arnés, cuerdas, casco, pies de gato...

—No sabía que Alex tuviera interés en la escalada —me sorprendo.

—Aunque no es uno de los deportes más populares, hay varias escuelas, clubs y rocódromos diseminados por la isla. He preguntado en las que siguen funcionando a día de hoy y he localizado a los gerentes de las que ya han desaparecido. Nadie ha podido confirmar que Alexander se hubiera apuntado a alguna de ellas. Aunque hay que tener en cuenta que han pasado veinte años, claro.

—Quizás fuera un regalo para un amigo —aventuro.

—Se gastó cien mil pesetas de la época. Unos seiscientos euros. Sería un muy buen amigo.

—¡Vaya! —La verdad es que es raro—. Que yo sepa, Alex y sus amigos eran aficionados a los deportes acuáticos, ya sabe, *windsurf*, submarinismo, esquí...

—Entre los movimientos de su tarjeta también hemos encontrado la compra de dos billetes a Irlanda, aunque la fecha del viaje es posterior a la de su desaparición y, por lo tanto, nunca llegaron a utilizarse. ¿Sabe si el objetivo de este viaje estaba relacionado con la escalada?

—Íbamos a viajar a Irlanda juntos para visitar a mi padre, que vive allí. En ningún momento me comentó nada de practicar escalada.

—De acuerdo. —Parece satisfecho con mi respuesta y se echa hacia atrás en su asiento—. Muchas gracias por su ayuda, señora Black.

—¿Ya está?

—Bueno, esa era la pregunta que quería hacerle.

Medito unos segundos.

—¿Piensa que Alex pudo ir a escalar a algún sitio y murió?

—Aún no lo sé. He hablado con la madre de Alexander y el material de escalada no estaba entre sus pertenencias cuando desapareció.

—¿Quiere decir que se lo llevó con él?

—Es lo más probable.

—Pero, si hubiera muerto en la isla, habrían encontrado su cuerpo, la isla no es tan grande.

—Puede que cayera al mar y desapareciera y también puede que saliera de la isla —responde evasivo.

—Si hubiera salido de Ibiza habría algún registro de la compra de billetes.

—Si hubiera salido en avión o en *ferry*, sí. Pero podría haber salido en el barco de algún amigo o amiga. De todas formas, todo esto son solo conjeturas.

—¿Insinúa que Alex se fugó con un amigo o quizás con otra novia?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿qué quiere decir?

—Por el momento, seguimos pensando que fue una desaparición voluntaria.

—Ya. ¿Me quiere hacer creer que se largó con otra mujer, quizás una aventurera que le introdujo en una nueva modalidad de sexo que se practica con arneses, cuerdas y pies de gato? —Estoy a punto de llorar, me siento ridícula.

—Tranquilícese, por favor. —Me mira serio, aunque con cierta ternura—. Yo no he querido insinuar nada, porque aún no tengo suficiente información para sacar conclusiones. Lo que sí puedo decirle, y creo que es una buena noticia, es que se abre una nueva vía de investigación para averiguar qué ocurrió aquel 13 de julio.

—¡Deje de decir ese número!

Suena mi móvil. Lo saco del bolso y veo que es Pedro. Lo silencio y lo devuelvo a las entrañas oscuras y peludas de mi «cesta de la compra». Estoy molesta con Pedro. Estoy molesta con el inspector Marc Lobo, estoy molesta con Emilio, estoy molesta con Alex y estoy molesta conmigo misma.

—Lo siento —me enjugo las lágrimas con el reverso de la mano—, tengo que irme. —Nos ponemos en pie—. Gracias por todo, inspector. Le agradezco su tiempo y su interés.

—Es mi trabajo, señora Black. Aunque no lo crea, me hice policía porque creo en la justicia y porque quiero ayudar a los demás.

—Gracias, inspector. —Me giro para irme.

—Creo que usted y yo nos parecemos —continúa él.

—Puede que ambos seamos unos idealistas.

—Y por lo tanto unos fracasados —concluye.

Me detengo un momento en el quicio de la puerta, pensando en sus palabras.

—Estoy de acuerdo, inspector. En este mundo no hay lugar para utopías.

Salgo de la comisaría llorando, hecha un mar de dudas. Me siento fatal por la conversación que hemos mantenido, me siento fatal por las nuevas posibilidades que se abren ante mí.

¿Y si es cierto que Alex se fugó, que desapareció voluntariamente?

¿Y si la persona a la que he estado añorando y llorando durante veinte años no existiera?

—¿Xesca? —me pregunta Ámbar cuando llego a nuestro privado en la terraza del Sugar.

—No puede venir. Extraescolares.

—Venga ya, los viernes por la noche no hay extraescolares.

—Te sorprenderías.

—Esos niños van a necesitar un terapeuta antes de llegar a los ocho.

—La que va a necesitar terapia es Xesca —puntualizo yo.

—Eso también. Por cierto, hablando de terapias...

Giselle aparece a mi lado. Durante estos días hemos intercambiado algún WhatsApp, pero he estado tan liada que ni siquiera hemos hablado. Me siento fatal por no haber ejercido de buena amiga cuando ella más lo necesitaba.

—Giselle, cariño, ¿cómo estás?

—Oh, bien.

La verdad es que tiene buen aspecto. Nos sentamos junto a Ámbar.

—¿Le diste ya un buen puñetazo a ese tío? —Ámbar acompaña sus palabras con el gesto de un rechazo.

—Pues no.

—¿Entonces...? —comento para que siga hablando.

—Es que folla muy bien —suelta y se queda tan tranquila.

—¿Cómo que folla muy bien? —exclamo.

—Bienvenida a mi club, querida —sonríe Ámbar—. Oh, necesito un trago.

—Tú lo que quieres es ver al camarero —la increpo.

—Llegas tarde, querida —se ríe—. Me temo que la paciencia no es una de mis virtudes.

—¿En serio? —Ahora sí que me ha noqueado—. ¿Te has tirado ya al pobre camarero? Habrá sido una violación. —Yo también me río, un poco asustada.

—Venga, Rose, no seas mojigata —interviene Giselle.

Me giro hacia ella.

—Pero bueno, ¿dónde está la Giselle que yo conozco? ¿En serio sigues con él? ¡Si te fue infiel!

—El compromiso está sobrevalorado —sentencia.

—Te otorgo el puesto de honor en mi club —apunta Ámbar, contenta.

—¡No está sobrevalorado! No puedes confiar en él.

—Pero puede follar con él —remacha Ámbar, en su línea.

Entonces aparece un chico alto y moreno, muy atractivo, enmarcado por las plantas que hay alrededor de nuestro reservado, un tipo de aspecto fogoso y salvaje, como un Tarzán urbanita.

—Hola —saluda con una sonrisa.

Me vuelvo hacia Ámbar y le susurro.

—¿Has quedado con alguien?

—Hola, Cris. —Para mi sorpresa es Giselle la que responde—. Chicas, un amigo. Ellas son Ámbar y Rose.

—Hola —respondemos como dos tontas. No sé qué está pasando.

—Cris, por favor, ¿me pides un bloody mary?

—Claro. ¿Queréis algo, chicas?

—Dos mojitos.

Se aleja con seguridad camino de la barra.

—¿Quién es? —se interesa Ámbar con picardía.

—Mi chico.

—Ah, qué susto, pensaba que seguías con Pablo. —Suspiro aliviada—. Me alegro de que lo hayas superado tan rápido. A pastel muerto, pastel puesto —exclamo, y pienso en el *fondant*.

—Sigo con Pablo.

—¿Qué? —No entiendo nada—. Pero si acabas de decir que estás con Cris...

—Estoy con los dos, Rose.

—Pero...

—Y en un par de días también con Claus.

—¡Esa es mi chica! —Ámbar eleva la mano y las chocan en un gesto tremendamente vulgar.

Yo aún no me creo lo que estoy oyendo.

—¿Desde cuándo tomas bloody mary? —Es lo único que acierto a preguntar.

—De vez en cuando hay que probar cosas nuevas, Rose.

—¿Y desde cuándo quedamos con chicos en el Sugar? —Señalo a Cris, que aún está en la barra.

—Vamos, querida —interviene Ámbar—, Giselle tiene la agenda muy ocupada. ¿Prefieres quedar con ella, aunque sea acompañada, o no verla?

—Creo que esas reuniones que habéis mantenido para hablar sobre el amor han surtido justo el efecto contrario. ¿Qué ha pasado con Giselle, la que cree en el amor romántico y en las relaciones para toda la vida? Ahora vas a tener que contratar a una secretaria para que le lleve la agenda de repostería.

—Aquí tienes. —Cris llega en ese momento—. Ahora viene el camarero con vuestros mojitos. Se ha empeñado en traerlos él mismo.

Puedo sentir la sonrisa de Ámbar, aunque no sé si sonríe por lo del camarero o por haber abducido a Giselle.

Aún sigo molesta con Pedro, así que no he contestado a sus llamadas y, aunque es sábado por la noche, he quedado con Toni para continuar con la investigación. Acabamos de llegar al aparcamiento del Cala Roja Vip Club. El lugar se encuentra apartado y se accede a él a través de un camino de grava mal asfaltado. Parece un pequeño oasis con su piscina y su edificio elegante. Apenas se halla mínimamente vallado, cosa que me sorprende, porque está al alcance de mirones. Claro que tampoco nadie vendría hasta aquí salvo que tenga intención de entrar. Dos gorilas flanquean el acceso y resultan disuasorios para cualquiera que busque problemas. Para cualquiera menos para nosotros.

—Tienes que pasar tú —le pido, más como una súplica que como una orden.

—¿Yo? Estás loca.

—Yo cantaré demasiado.

—Y mi pluma va a cantar por bulerías.

—¡Venga ya! Tú puedes controlar tu pluma y parecer un *heterazo*. Lo que pasa es que te gusta mucho interpretar tu papel, que a mí no me engañas.

—¿Estás insinuando que no soy gay?

—No —respondo con un tono de disculpa—, solo digo que si quieres, puedes hacer que no se note.

—Está bien —acepta al fin y alarga la mano hacia mí—. Tendrás que darme pasta *pa'* las copas. —Le doy cincuenta euros, pero él sigue con la mano extendida—. Y *pa'* las putas.

—¡Ja! —me río—. Estás de coña, ¿no? No se te va a poner dura. Y eso no puedo incluirlo en el listado de gastos.

Ahora se pone serio, casi indignado o herido en su orgullo.

—Si tengo que interrogarlas tendré que llevarlas a la habitación *pa'* tener un poco de intimidad, ¿no crees?

Supongo que tiene razón. En fin, con Toni siempre tengo la sensación de que me está timando, pero le entrego cien euros más, el club no parece

precisamente barato.

Toni se baja del coche, y antes de cerrar la puerta, se gira hacia mí.

—¡Y que conste que no tengo ningún problema de erección!

Y cierra de un portazo. Observo cómo avanza hacia la entrada del garito, con la espalda recta y pose solemne, parece que se ha tomado en serio su papel de macho. Los seguratas lo dejan pasar. Se dirige a la zona de la piscina, se acerca a la barra y pide una copa. Mientras espera, observa a las chicas con una sonrisa en la cara. Con esa pose y esa mirada resulta un tipo atractivo. Siento un pinchazo en el estómago. De repente, me parece un desperdicio para las mujeres que sea gay.

Lo vigilo a través del objetivo de la cámara y hago fotos de todo. Una chica sale de la piscina y se acerca a él. Es rubia y muy atractiva. Luce un biquini compuesto por un tanga y una tira que sujeta dos triángulos minúsculos que no le tapan ni los pezones. Se ponen a hablar y Toni pide una copa para ella. Se ríen, parece que congenian bien. Cuando apuran la copa, ella lo coge de la mano y lo arrastra hacia el edificio principal, moviendo las caderas con toda la sensualidad de la que es capaz. Sin embargo, Toni mira a todos sitios menos a su culo perfecto. Entran en el edificio y yo me quedo sola, esperando. Me entretengo haciendo fotos de algunas chicas y clientes, a ver si encuentro a alguien conocido.

Al cabo de veinte minutos, Toni sale del edificio y viene hacia mí. Se sube al coche.

—¿Has cumplido como un campeón? —bromeo.

—Y tanto, como un campeón de verdad —se ríe.

—¿Quieres un cigarro? —continúo con la broma.

—Le he enseñado la foto del marido de tu clienta. —Toni se pone serio—. No ha querido hablar de él, pero me ha dado a entender que es uno de los jefes.

—¿Qué más?

—Me ha contado cosas *mu'* fuertes de su vida, Rose, y lo mejor de todo, es que la chica quiere dejar el club.

—¿Eso te ha dicho? —me muestro desconfiada—. ¿La primera chica con la que hablas y te cuenta toda su vida, incluido que quiere dejar esta mierda?

—He tenido suerte, pero también soy muy *prespicaz* cuando me lo propongo, pijo. He elegido a la más joven y, como esperaba, no hace mucho que trabaja aquí, por eso aún no está rota del todo. Pero no te preocupes, en un mes ya no quedará ni rastro de su inocencia, quizás en una semana.

—Está bien. ¿Qué más te ha contado?

—Dice que la trajeron engañada de su país, de Rusia, y que con mil euros podría comprar un billete *pa'* volver. Dice que ya no le queda familia, pero que, al menos, en su país podrá buscar un trabajo decente.

—Eso se lo contará a todos, Toni, ¿de verdad te lo has creído?

—Lo decía en serio —cruza dos dedos y se los besa—, lo juro por mis muertos. ¿Qué te crees, que no sé cuándo alguien se está quedando conmigo?

—No sé, Toni, ¿y qué quieres que hagamos?

—Pues ayudarla, ¿qué vamos a hacer si no? ¿Vamos a dejar que siga siendo una esclava?

—¿Te ha dicho algo del contenedor?

—Sí.

—¿Qué?

—¿Vas a ayudarla?

—Si te refieres a si le voy a dar mil euros, no, no se los voy a dar.

—Pues entonces no te puedo contar lo que me ha dicho. No voy a permitir que ella te ayude si tú no la ayudas.

Empiezo a ponerme un poco nerviosa. No sé si es cierto que la chica le ha dicho eso, pero aunque se lo hubiera dicho, no creo que sea verdad. Las prostitutas están aleccionadas para sacar a los clientes todo el dinero posible a base de mentiras y manipulaciones. Son supervivientes en un mundo tremendamente hostil.

—Si lo quiere dejar debería ir a la policía.

—Eso es una tontería. Estas chicas temen más a la pasma que a sus chulos. —Ahora es él el que me mira con tono suplicante—. Solo te pido mil pavos, Rose, tú tienes pasta y se lo puedes cargar a tu cliente.

Decido cortar el tema ya de una vez.

—¿Sabes lo que creo en realidad? —Me pongo muy seria, me siento indignada.

—¿Qué? —se sorprende él al ver mi reacción.

—Que estás intentando timarme otra vez. —Hago una pausa mientras estudio su cara. Él se mantiene serio—. Sí, eso es lo que creo. Creo que estás tratando de estafarme mil euros.

—¿Que yo estoy intentando qué? —se pone a gritar y golpea el volante, furioso—. ¿Lo estás diciendo en serio? Acho, pijo, lo que me faltaba escuchar. —Arranca el coche y sujeta el volante con fuerza—. Ya hemos terminado, ¿eh? Ahora sí que hasta aquí hemos llegado.

Sale marcha atrás y abandonamos el aparcamiento.

No dice nada más en todo el camino y yo tampoco lo hago. En algún momento pienso en disculparme, pero enseguida descarto la idea. Ya estoy cansada de que me tome el pelo, y una cosa es que me saque cincuenta euros y otra, que intente estafarme mil. Se acabó. Para mi asombro, aparca delante de mi casa, sabe dónde vivo.

—Estoy trabajando gratis para ti y encima me vienes con estas. Esto es increíble. Te lo voy a decir con todas las eses: baja de mi coche, pija *malfolá*.

Pedro me ha estado llamando desde que discutimos el otro día, pero yo no me he sentido con fuerzas para descolgar. Además, me siento enfadada, muy enfadada. No le importan nada mis sentimientos, él solo piensa en su comodidad. Le estoy hablando de autorrealización, no de cambiar el color de mi pelo.

Y, por otra parte, está lo del trabajo. No sé qué hacer. Me he metido en un buen lío. Parece más o menos claro que Manuel Gutiérrez no es infiel a su mujer (al menos con quien ella sospechaba) pero es un proxeneta y un mafioso. Y ahora, encima, me he quedado sin ayudante.

Hoy es domingo, pero están todos los comercios abiertos. Así que, a las diez de la mañana, me encuentro en una de esas tiendas de cosmética que parecen un supermercado, ¿sabes a cuáles me refiero? Las dependientas van maquilladas como puertas y varios focos proyectan una luz cegadora para resaltar las imperfecciones de la piel y convencerte así de que necesitas antimanchas, antiedad, antiojeras... o una capucha.

El caso es que hoy yo estoy convencida de que necesito todo eso, incluida la capucha. Cuando era joven, con veinte o treinta, no utilizaba ningún cosmético, pensaba que la edad (con las imperfecciones que acarrea) no pasaría por mi rostro ni por mi cuerpo. Pero los años pasan implacables y, te guste o no, dejan su surco en la piel, como las ruedas de un carro que recorren el mismo camino una y otra vez. Así que, como estoy muy enfadada con el mundo y me siento débil y vulnerable, he decidido someterme a algún tratamiento que anule la decadencia de mi naturaleza y me permita seguir siendo una hembra apetecible. Al menos, hasta que me quite la capa de potingues.

Estoy debatiéndome entre una loción regeneradora con rosa mosqueta de cincuenta pavos, o una crema facial de jojoba por ciento treinta. Ah, vaya, resulta que una es para el día y otra para la noche. Tendré que acarrear con las dos.

Suena mi teléfono. Es Pedro. Quiero pasar de él, pero mi dedo se rebela (supongo que será por la debilidad que siento hoy) y responde la llamada.

—Mira, Pedro, te pedí tiempo y no lo estás cumpliendo —susurro enfadada, para que nadie de la tienda me oiga—. Ahora mismo no tengo ganas de hablar contigo porque lo que diga va a ser muy desagradable, así que creo que debería colgarte.

—Rose... —Una voz infantil suena al otro lado.

—¿Sí? —pregunto con cautela.

—Soy Isabella.

—Isabella, cariño. No hagas caso a lo que he dicho antes, creía que se trataba de otra persona.

—¿De mi papá?

—No, qué va, otro Pedro.

—Te echamos de menos. Papá está triste. El otro día en el cine lo pasamos muy bien. Queremos ir al cine otra vez. Lo he hablado con Angela.

—Cariño, es que ahora mismo tengo mucho trabajo.

—Eso me ha dicho papá. —Se muestra desanimada—. ¿Os vais a separar?

—Pase lo que pase, yo te quiero mucho, y a Angela también.

—No queremos que os separéis. Nos gustas mucho como mamá, como segunda mamá. Vale que no eres nuestra mamá de verdad, pero te queremos como si lo fueras. Y no se lo digas a ella, creo que no le caes muy bien.

Sonrío.

—No se lo diré, cariño.

—Van a estrenar una peli de dibujos que queremos ver.

—De acuerdo. Tú díselo a papá y hablaremos para quedar.

—Vale. Gracias, Rose.

Y cuelga. Me quedo mirando los cosméticos que tengo delante. ¿En serio me iba a gastar casi doscientos euros en un par de potingues?

Debo de estar loca, ¿no crees?

No hay nada que rejuvenezca más que el cariño de un niño. Y tampoco hay nada que te haga sentir más feliz.

Quizás Pedro tenga razón. Quizás podamos tener lo mejor de ambos mundos. Disfrutar de nuestra intimidad e independencia y disfrutar de las niñas los ratos que estemos con ellas, como si fueran hijas de los dos.

Quizás tener hijos propios no sea tan importante.

No estoy dispuesta a pasar una tarde de domingo en casa, aburrida, sola, viendo la tele y comiéndome las uñas. Así que he decidido pasar de Toni, pasar de Pedro, pasar de Marc y de todo el mundo. Voy a coger el toro por los cuernos y voy a terminar el caso de una vez, yo solita.

He quedado con Giselle, que tiene una amiga esteticista que me ha ayudado a disfrazarme de hombre. ¿Te lo puedes creer? Con un poco de maquillaje (sobre todo para las cejas), una peluca de buena calidad, una barba y un traje, se podría decir que doy el pego.

Pasan las nueve de la noche cuando llego al aparcamiento del club en la Cala Roja. Me cuesta un poco respirar porque me han aplastado las tetas con una venda para que no se noten bajo la camisa masculina. Me siento como esas mujeres encorsetadas de las películas antiguas. Me miro en el retrovisor y me sorprende descubrir a un hombre en el espejo, un hombre con cierto aspecto afeminado y de apariencia mucho más joven que yo. Tiene gracia, como hombre no aparento más de treinta.

Bajo del coche y me dirijo al club, al bar de la piscina. Los seguratas no me han impedido el acceso. Llevo mi teléfono móvil en el bolsillo interior de la americana y me he descargado una aplicación para grabar audio en mp3. Quiero guardar todas las conversaciones y toda la información que pueda sacar.

Me siento en un taburete del bar y observo a las chicas. El camarero me pregunta qué quiero tomar. Pido una Coca-Cola. Una chica en bikini se acerca a mí y comienza a acariciarme la cara. Entonces veo salir de la piscina a la que estuvo con Toni. Me disculpo con la que tengo a mi lado, pero ella me echa mano al paquete en un último intento grosero y tosco de convencerme para que le haga caso. Rápidamente la retira, sorprendida, al no encontrar nada ahí abajo. Me echa una mirada de desconfianza y se aparta. Yo me asusto un poco, pero, sin pensarlo dos veces, me dirijo hacia la otra chica. Me pide que le invite a una copa, pero yo le digo que quiero ir directamente a la habitación. Le pregunto por las tarifas. Me dicta toda la retahíla de cosas que

puede hacer y el precio de cada una. Me quedo con el servicio de ochenta euros. Tengo media hora.

Entramos en el edificio principal y subimos al primer piso por una escalera de mármol de aspecto señorial. Toda la decoración es barroca y de buena calidad, de colores saturados, predominan el rojo y el verde.

Llegamos a una de las habitaciones.

—¿Me pagas *primerro*? —Extiende la mano hacia mí y yo le doy el dinero. Ella se sienta sobre la cama.

—¿Cómo *quierres* hacerlo? —Habla bastante bien español, aunque la fuerza de sus *erres* evidencia claramente su origen soviético.

—Lo que quiero no tiene que ver con el sexo —le indico, y me acomodo a su lado—. El otro día estuvo aquí un compañero mío hablando contigo. —Saco la foto del marido—. ¿Sabes quién es?

—Voy a llamar a *segurridad*.

—¡No, por favor!

—¿Quién *erres* y qué *quierres*?

—Yo solo quiero ayudar.

—¿Te disfrazas de hombre para entrar aquí y preguntar por el señor Manuel?

Supongo que mi voz me ha delatado. Me siento más desnuda y más ridícula que si llevara solo el escueto bikini que lucen las chicas.

—Mi amigo me dijo que necesitabas ayuda. He venido para ayudarte si tú me ayudas a mí.

—*Erres* una gilipollas. Si llamo a *segurridad* te *matarrán* y te *lanzarrán* al mar y jamás nadie *volverrá* a saber de ti.

—Puede. Pero entonces habrás perdido la única oportunidad real que has tenido de que alguien te ayude.

Me mira con desconfianza, pero parece que su expresión se relaja. Vuelvo a enseñarle la foto.

—Ya se lo dije a tu amigo, viene por aquí de vez en cuando, algunas veces trae chicas de otros clubs y se lleva de este. Creo que es uno de los jefes.

—¿Se acuesta con las chicas? —Aunque no creo que sea lo más importante después de lo que he descubierto, supongo que mi clienta querrá saberlo, y a mí me gustaría recuperar todo el dinero que estoy invirtiendo en la investigación.

—Que yo sepa no. Yo nunca lo he visto. Él es bueno con nosotras. Él no nos pega.

—Pero os tiene aquí esclavizadas.

—Si de verdad *quierres* ayudarme, necesito mil *eurros parra* comprar un billete.

—Aquí ganarás eso en un día —aventuro.

—¿Estás de broma? Me controlan todos los servicios que hago y todo lo que gano es *parra* pagar la deuda. Pago por las sábanas, las toallas, la ropa, el uso de la habitación, el viaje que hice *parra* venir a esta mierda de sitio, la comida que nos dan y hasta por los condones. Hago entre diez y doce servicios al día y solo me quedo con diez *eurros*. En unos meses habré muerto o me habré vuelto loca.

—¿Y qué pasa con tu familia? —Sé que normalmente las mafias controlan a las chicas amenazando a su familia en sus países de origen.

—Mi madre *murrió* al poco de venirme aquí —responde, apenada.

—Vaya, lo siento.

—Ya no hay nadie a quien puedan hacer daño si yo me escapo. Estoy a mil *miserrables eurros* de mi libertad. —Me lanza una mirada de súplica que me conmueve más de lo que ya lo hacen sus palabras.

Me imagino a aquella chica correteando por las calles de algún lugar pequeño y humilde de Rusia. La imagino soñando con huir de su país y labrarse un futuro mejor que trabajar en una terrible fábrica de aluminio o cuidar de un rebaño de ovejas a treinta grados bajo cero. Imagino a un chico joven y sin escrúpulos que se ha dejado caer por el pueblo, como por casualidad. Un chico guapo que le susurra las cosas que ella quiere oír: «Eres muy guapa», «Yo cuidaré de ti», «Te he encontrado trabajo», «Juntos vamos a viajar a España y allí podremos casarnos».

Imagino su primera decepción al llegar con él al puerto, al descubrir que no hay dos billetes de avión. Imagino su desconcierto cuando él la obliga a meterse en un contenedor, a viajar hacinada junto a otras chicas, mientras sus esperanzas de una vida mejor comienzan a desmoronarse. Imagino su primera paliza y el final definitivo de su sueño.

Ahora necesita mil euros para salir de esta cárcel. Lo que Toni me dijo era verdad. Me siento mal, como una estúpida y una desagradecida, por haber desconfiado de él.

—¿Y cómo tienes pensado escapar? Es una locura, no te van a dejar la puerta abierta ni a despedirte con pañuelos blancos. Necesitas algo más que dinero. Tienes que ir a la policía.

La chica gira la cabeza, molesta.

—No me fío de la policía. En mi país...

—Esto no es tu país. Conozco a un policía de confianza. Te prometo que te protegerá.

—¿Estás *segurra*? —Se muestra desvalida, desesperada, a punto de llorar.

—Sí, confío plenamente en él.

—No sé. —Se encoge de hombros—. Esto es horrible, no lo soporto más. Siento un escalofrío.

—¿Qué sabes de un contenedor que llegó hace unos días?

—Es donde traen a las chicas de Rusia. Yo vine en uno de esos *contenedores*. Me *prometierron* un billete de avión, un *marrido* y un empleo en España y no *cumplierron* ninguna de las tres cosas.

—Si estuvieras dispuesta a declarar en un juicio, podría conseguir que te metieran en un programa de protección.

—¿Qué es un programa de protección?

—La trata de mujeres es un delito muy grave. Si declaras para que puedan encerrar a los cabrones que dirigen todo esto, la policía te protegerá hasta que haya terminado el juicio. Después te buscarán un lugar donde vivir y un trabajo decente.

—¿En *serrío*? —La chica se sorprende y se muestra esperanzada—. ¿Podría quedarme en España de forma legal?

—Sí. Podrías empezar una nueva vida aquí. —La miro a los ojos—. ¿Cómo te llamas?

—Niurka.

—Yo soy Rose. ¿Estás dispuesta?

—Si me matan no *serrá* peor que esto. —Niurka estira la mano hacia mí—. *Esperro* que sea como dices. Estoy dispuesta. —Su apretón es firme.

Sabe que no solo se juega la vida, se juega una muerte terrible; los proxenetas del este tienen fama de disfrutar con la tortura. Yo también me la estoy jugando, pero ahora no es momento de dudar.

—Bien, Niurka. —Me muestro comedidamente feliz—. Le pasaré tus datos a la policía. ¿Tienes teléfono para poder contactar contigo?

—Sí —baja los ojos al suelo en una actitud desvalida que realmente me conmueve—, *perro* solo lo puedo usar por las mañanas, cuando estoy descansando. Si se *enterran* de que lo tengo me matan.

Ahora comprendo la insistencia de Toni. Esta chica realmente necesita ayuda y está dispuesta a lo que sea por salir de aquí. La observo con más detalle, no debe de contar con más de veinte años y es preciosa. Ha descubierto el lado terrible de la vida demasiado pronto. Solo espero que, si

salimos de esta, sea capaz de rehacerse, de construir de nuevo unos cimientos sobre los que poder ser feliz.

—De acuerdo.

Ella me escribe su número en un papel y nos damos un abrazo.

Abandonamos la habitación y bajamos las escaleras juntas. En la planta baja nos salen al paso dos tipos trajeados con aspecto de matones, no son los de la puerta. Uno de ellos mira a la chica.

—¿Nos disculpas un momento?

La chica se muestra asustada y se va corriendo en dirección a la piscina. Yo me quedo sola con ellos.

—¿Qué buscas aquí? —me pregunta uno.

—Lo que todos —intento poner voz grave y hablar poco.

El otro se acerca a mí, me coge la barba y me la arranca de un tirón.

—¡Ay! —exclamo, me ha hecho daño.

—¿Una mujer que busca mujeres vestida de hombre?

—¿Acaso no me pueden gustar las mujeres? —trato de parecer segura, pero estoy a punto de orinarme encima.

—Aquí no ofrecemos esa clase de servicios —dice el otro.

Me cogen cada uno de un brazo y me llevan fuera. Me arrastran por un lateral del complejo hasta la puerta del patio por donde vimos entrar al camión.

—¿Eres policía?

—No, ya os lo he dicho, solo quería pasar un buen rato y he pagado por el servicio. ¿Qué problema hay?

Uno de los tipos me sujeta los dos brazos en la espalda. El otro se pone enfrente. Me quita la peluca y me suelta el pelo.

—Estás bastante buena. Creo que vamos a hacerte un *casting* por si quieres trabajar aquí.

Elevo la pierna para pegarle una patada en los testículos, pero el tipo me la coge sin mucho esfuerzo y me suelta una bofetada. Después comienza a tirar de la pernera del pantalón para quitármelo. La tela se rompe. Yo comienzo a patear y a gritar con toda mi rabia, pero entre los dos me tienen completamente inmovilizada. Vuelve a tirar del pantalón y consigue bajármelo, dejando a la vista mis bragas. Tengo mucho miedo. Sé que me van a violar y después me matarán. Quizás encuentren mi cadáver al cabo del tiempo o quizás desaparezca para siempre, como Alex. Saber que voy a morir ahora es el sentimiento más terrible que he sufrido nunca.

En ese momento, escucho un golpe seco. El tipo que me sujeta las piernas se lleva una mano a la cabeza, la baja y se la mira. La lleva llena de sangre. Entonces se desploma en el suelo. Detrás de él se encuentra Toni con un bate de béisbol en las manos.

—¡Suéltala! —le ordena al otro con un tono que realmente me sorprende, porque por primera vez Toni parece agresivo de verdad.

El matón me empuja a un lado y caigo al suelo, aturdida. Lo primero que hago es subirme los pantalones. El tipo se pone en guardia para pelear, mientras Toni eleva el bate dispuesto a asestar un nuevo golpe.

—Vete de aquí si no quieres que *t'abra* la cabeza. —El rostro de Toni muestra rabia y odio, sus músculos tensos, preparados para la acción.

El otro eleva una mano y, sin decir nada, le hace un gesto para que se acerque. Toni no se lo piensa. Da un paso hacia él y batea con todas sus fuerzas en dirección a la cabeza. El matón echa el cuerpo hacia atrás y consigue esquivarlo, entonces lanza una patada contra la pierna de Toni, que acierta de lleno y lo tira al suelo. Toni intenta incorporarse y lanza el bate contra los pies de su adversario, pero el otro salta en el momento justo y lo pisa. Eleva la pierna y le asesta una tremenda patada a Toni en la boca, que cae de espaldas, sangrando. Parece que ha perdido el sentido, o casi, está muy aturdido. El tipo se acerca a él y comienza a pegarle puntapiés en el pecho y la cabeza. Toni intenta protegerse con los brazos, pero los golpes son tremendos. Lo va a matar. Tengo que hacer algo. Sin pensarlo dos veces, me arrastro por el suelo y cojo el bate. Me levanto con él en las manos, lo elevo en el aire y le atizo en la espalda. Pero en el fondo tengo miedo de matarlo o dejarlo inválido, no soy una asesina, así que creo que no le he dado suficientemente fuerte. El tipo se gira hacia mí frotándose las lumbares y sonriendo. Le pega una patada al bate que lo hace salir volando de mis manos. Entonces avanza hacia mí y me coge por el cuello. Me levanta en el aire y me estrella contra la pared. Me estoy ahogando, noto cómo presiona con todas sus fuerzas y no puedo respirar. El dolor del cuello es muy intenso, como si la tráquea estuviera a punto de partirse en mil pedazos. Muevo mis piernas con furia e intento darle en los testículos, pero tiene la cadera girada para protegerse. Empiezo a marearme, me estoy ahogando. Creo que esta es mi despedida. Llevo mi mano derecha al amuleto de Tanit y lo aprieto entre mis dedos. Entonces, con mi último aliento, me arranco el amuleto del cuello y lo estrello contra su cara con todas mis fuerzas. Debo de haberle hecho daño, porque el tipo suelta un grito, me libera de su garra y retrocede aullando. Yo inspiro todo el aire de una vez, y aunque estoy muy mareada salgo corriendo

y cojo el bate. Observo que el matón se gira hacia mí, con un ojo cerrado y las manos y la cara ensangrentadas. Viene a buscarme lleno de rabia, como una apisonadora. Yo sujeto el bate con todas mis fuerzas, esta vez no me voy a andar con tonterías, me estoy jugando la vida. El matón se abalanza sobre mí, dispuesto a cogerme otra vez por el cuello. Yo me agacho, y esta vez sí, bateo con todas mis fuerzas contra sus piernas. Nunca había escuchado el sonido de un hueso al romperse, es estremecedor. Su pierna se dobla como si fuera de mantequilla y cae al suelo, apretándose y gritando. Yo corro hacia Toni. Está consciente aunque muy mareado y magullado. Le ayudo a levantarse y Toni vomita. Observo que el matón intenta ponerse en pie, lo consigue y se dirige a nosotros saltando a la pata coja.

—¡Tenemos que irnos!

Me echo el brazo de Toni sobre los hombros y caminamos hacia el aparcamiento. Subimos en mi coche y salgo derrapando a toda velocidad.

—¿Me has estado siguiendo? —le pregunto a Toni, enfadada y agradecida al mismo tiempo.

—Pues claro —responde él con dificultad—, eres un desastre como detective, Rose, me imaginaba que la ibas a liar.

—Será mejor que no hables —le ordeno, mientras me dirijo a toda velocidad al hospital.

—Creo que esta vez *t'haré* caso. —Y se recuesta en el sillón con los ojos cerrados.

De repente, siento cierta admiración por este tipo vividor, buscavidas, estafador e impredecible. ¿Quién me iba a decir que se jugaría la vida por mí?

Lo miro de reojo y susurro desde lo más profundo de mi corazón.

—Gracias.

—De nada —responde con los ojos cerrados, sin moverse, y tras una pausa, concluye—: pija *malfollá*.

Aún estoy procesando todo lo que he vivido hoy. Jamás me había visto en una situación tan complicada y creo que no he estado a la altura de las circunstancias. Y lo peor de todo, he puesto en riesgo la vida de otras personas. Me siento como una porquería, una *spazzatura*, como diría Pedro.

He estado con Toni en el hospital hasta que han llegado sus amigos. Él no paraba de insistirme en que no había sido culpa mía y que bien está lo que bien acaba. Y que debería de follarse más, eso también, claro.

Estoy preocupada por la chica del club. ¿Habrá sufrido algún tipo de represalia?

Llego a casa y no tengo ánimo ni de meterme bajo la ducha, una ducha que necesito con urgencia. Me desplomo sobre el sillón y me echo a llorar. Llora y llora por el descontrol que me rodea, por las decisiones que he tomado sin meditar, porque tengo cuarenta años y mi vida no tiene nada que ver con la que soñaba de pequeña.

Fuera, la ciudad sigue como si no hubiera sucedido nada. Una noche tranquila, preámbulo de un lunes cualquiera.

Suena el timbre. No tengo ganas de ver a nadie y no me levanto del sillón. Suena el móvil. Ni siquiera lo saco del bolso.

Alguien golpea suavemente la puerta.

—Rose —es la voz de Pedro—. Abre, por favor. Abre, no me hagas esto. Sé que estás ahí, he visto la luz desde la calle.

Qué fastidio. Suspiro y, con un gran esfuerzo, me levanto del sillón y camino hacia la entrada. La cara de Pedro cambia en cuanto me ve.

—¿Qué te ha pasado?

Entra raudo y cierra la puerta. Me coge de los hombros mientras me examina.

—Rose, contesta.

—El trabajo se me ha ido un poco de las manos. Pero estoy bien.

—¿Estás bien? ¿Has ido al hospital?

—Vengo de allí. ¿Quieres tomar algo? —pregunto, como si estuviéramos en una fiesta.

—No, claro que no. Quiero que me cuentes lo que ha sucedido.

Me coge de la mano y me lleva hasta los sillones. Nos sentamos. No tengo fuerzas para oponerme. Así que le resumo lo que ha ocurrido hoy y ayer y los días anteriores. Le cuento todo sobre el caso de la mujer que cree que su marido le era infiel y que en realidad tiene una red de prostíbulos por toda la isla.

—¿Habéis hablado con la policía? —Pedro está cada vez más alarmado.

—El hospital les ha dado el aviso.

Creo que ahora mismo la cara de Pedro tiene peor aspecto que la mía. Se pone de pie.

—Te voy a preparar un caldo.

—No, no quiero caldos, quiero que estés conmigo.

Me echo a llorar. Él me toma en brazos y me lleva hasta la habitación. Con delicadeza, me acuesta en la cama y se tumba a mi lado.

—Estoy muy cansada.

Entonces sale de la habitación y vuelve enseguida.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—He ido a dejar los zapatos en la entrada.

Me abraza fuerte y me quejo. Entonces me acaricia el rostro y retira el pelo de mi cara. Me besa en la frente.

—He estado pensando sobre lo que hablamos el otro día.

Ay, no quiero escucharle, me siento tan vulnerable ahora mismo, pero él continúa.

—Sé que te ha llamado Isabella.

—Es una niña muy cariñosa.

—Sé lo que mis hijas sienten por ti. Ninguna de mis anteriores parejas se había ganado su corazón como lo has hecho tú. Eres espontánea, un poco charlatana, quizás las consientes demasiado...

—Te recuerdo que estoy hecha una porquería, si sigues así, acabaré por suicidarme.

—Pero eres noble y te preocupas de verdad por los demás. —Hace una pausa y me mira con intensidad—. Rose, te quiero y quiero estar contigo.

—¿Aunque tenga un trabajo en el que arriesgue mi vida?

—Es tu decisión. He decidido dejar de ser paternalista.

—¿Aunque a veces sea impulsiva y actúe sin pensar?

—Es parte de tu encanto.

Sonrío, estoy recuperando las fuerzas.

—¿Aunque me parezca adecuado comprarles *spazzatura* a las niñas?

—No está bien decir palabrotas. Y eso habrá que negociarlo.

—¿Aunque quiera tener hijos? —concluyo—. ¿Eso también habrá que negociarlo?

Me mira intensamente.

—¿Estás segura de que quieres tener hijos?

La pregunta me hace reflexionar. ¿Estoy segura de que quiero tener hijos? ¿Estoy segura de lo que quiero? Y entonces pienso en Mary Kate y el lazo que siempre la mantendrá unida a Pedro; y pienso en esas dos niñas maravillosas que nos dan tantas alegrías y me llenan el corazón; y pienso en mis sueños de pequeña, cuando fantaseaba con una casa grande y una familia numerosa; y pienso que quizás solo necesite un hijo más para hacer ese sueño realidad, un hijo propio que me permita descubrir lo que es estar embarazada, y dar a luz y criar a un bebé desde la más tierna infancia. Quizás sea suficiente con uno solo, pero...

—Sí —afirmo con seguridad. Me gustaría probar la maternidad al menos una vez.

—Entonces, está decidido —asegura él con una sonrisa.

Comienza a besarme y me acaricia. Me desnuda con cierta brusquedad que me arranca unos cuantos quejidos, o gemidos, más bien, porque estoy empezando a ponerme cachonda.

Me siento un poco avergonzada, llevo todo el día por ahí, sudando, revolcándome por el suelo...

—Tengo que darme una ducha —le explico mientras me quita el pantalón, pero creo que no está dispuesto a dejarme marchar.

Pedro se quita la camisa azul marino y yo acaricio sus pectorales perfectos, desciendo por sus marcados abdominales y le desabrocho el pantalón. Su torso recuerda al de una escultura griega. Sus ojos azules me observan con deseo y se agacha para besar mis pezones. Gimo, mientras los acaricia con la lengua, se los mete en la boca y los muerde. Entonces se baja los pantalones y busca mi sexo con las manos. Me empuja las piernas, me besa y comienza a penetrarme. Me excita su impaciencia, su prisa, su ansia, que no le ha permitido ni desnudarse del todo.

Sonrío al percatarme de que estoy siguiendo el consejo de Toni y un segundo después pierdo la consciencia.

Nuestros cuerpos se funden en la penumbra de la habitación, nuestros sexos se hablan y nuestras mentes duermen, mientras el sexo, la excitación y

el placer son lo único que tiene cabida en nuestro cerebro. Desaparecen los pensamientos, incluso los sentimientos. En este momento solo permanecen las sensaciones.

Nuestros gemidos se mezclan con los sonidos apagados de los coches y de la gente que vuelve a casa a descansar.

Es domingo por la noche. Mañana empieza un nuevo día, una nueva semana y quizás, quién sabe, una nueva vida.

Hoy me siento bien, a pesar del dolor que aún late en mi cuello y del pañuelo que me he tenido que poner para disimular los cardenales.

Margarita Fortuny me está esperando en mi despacho. Viste un kimono de seda de Adolfo Domínguez y se acomoda frente a mí con actitud desafiante.

En primer lugar, le muestro el test de paternidad y continúo explicando que hemos llegado a la conclusión de que la relación de su marido con aquella mujer es puramente «profesional», por definirla de alguna forma. Después le hablo del contenedor que ella le vendió y cuál era su destino. Se muestra incómoda cuando le cuento que su marido apareció en el prostíbulo y que salió de allí con varias chicas. Se pone más tensa aún al escuchar que después de ese fue a otro y a varios más. Y concluyo con la hipótesis bastante firme de que su marido es uno de los gerentes de esos prostíbulos, que se dedican a traer chicas de Rusia metidas en contenedores de transporte marítimo, en peores condiciones que las del ganado.

Ella me mira muy seria y dice:

—¿Se acuesta con las putas?

Suponía que querría saberlo, aunque después de lo que le he contado, no creo que sea lo más importante.

—No hemos encontrado evidencias de que lo haga. Lo más probable es que no, no creo que se acueste con ellas.

Una sonrisa asoma a sus labios.

—Bien, eso es todo lo que quería saber. ¿Cuánto te debo?

¿Qué? ¿Ya está? ¿Le da absolutamente igual todo lo que le he contado?

—No sé si me ha entendido. Su marido dirige una red de prostitución y trata de mujeres.

Se inclina hacia mí y pega un fuerte golpe en la mesa.

—¡Esa información es confidencial! —grita y yo acerco la cinta para protegerme de sus malas energías—. Y no debe salir de este despacho, ¿entendido? —Entonces parece que se relaja—. Mi marido ya me dijo hace tiempo que el negocio de los hoteles iba de capa caída. Ahora mucha gente

prefiere alquilar apartamentos, incluso a particulares, ¿te lo puedes creer? Qué asco, meterte en la casa de otra persona. El caso es que, de alguna forma, yo ya sabía que había iniciado «otros negocios». Cuáles sean es cosa suya, yo no quiero estar al corriente, lo único que espero es que gane el dinero necesario para no tener que preocuparme.

—¿Quiere decir que le da igual que traiga a mujeres engañadas dentro de un contenedor, y que las convierta en esclavas sexuales? ¿Me está diciendo que no le importa, mientras usted pueda lucir kimonos de Adolfo Domínguez?

—Ah, se ha fijado —responde con coquetería—. ¿Le gusta? Lo compré en la *boutique* de Nueva York.

Se me están revolviendo las tripas. Aún no me puedo creer la desfachatez de esta... energúmena.

—Algunas veces fallan los sistemas de refrigeración de esos contenedores. Cuando transportan alimentos se echan a perder. ¿Se imagina lo que les pasa a las chicas cuando eso sucede?

—Esas chicas no tienen futuro en su país, ¿por qué se dejan convencer para venir aquí? Mi marido al menos les ofrece una oportunidad para comenzar una nueva vida.

—¿Lo dice en serio?

—Las putas de los clubs ganan mucho dinero.

—Las putas que se casan con los gerentes son las que ganan mucho dinero. —Lo siento, me ha salido del alma, aunque creo que no se ha dado por aludida—. Muchas de esas chicas terminan metidas en la droga o muertas. Muy pocas, casi ninguna, más bien, vuelve a rehacer su vida. Estamos hablando de esclavas, ¿sabe lo que es eso?

Ella se pone en pie.

—Creo que esta conversación termina aquí. Pásame la factura cuando quieras. Pagaré todos los gastos que hayas tenido y doblaré tus tarifas. Has hecho un buen trabajo.

Me pongo en pie y la miro desafiante, con odio.

—Gracias, pero no quiero su dinero manchado de sangre, pija *malfollá*.

Ella se da la vuelta y se marcha con aire de indignación.

Avanzo por el Sugar como si fuera la dueña del local. El tema *Oh, pretty woman* acompaña mis movimientos, que se adaptan al ritmo de la batería. Luzco un ceñido vestido negro, con una apertura lateral que me permite exhibir la pierna izquierda, sedosa y brillante, gracias a una fina capa de aceite de almendras.

—¡Eh! ¿Quién es esta deslumbrante mujer? —pregunta Ámbar cuando llego a nuestro rincón. Ya está degustando el primer mojito.

—Bueno, estoy contenta.

—Ajá, por favor, prosigue —interviene Giselle, intrigada.

—He resuelto mi primer caso como detective privada. —Tomo asiento.

—¡Eh, enhorabuena! —exclaman las dos a la vez.

—Gracias, pero esta noche no quiero pensar en trabajo —respondo animada—. Es nuestra noche. ¡Y es viernes!

—¿Viene Xesca? —se interesa Ámbar—. Os he enviado a todas mi manuscrito y me gustaría saber vuestras impresiones.

—Ni siquiera la he llamado —aclaro con resignación—. Supongo que tendrá que quedarse de nuevo con los niños.

—¿Estabais hablando de mí?

Nos giramos y descubrimos a Xesca enfundada en un espectacular vestido rojo. Se ha recogido su larga melena con mechuras rubias en una coleta alta.

—¡Sí! ¡Has podido venir! —Estoy asombrada y me siento francamente feliz. Supongo que ya te habrás percatado de que no es precisamente fácil quedar con ella.

—Alberto llegó ayer de un largo viaje por China —nos cuenta—. Esta mañana se ha levantado quejándose de que estaba muy cansado, que había sido agotador, que tenía *jet lag*. Así que le he dicho que si tener *jet lag* es no poder dormir las horas necesarias ni en el momento que toca, o estar agotado a las seis de la tarde, que yo tengo *jet lag* desde hace diez años.

—¿La edad de Roberto? —aventuro.

—Exacto. Así que, sin darle opción a réplica, le he dejado claro que hoy salía con mis amigas. Os echo de menos —me mira—, y no nos vemos desde tu cumpleaños.

—Sí, y tuviste que salir corriendo como Cenicienta.

—Hoy no pasará eso. Por cierto, tengo curiosidad por saber qué te regaló tu padre. ¿Te acuerdas de la tele de setenta pulgadas que no cabía en el hueco del mueble?

—Que no cabía en el salón, más bien.

—¿Qué te ha regalado? —insiste Xesca.

Le enseño los pendientes que llevo puestos.

—Son de mi madre —le explico.

—Oh, cielo, son preciosos y te quedan tan bien... —Xesca parece emocionada.

Me abraza. A pesar de los años transcurridos, siempre que pienso en mi madre me entran ganas de llorar. Por suerte, Ámbar acude al rescate. Una de sus mejores cualidades es que siempre sabe cómo aligerar las situaciones.

—Pues a mí me gustó más la vez que te regaló el *bourbon* de doce años —bromea.

—Oh, claro, gracias a él hiciste realidad tu fantasía con los moteros —puntualiza Giselle.

—Y tú, ¿qué? —Ámbar se vuelve hacia ella—. ¿Has vuelto al mojito?

—En realidad, he tomado un manhattan antes de venir —aclara Giselle con una sonrisa.

—Vaya con la mosquita muerta —se ríe Ámbar, y se gira hacia Xesca—. Venga, siéntate. —Ella obedece—. ¿Habéis podido leer el libro?

—¿Qué libro? —se sorprende Xesca.

—¿Cómo que qué libro? —se indigna Ámbar—. Os envié a las tres por *e-mail* la primera versión de mi novela.

—Oh, sí, *Lady Sperma* —puntualizo.

—Ah, pensé que era un virus —se disculpa Xesca—. Con ese título...

—Un título sugerente, evocador... —Ámbar se muestra entusiasmada.

—Y provocador —remata Giselle.

—Sí, es bueno, le he quitado la «e» a esperma para que resulte sutil —explica Ámbar—. Con dos palabras he conseguido unir amor y erotismo, como en las mejores novelas. Me he centrado en las idas y venidas amorosas de Lady Sperma y el señor Tranco. Lo siento, Giselle, pero tu historia me parecía demasiado convencional, a pesar del giro final que le has dado. Total que ahí están Lady Sperma y el señor Tranco, que si ahora te quiero, que si

ahora te odio; eres lo peor que me ha pasado pero no puedo dejar de estar cachonda cada vez que te veo...

—Me parece que los nombres de los personajes son muy representativos —apunto—. Aunque quizás podrías invertirlos, que ella fuera Lady Tranca y él un superhéroe del sexo llamado Spermán.

Todas nos echamos a reír, incluida Ámbar. Menos mal que tiene buen humor.

—Es una idea absurda —comenta Ámbar—, por eso tú no escribes.

—Tienes razón —claudico—, creo que pediré un mojito.

—Ya voy yo —se adelanta Xesca—, necesito otro.

Se pone en pie y se dirige a la barra.

—La historia está muy bien —continúa Giselle, que ya sabe que a Ámbar no le interesan para nada las críticas, sino los halagos.

—Los buenos escritores se basan en la realidad, pero la llevan mucho más allá —expongo yo.

—Sí, claro —me apoya Giselle—, me gusta que ella sea una *lady* inglesa y él un humilde *paparazzi*. Me encanta el capítulo en el que ella está en la playa con su minúsculo bikini blanco y él se masturba mientras le saca fotos. Entonces, Lady Sperma lo descubre, se acerca a él y le rompe la cámara de fotos con los muslos. Es muy sugerente.

—Sí, en esa ocasión solo quería insinuar lo que ella sería capaz de hacer con esas piernas. Es el subtexto, ya sabéis. —Y nos guiña un ojo.

Xesca llega con nuestros mojitos.

—Aquí tienes.

—Decidme más cosas, chicas. Veo que tengo posibilidades con esta novela.

—Oh —continúo—, y esa parte en la que Lady Sperma se lía con el hermano gemelo para darle celos al señor Tranco y se queda embarazada y da a luz y finalmente descubre que, en realidad, el señor Tranco no tenía hermano y que el hijo es suyo, me ha encantado.

—Pero lo mejor —continúa Giselle— es que él fuera el heredero de un multimillonario y gracias a eso puede rescatarla a ella cuando se arruina, después de que su padre se gastara todo el dinero de la familia en el juego.

—Sí, pero tengo que hacer una anotación —interviene Xesca y la miramos todas asombradas—. Es sobre la última escena de sexo, cuando finalmente se reconcilian Lady Sperma y el señor Tranco. —Yo la miro guiñando los ojos y negando con la cabeza, pero ella no me hace caso—. No me parece creíble.

—Creía que no la habías leído —le reprocha Ámbar.

—Bueno —se explica Xesca—, solo abro los archivos que parecen virus si tienen pinta de que me van a llenar el ordenador de porno duro.

Giselle y yo nos reímos, pero esta vez Ámbar se pone a la defensiva.

—¿Por qué no es creíble el final? Que tú nunca hayas tenido cuatro orgasmos con Alberto en la misma noche, no quiere decir que no sea posible, querida.

—Bueno, es que, esa misma mañana, Lady Sperma acababa de dar a luz a su hijo, que encima, según explicas, había pesado nada menos que cinco kilos.

—Sí —asiente con normalidad—, ¿y cuál es el problema?

Xesca abre la boca para responder, pero no encuentra las palabras adecuadas. En ese momento, me mira con complicidad, indicando que acaba de comprender los gestos que le hacía antes.

—Pues, pensándolo bien, creo que es la escena de sexo más original que he leído jamás. Un final increíble para una novela fantástica —finaliza y eleva su mojito para hacer un brindis.

—Estoy hecha para esto. —Ámbar se muestra feliz—. Voy a buscar agente para que mueva el libro. ¡Por mi libro!

—¡Por Lady Sperma!

—Por cierto —ahora Xesca se dirige a mí—, ¿qué tal con Pedro?

—Sí, ¿qué pasa con el compromiso? —indaga Ámbar.

—Pues creo que va todo bien. Creo que he conseguido cierto equilibrio en mi vida.

—Pues, ¡por el compromiso! —brinda Giselle.

Entonces, se acerca el camarero joven que se lio con Ámbar.

—Chicas, cuando queráis, el escenario es vuestro.

Y se va.

—¿Qué dice? —me vuelvo hacia Ámbar.

—Que podemos hacer nuestro *playback*.

—¡Sí! —gritamos todas a la vez.

Cuando comenzamos los ensayos (sí, vale, estábamos ya cerca de los cuarenta, pero ¿y qué? ¿Hay una edad máxima para hacer locuras?) no nos poníamos de acuerdo sobre quién era quién: la pija, la deportista, la atrevida, la dulce y la pelirroja. Y tú dirás, pero si las Spice Girls son cinco y vosotras, cuatro. Bueno, algún día te contaré la historia de nuestra quinta Spice. Al final, consensuamos que Giselle sería la pelirroja (no hubo discusión al respecto); Ámbar, la pija (ella no estaba de acuerdo con el apelativo, pero le

dijimos que, en inglés, la llamaban la *Posh Spice*, que quiere decir elegante, y aceptó); Xesca, la dulce; y yo, la atrevida.

Decidimos tomarnos unos cuantos mojitos para calentar antes de la actuación estelar. Entonces, nos sentimos con fuerzas, al fin, para subir al pequeño escenario.

Apenas queda ya gente en el local, normalmente a estas horas suelen migrar hacia las macrodiscotecas. No nos importa, casi mejor un poco de intimidad.

Comienza la música, está más alta que de costumbre. Nos movemos por el tablado como si estuviéramos buscando algo, cada una por un lado, de manera casi compulsiva. Y entonces yo me dirijo al frente y comienzo mi *playback*.

«*Yo, I'll tell you what I want, what I really, really want*».

Y las demás continúan. Movemos nuestros cuerpos al ritmo de la música, imitamos los movimientos que hemos visto miles de veces en su videoclip. Después, hacemos la coreografía de las escaleras, donde las cuatro tenemos que sincronizar a la perfección los movimientos de caderas, brazos y piernas. Bajamos del escenario y bailamos y cantamos entre el escaso público, pasamos por nuestra mesa y bebemos. El camarero nos observa embobado. Creo que no se imaginaba de lo que eran capaces estas cuatro cuarentonas. Finalmente volvemos al tablado, suena el último «*If you wanna be my lover*» y nos quedamos congeladas en una incómoda pose, esperando los aplausos.

Silencio absoluto.

Hay varias parejas y un grupo de hombres al fondo.

Todas contenemos la respiración.

Entonces, alguien aplaude. Uf, menos mal. Suspiro aliviada.

Bajamos del escenario y me percató de que el que está aplaudiendo es la última persona a la que desearía ver en semejante situación: el inspector Marc Lobo.

Quiero esconderme detrás de una mata, aunque sea de las que pinchan. ¡Mierda, se acerca a nosotras!

Ámbar lo observa de arriba abajo y lo espera con una sonrisa. Sin embargo, él pasa delante de ella y se detiene frente a mí.

Mis amigas regresan a nuestra mesa favorita, Ámbar, con un gesto de indiferencia.

—Vaya —me saluda el inspector—, no sabía de su afición por las *Spice Girls*. Tiene más aspecto de gustarle *The Police*.

—Una cosa no quita la otra —respondo con cierto aire de misterio, aunque aún no me he repuesto del *shock*—. ¿Suele venir por el *Sugar*?

—No. Estoy de celebración con mis compañeros. —Señala hacia la mesa del grupo de hombres que habíamos visto—. Uno de ellos conocía el sitio y propuso venir aquí. —Mira hacia la barra—. ¿Le apetece una copa?

—¿Eh? —sigo descolocada—. Bueno, yo también estoy con unas amigas.

—Sí, ya lo he visto. —Su cara desprende luz. Creo que es la primera vez que le veo reír—. Quería darle las gracias y ponerla al corriente sobre el caso que me pasó.

—¿El del proxeneta?

—El mismo. Estamos de celebración gracias a usted. ¿Me acompaña?

—Sí, claro.

Tengo curiosidad sobre cómo se ha resuelto el caso. Nos acercamos a la barra. Él pide un *whisky* y yo, un *manhattan* (me apetece tomar algo diferente, ¿vale?).

—Ya sabe que de momento es todo confidencial y que no debería comentarlo con usted, pero entiendo que usted también se ha saltado el secreto profesional.

Aunque creo que no es un reproche, me pongo a la defensiva.

—Lo hice para impedir un delito contra la libertad sexual...

—Lo sé y se lo agradezco mucho.

—Y lo más probable es que pierda mi trabajo —continúo— en cuanto mi jefe se entere de que he denunciado a uno de sus mejores clientes.

—Vaya, lo siento.

—No se preocupe, creo que necesitaba un cambio de aires.

—Nos ha ayudado mucho y, lo más importante, ha ayudado a esas chicas. —Me mira con agradecimiento.

—Vaya, gracias.

—Hemos hecho una redada en el club. Habían pegado una paliza a la chica, pero por suerte, no se ensañaron con ella, se encuentra bien y está dispuesta a declarar. También nos ha sido muy útil la información que nos pasó sobre el contenedor. Creo que en este caso el juez lo va a tener muy fácil para meter a los malos entre rejas una buena temporada. Solo espero que no cuenten con un buen abogado que nos estropee el trabajo. —Me dedica una leve sonrisa—. Estoy asombrado, de verdad. —Me mira intensamente—. Es muy difícil desarticular una de estas redes, porque normalmente las chicas tienen miedo y no quieren hablar. No sé cómo lo ha conseguido, pero le estoy muy agradecido. Hoy es uno de esos días en los que mi trabajo cobra sentido de verdad.

—Gracias —repito entusiasmada con su relato—. Me alegro mucho de que todo haya terminado bien.

Se acerca ligeramente a mí.

—Me parece una mujer muy valiente y con muchas agallas, Rose Black.

Nuestras miradas se cruzan a poca distancia. Observo sus pómulos marcados, su barba de días, su mandíbula cuadrada. Qué guapo es... más que guapo, atractivo.

—Intuyo que no tanto como usted, inspector Marc Lobo.

Se acerca un poco más.

—Quizás haya llegado el momento de tutearnos, ¿no le parece? —susurra—. Después de compartir una copa se podría decir que somos amigos.

—Bueno, es que...

—¿Tienes pareja, Rose?

Y entonces pienso en Pedro y pienso en las niñas y pienso en nuestra conversación sobre tener hijos y pienso en que hicimos el amor sin tomar precauciones.

—Sí, tengo pareja —mascullo.

—Es una pena. Si no la tuvieras, ahora mismo te besaría.

Y miro a Marc y me siento tremendamente atraída por él y, en este momento, me encantaría besarle e irnos al baño y que me rompiera las bragas de un tirón y hacer el amor de forma salvaje.

Dudo, estoy a punto de besarle.

—Creo que es mejor que vuelva con mis amigas.

Y sin más explicaciones, abandono en la barra al inspector Marc Lobo y a mi manhattan.

Camino hacia nuestra segunda mesa favorita haciendo equilibrio sobre los tacones, balanceándome sobre unas piernas que no son capaces de sostenerme.

—Eh, ¿quién era ese? —pregunta Xesca—. No es rubio ni de ojos azules como Pedro.

—Más bien parece el hermano de Hugh Jackman —continúa Giselle.

—Es un inspector con el que he estado colaborando.

—Ah, pues no me importaría colaborar con él a mí también —apostilla Ámbar.

Las demás se ríen, pero yo permanezco seria. Odio a Marc Lobo. Odio la capacidad que tiene para descuadrarme. Odio lo que he estado a punto de hacer.

El hospital está en la zona de Can Misses, cerca del estadio, del club de tiro con arco y los multicines. Es una zona residencial bastante nueva, de manzanas cuadradas y amplias avenidas.

Dejo mi Mini en el aparcamiento y cojo el ascensor. Toni lleva ya un par de días aquí, y seguramente mañana le darán el alta. Está muy magullado y con la cara aún hinchada, aunque las pruebas han salido bien y no tiene nada roto.

Cuando entro en la habitación está leyendo un libro de Conan Doyle.

—No sabía que te gustara Sherlock Holmes —le suelto a modo de saludo. En realidad, no sabía que le gustara leer.

—Me encantan las novelas de misterio. —Me mira con un gesto extraño, una mezcla entre una sonrisa y una mueca de dolor—. ¿De verdad creías que te he ayudado porque habías sacado una foto a mi coche? Ja. Si es que eres una ingenua, Rose.

—La verdad es que me ha sorprendido mucho que te lo hayas tomado tan en serio. —Lo digo con sinceridad—. Me has ayudado mucho y te lo agradezco de corazón.

Extiendo hacia él una caja roja.

—¡Bombones! —La acepta con agrado y coge uno. Me la ofrece a mí y hago lo mismo. ¡Hum, qué buenos!

Entonces saco una botella de champán y dos copas de plástico que traigo en una bolsa de congelados. Aún está fría.

—¿Qué celebramos?

—La policía ha detenido al marido y a sus tres socios. Están todos entre rejas. Las chicas están en pisos de acogida y nuestra amiga, la que está dispuesta a declarar, en un programa de protección.

El tapón salta y golpea el techo con fuerza. El champán se desparrama sobre el suelo e intento echarlo en la copa que sujeta Toni. Los dos nos reímos, contentos.

—Eso es fantástico, Rose. Dame un abrazo.

Se incorpora con dificultad, yo me siento en la cama y nos abrazamos.

—Llegué a pensar que te daba igual la chica, que no ibas a ayudarla. Me alegro de haberme *equivocao*.

—Yo también pensé que querías estafarme. Y me alegro de haberme equivocado.

Volvemos a abrazarnos. Parecemos un par de niños emocionados. Lleno la otra copa y hacemos un brindis.

—Por esas chicas, *pa'* que puedan rehacer su vida —pide Toni.

—Por nuestro primer caso —digo yo—. Porque sea el primero de muchos éxitos.

Ambos apuramos la copa de un trago.

—Oye, no sé si será bueno que bebas mucho con los analgésicos.

—Bah, así me harán más efecto —se ríe, parece feliz. Coge otro bombón y extiende la copa hacia mí—. Echa más.

Yo relleno las dos y volvemos a beber.

—Oye —me mira ahora intrigado—, ¿qué has *querío* decir con eso del primero de muchos? Creía que eras abogada y que esto lo hacías como un favor *pa'* tu cliente. —Saco un papel y se lo entrego. Toni lo mira con curiosidad—. ¿Qué es?

—La habilitación como detective privada. Ya he empezado a mirar despachos de alquiler. He encontrado uno precioso con vistas al mar y no está mal de precio.

—¿Quieres decir que te vas a montar por tu cuenta como detective?

—Efectivamente y lo primero que voy a *necesitá* —imito su acento murciano— es un buen ayudante. —Toni abre los ojos de par en par—. ¿Conoces a alguien *interesao*?

—¿Es una oferta de trabajo? —parece emocionado.

—Pues claro. No creo que fuera a llegar muy lejos sin tu ayuda.

—¿Tendré que seguir hablando fino?

—Si quieres que te entienda...

—Pues te lo voy a decir con todas las eses: acepto tu propuesta, pija *malfollá*.

—Me alegro, mariquita mala.

Nos volvemos a abrazar.

Estoy en casa, es domingo. El temido domingo por la tarde de los solteros. No tengo plan porque Pedro ha quedado con sus padres para ir a comer con las niñas. Si finalmente viene hoy, llegará ya por la noche.

Tomo un libro de la estantería. *Orgullo y prejuicio*, una de mis novelas favoritas. Pienso en Ámbar y en que debería leer novelas románticas, clásicas o actuales, para poder escribir historias más reales, más pasionales, más interesantes. En realidad, sé que no lo haré.

Me acomodo en mi sillón y enciendo la luz de la lamparita. Me dispongo a pasar una tranquila tarde leyendo. Sin embargo, al poco, suena mi móvil. En la pantalla aparece una retahíla de números que asocio a una centralita.

—¿Sí? —contesto.

—¿Rose? Aquí Marc Lobo. —Su tono es duro y seco—. Tengo novedades.

—¿Sobre la red de prostitución?

—Sobre Alexander.

El corazón me da un vuelco. Doy un salto y en diez minutos nos encontramos frente a frente en una cafetería del centro, junto al Mercado Viejo, la misma en la que solía quedar con Emilio.

Estoy temblando. Noticias sobre Alex, mi querido Alex. ¿Qué tendrá que decirme el inspector sobre él? ¿Lo habrán encontrado? ¿Estará casado con otra y con hijos? Suspiro.

—¿Y bien? —No puedo esperar más.

—Esta es la parte que menos me gusta de mi trabajo —comienza con evasivas. Está muy serio, muestra un semblante duro y distante. ¿Será quizás por lo que sucedió en el bar?—. El caso ha pasado al juez.

—Oh, Dios, ¿hay algún indicio de delito?

—Hemos encontrado a Alexander.

—¿Dónde está? —comienzo a temblar.

—Un compañero va de camino a la casa de la señora Williams para informar a la familia.

—¿Dónde está? —insisto.

—Hemos encontrado el cuerpo de Alexander en una cueva de Es Vedrà.

—¿El cuerpo? —De repente noto que el suelo se abre bajo mis pies y la tierra me engulle en sus entrañas—. ¿Quiere decir...? —No me sale la voz.

—El cadáver —precisa y desvía la mirada—. Lo siento, señora Black.

Noto cómo el corazón salta en mi pecho, la garganta se me cierra. No puedo respirar. Agacho la cabeza y rompo a llorar como una niña pequeña.

—Aún tenemos que hacer las pruebas de ADN para confirmar la identidad, pero llevaba la cartera encima y ha aparecido el material de escalada. Es casi seguro que...

Lloro en silencio, intentando tragarme los sollozos mientras me enjugo las lágrimas. Noto un dolor muy fuerte en el pecho y el aire apenas llega a mis pulmones. Me siento mareada.

Este es uno de esos momentos en los que no me importaría morirme.

—Nunca salió de la isla —continúa él—. Aún no lo hemos confirmado, pero todo indica que murió el mismo día que desapareció.

Intento procesar la información. Lo miro con los ojos anegados.

—Lleva veinte años muerto —susurro.

—Sí, Rose.

—¿Cree que fue un accidente?

—Eso es lo que tenemos que averiguar ahora. Hay que hacer la autopsia y estudiar todas las pistas y elementos del escenario.

No entiendo nada. Es Vedrà es un islote abrupto situado frente a la costa de Ibiza, una roca impregnada de leyendas relacionadas con ovnis, poderes espirituales y ritos mágicos.

—Creía que el acceso a Es Vedrà estaba prohibido.

—Está restringido —aclara él—. Es una zona protegida y hace falta un permiso especial. Alexander solicitó el permiso y se lo concedieron. Gracias a eso hemos encontrado el cuerpo.

—¿Qué hacía allí?

—Aún no lo sabemos. Ha aparecido en la misma cueva donde vivió el padre Palau en el siglo XIX.

—¿Quién? —Lo miro sin comprender.

—Un carmelita descalzo que hizo varios retiros espirituales en Es Vedrà. Él contribuyó a inspirar la leyenda mágica que rodea el islote.

—¿Un monje? —me sorprendo—. A Alex le encantaba la historia, pero no era religioso. No entiendo qué hacía allí —sollozo—. Esa noche tenía una cita conmigo.

—Y pensaba acudir a esa cita.

—¿Por qué lo dice?

Abre una carpeta y me enseña una foto de un anillo en una caja.

—¿Qué es?

—Llevaba encima un anillo de compromiso —aclara—. Con su nombre.

Rompo a llorar como una niña pequeña. Alex me iba a pedir matrimonio el día que desapareció. Por eso quedó conmigo en aquel restaurante tan caro.

¡Oh, Alex!

—Entonces, si llevaba el anillo encima, no fue un robo —aventuro entre lágrimas.

—No lo fue —confirma él con seguridad.

Busco el amuleto de Tanit que me regaló Alex y lo aprieto con fuerza entre mis dedos.

No entiendo nada.

El mismo día que Alex me iba a pedir matrimonio fue al islote de Es Vedrà y murió en la misma cueva donde un monje hacía sus retiros espirituales.

¿Qué sentido tiene todo esto?

Necesito procesar toda la información, necesito relajarme, necesito aclarar mis pensamientos.

Me pongo en pie.

—Gracias por todo, inspector Lobo.

Él asiente con la cabeza en señal de despedida.

Salgo del bar. Me siento mareada. No puedo respirar bien, no puedo pensar, no puedo dejar de llorar.

Echo a correr. Corro con todas mis fuerzas en dirección a mi casa. Noto pinchazos en el pecho, noto el corazón que salta como un caballo desbocado. Por un instante, temo que pueda darme un infarto, pero en el fondo me da igual. Así se acabaría el sufrimiento de una vez.

¡Oh, Alex!

Veinte años esperando tu regreso. Veinte años engañándome con una esperanza vana.

Las palabras de Nietzsche cobran ahora más sentido que nunca:

«La esperanza es el peor de los males porque prolonga el tormento del hombre».

O de la mujer.

He mantenido la esperanza durante veinte años.

Corro con todas mis fuerzas. Lloro y sollozo, casi me ahogo por la falta de aire, pero no aflojo la marcha, no me detengo.

¡Oh, Alex!

¿Por qué? ¿Por qué?

Ahora solo queda el tormento.

Agradecimientos

A Serafín Zaplana Estrada y Blanca Eulogio Blázquez (como siempre) por sus valiosos comentarios al manuscrito y por apoyarnos en cada una de nuestras aventuras literarias.

A Alicia González Sterling, nuestra agente, por guiarnos en este duro mundo literario.

A Eva Olaya y Esther Herranz, por haber apostado por esta historia.



ANA BALLABRIGA y DAVID ZAPLANA se conocieron en Valencia, cuando él estudiaba una ingeniería y ella psicología. Su compartida pasión por el arte de contar historias los llevó a hilar y escribir su primera novela. Unos años más tarde se adentraron también en el ámbito de la creación audiovisual y en 2006 fundaron su propia productora, *ADN Visual*. Después de recibir varios premios por cortometrajes y relatos, en 2007 se editó su novela *Tras el sol de Cartagena*, y en 2010 *Morbo gótico*.

Aunque continuaron escribiendo, sus siguientes obras permanecieron sin publicarse hasta 2015, cuando *Tras el sol de Cartagena* encontró una segunda vida en Amazon. En 2016 presentaron también en esta plataforma la primera novela que habían escrito, *Cruzados en el tiempo*, y la última, *Ningún escocés verdadero*, ganadora del Premio Indie de Amazon en 2016.

En la actualidad ambos viven en Cartagena y compaginan el trabajo y la crianza de sus dos hijos con la escritura.